

ARS
HISPANIAE
III

ARS HISPANIAE

HISTORIA UNIVERSAL DEL ARTE HISPÁNICO

ARTE
ÁRABE ESPAÑOL
HASTA
LOS ALMOHADES

ARTE MOZÁRABE

GÓMEZ MORENO



EDITORIAL
PLUS-ULTRA

ARS HISPANIAE
HISTORIA UNIVERSAL DEL ARTE HISPÁNICO

ARS HISPANIAE

HISTORIA UNIVERSAL DEL ARTE HISPÁNICO

VOLUMEN TERCERO

EL ARTE ÁRABE ESPAÑOL HASTA LOS ALMOHADES

ARTE MOZÁRABE

por

MANUEL GÓMEZ-MORENO

EDITORIAL



PLUS-ULTRA

MADRID

ARS HISPANICA
HISTORIA UNIVERSAL DEL ARTE HISTORICO

ÍNDICE GENERAL

ARTE ÁRABE ESPAÑOL HASTA LOS ALMOHADES

Preámbulo	11
LA ARQUITECTURA BAJO EL EMIRATO CORDOBÉS	19
El siglo VIII	19
La Gran Mezquita de Córdoba	19
Precedentes	19
Estructuras	20
Orígenes	24
Descripción	29
Aprovechamientos	30
Organización	33
Lo decorativo	40
El siglo IX	45
Abderrahman II	45
La Alcazaba de Mérida	45
Ampliación de la Algima de Córdoba	47
Torre de San Juan	51
Azaquifas de la Mezquita	56
Puerta de los Deanes	56
Arco de San Esteban	58
Mezquita de Tudela	59
LA ARQUITECTURA CALIFAL CORDOBESA	63
El siglo X: primera mitad	63
Abderrahman III	63
Medina Azzahra	63
Lo actual	64
Descubrimientos	64
Palacios	69
Lo descubierto: organización	69
Recinto	73
Acueducto	73
Calzada	73
Alminar de la Gran Mezquita	77
Fachada	80
Galerías del patio	82
Salón Rico de Azzahra	82
Decoraciones	89
Tarragona	90
El siglo X: segunda mitad	91
Ampliación de la Gran Mezquita	91

Novedades decorativas	97
El arco de herradura	97
El arco lobulado	99
Arcos cruzados	107
Cúpulas	110
En Oriente	112
En Córdoba	121
El Lucernario	121
Otras bóvedas	125
La capilla del Mihrab	134
Su cúpula	136
Capillas laterales	136
El Mihrab	139
Testeros laterales	139
Decoraciones	140
Los zócalos	146
Decoración mural	149
Celosías	149
Columnas	149
Portadas	149
El palacio occidental de Azzahra	153
Hixem II y Almanzor	162
Última ampliación de la Mezquita	162
Portadas	162
El aljibe de la Mezquita	165
Palacio de Azzahira	165
La Almiría	166
Baño del Alcázar	171
LA EXPANSIÓN CORDOBESA	172
Hadira Elbira	172
Puente de Pinos	173
Alcazaba de Granada	173
Torre de San José en Granada	174
Puente de Guadalajara	179
Castillos	179
MÁRMOLES CALIFALES	180
Pilas	181
REPERCUSIONES ANDALUZAS EN ORIENTE	192
LA ARQUITECTURA BAJO LAS TAIFAS	197
Toledo	197
Arcos	197
Puertas	198
El Cristo de la Luz	201
Capillas	207
San Salvador	209
Las Tornerías	210
Baños	212
Elementos decorativos	212
Casas	219
Zaragoza	221
La Aljafería	221
Casa de Zaporta	243

Málaga	243
La Alcazaba.....	244
Palacio.....	248
Casas	250
Marbella y Tarifa.....	250
Granada	254
La Alcazaba Cadima.....	255
Aljibe y Palacio	256
El Bañuelo	257
Arco de Darro	260
Puente de Jenil	262
Piezas decorativas	262
Baza	265
Baño de la Judería	265
Almería	266
Alcazaba	266
San Juan	267
Casas	269
Palma de Mallorca	270
Esculturas	271
Puerta de las Huelgas de Burgos	278
LA ARQUITECTURA BAJO LOS ALMORÁVIDES	279
Monteagudo	279
Marruecos y Sicilia	282
ARTES SUNTUARIAS.....	297
Marfiles	297
Cerámica	310
Lo vidriado	311
Lo califal: formas.....	311
Loza de Elvira	311
Loza dorada	313
Loza de cuerda seca	323
Metalurgia	324
Bronces	324
Cobre y azófar	336
Plata.....	337
Joyería	338
Joyas de plata	338
Joyas de oro	338
Cristal y vidrio	341
Tapicería, bordados y tejidos	344
Tapicería.....	344
Bordado	347
Tejidos: sargas	348
Baldaquies	348
Diaspros	351
ARTE MOZÁRABE	
CICLO DE ARQUITECTURA MOZÁRABE	355
Bobastro	356
Melque.....	356

De Asturias a Portugal.....	357
Asturias	358
Galicia	358
Louroso	363
Cataluña	363
Cuxá	363
Roda.....	364
Ripoll	366
León	369
Escalada y Mazote	369
Bamba y Lebeña	378
Escalada: pórtico	378
Peñalba	380
Celanova.....	381
León: ciudad.....	382
Castilla	382
La Cogolla	382
San Baudel de Berlanga	387
Santo Tomás de las Ollas	387
San Juan de la Peña	389
 ARTES SUNTUARIAS MOZÁRABES	 394
Miniaturas.....	396
El pintor Magio y su escuela	401
Marfil y metales.....	404
 Bibliografía.....	 411
Índice de materias	413
Índice geográfico	417
Índice onomástico	420

EL ARTE ÁRABE ESPAÑOL
HASTA LOS ALMOHADES

PREÁMBULO

Tres invasiones históricas trastornaron decisivamente nuestra España: la de romanos, la de bárbaros y la de musulmanes; cada una con caracteres bien diversos.

Roma, por exuberancia de vida y necesidad de recursos para mantenerse, iba hasta los confines del mundo colonizadora y explotadora, con brazos y con inteligencia. Siempre organizada y en contacto con la metrópoli, de suerte que lo romano es idéntico desde aquí hasta el Éufrates. Al legionario le llevaba el deber, la costumbre de hacer guerra, y la disciplina le otorgaba victorias; la ley de Roma se apoyaba en autoridad humana enderezándose a la razón; su política exterior era dar vida a las provincias para que la metrópoli subsistiese. Así, al dominar un país como el nuestro, siempre desorganizado, era inevitable el predominio de sus instituciones, y que los españoles primero se humillasen, luego observasen y por fin aprendiesen, con ahinco tanto mayor cuanto menor interés había en ello por parte de los dominadores, que no necesitaban sino tributarios en las provincias. A influjos suyos, por la fuerza del ejemplo y cumpliendo una ley histórica bien sabida, se romanizó España en lo social; pero sólo mediante el cristianismo, contra todas las previsiones, la absorción fué completa.

Los bárbaros eran simples emigrantes que venían buscándose la vida con sus mujeres, hijos, ajuar y riquezas; y como tropezaban con países habitados donde ellos no cabían, apelaron al desalojo, bajo forma de guerra, degüellos, saqueos, etc., hasta acomodarse a gusto. Luego, ya variaban sus pretensiones, y una vez proclamados a sí mismos como de sangre azul, toda su política fué mimar a los indígenas supervivientes para que ellos trabajasen bajo su protección. Así, legislaron a la romana, reservándose sin embargo sus procedimientos de justicia tradicionales; olvidaron su lengua, abjuraron el arrianismo y se humillaron ante los concilios, a cambio de la fuerza moral que necesitaban. Sus procederes fueron de parásitos acomodaticios y transigentes; el español siguió aguantando cargas, poco más o menos como antes, pero con una nobleza sobre sí en vez de un gobierno.

La invasión musulmana no se basó en cálculos razonables; su impulso fué ante todo moral y afectivo, y sus consecuencias resultaron más extremadas, persistentes e irreconciliables con las demás civilizaciones. Por de pronto fué una aventura militar, que salió bien por la fuerza de las circunstancias, sin obedecer a una necesidad y sin programa ni rumbo fijo, de donde se originó probablemente la eficacia y oportunidad de los medios que para asegurar el dominio de la tierra fueron arbitrándose. Lo demás de traiciones, derrotas, fuga de godos y del alto clero, ayuda de los judíos, asedios, capitulaciones, etc., todo ello es bien sabido y huelga comentarlo. Pasada la tempestad, una cosa tan sólo resultó extinguida: la nobleza con su rey al frente, y esto debió de parecer un alivio. Por lo demás, el pueblo

cristiano conservó sus condes, sus obispos, sus leyes propias y también ¡ay! los tributos, que nunca faltan, variando sólo el nombre y títulos del recaudador.

Pero si no fué mucho lo que se echaría de menos, en cambio estaba de más algo muy grave, y era el ejército invasor. Éste descansaba de la campaña y recogía el fruto de sus laureles, ya poseyendo tierras y siervos, de lo que el fisco se había apoderado como botín de guerra, ya viviendo a mesa y mantel con los cristianos productores, que les rendían cuatro quintas partes de sus cosechas. Bajo el primer concepto quedaron en las tierras llanas los nobles medineses, fugitivos de la derrota de Harra, que se alistaron a las órdenes de Muza; bajo el segundo permanecieron los árabes baladíes y los berberiscos llegados primero con Táric. Huéspedes en tales condiciones ya eran terrible carga; pero el huésped tiene de bueno su carácter transitorio, y los pobres españoles confiarían en sacudirse de ellos mediante un éxodo más o menos cercano; todavía quedaba el recurso de una degollina colectiva en tiempo oportuno; en fin, ¡quién sabe las cuentas que se echarían ellos!

Otra cuenta podemos echar nosotros, y es la proporción numérica de los conquistadores. Fueron doce mil berberiscos, con Táric; diez o dieciocho mil árabes con Muza, y siete mil sirios llegados después, en 741. Total máximo, treinta y siete mil hombres, que repartidos en toda España salen a uno y medio por cada cien kilómetros cuadrados. Pero eran guerreros, y los españoles estaban amansados a fuerza de resignar en los godos el papel de defensores. Ello es que tan pocos hombres mantuvieron el país sojuzgado y pacífico, salvo luchas de unos contra otros, para no olvidar las rivalidades del desierto. Fué necesario que la educación cristiana se fortificase, a vista de un orden social y una cultura superiores en lo islámico, para que siglo y medio después la mansedumbre se trocara en reto glorioso.

Entre tanto se complicaron las relaciones entre invasores y sometidos, pues cayó sobre éstos una contribución nueva, la de abastecer de mujeres; pues en este ramo ni el Alcorán pedía limpieza de sangre ni a las españolas habían de resultar indeseables aquellos soldados. Y he aquí una fase nueva del problema social: las esposas y amadas de los tales huéspedes, las madres de sus hijos, cristianas y españolas, llevaban al hogar musulmán una sangre que no era ni árabe ni berberisca, y una parentela que ligaba ambas partes ineludiblemente. De la noche a la mañana el intruso molesto pasó a ser hijo o hermano político, llamémosles así; la cristiana había de interesar al musulmán en favor de los suyos, y éstos no podían ya condenarle sin herir a seres queridos. Luego, el hijo mestizo bien podría salir al padre y renegar de la madre, porque siempre la cabra tira al monte; pero la sangre, la educación doméstica y hasta la lengua de la española, eso había de llevarlo aun a pesar suyo, y así, de generación en generación y cruce tras cruce, la fusión de españoles y árabes en lo fisiológico y en las costumbres hubo de ser un hecho. Respecto de la lengua ya es notorio que el uso de un dialecto latino era corriente aun en la corte de los califas, y no pasó a más porque, aprendiéndose todos el Alcorán de memoria, era obligado saber árabe.

Sin embargo, por encima de estas aproximaciones erguía una espada inflexible: la de las conciencias. El musulmán podía casarse con cristiana; pero ella no podía transmitir al hijo sus creencias, pues lo que nacía de musulmán era musulmán so pena de la vida. Y he aquí por dónde la absorción que parecía entreverse fué imposible, y cómo el elemento árabe, aun siendo minoría, se sobrepuso con su ley y su religión sobre los españoles. Aquellos mestizos y los renegados podían ser borrachos, tibios, escépticos, dados a la filosofía y a las ciencias proscritas por el Alcorán, pero eran musulmanes y no podían dejar de serlo.

En aquel conflicto de conciencia, entre el Evangelio, interpretado por una sociedad ignorante y envilecida, y el Alcorán con sus adhalas de código teológico, moral y político, brutalmente inflexible, hubo de ceder el primero, y el musulmán absorbió al cristiano.

La descendencia de árabes y berberiscos invasores poco era, sin embargo, ante la totalidad de población española sometida. Bien sabemos que se toleró su religión y se respetaron sus leyes, que eran una defensa contra la emancipación de los siervos. Contrariamente la ley alcoránica la favorecía, puesto que repugnaba toda esclavitud en su seno, mientras ella misma gravaba a los no musulmanes con una tributación especial muy onerosa; de aquí que para emanciparse el siervo y para aliviar sus cargas el menesteroso no tenían sino que proclamar: "No hay más divinidad que Dios, y Mahoma es su profeta". ¿Extrañará por estos solos datos que el número de renegados fuese enorme?

Mientras los árabes, soberbios e insociables, y los berberiscos, groseros, vegetaban en las alquerías, aguardando la ocasión de hacer guerra, los renegados y cristianos llenaban las ciudades, servían con lucimiento en la administración y en la milicia, y emulaban a los mismos árabes cultivando lo que tenían de privativo, su elegancia y pureza de lenguaje. Así es verosímil y natural que ellos constituyesen el elemento urbanizado, culto y progresivo, como eran el elemento productor y laborioso, nervio de la vida social. La España arabizada seguía siendo la misma España goda, trocado uno por otro el invasor, pero manteniendo categoría de clase gobernadora y guerrera. La lucha sorda de siempre subsistía entre el esquilmador prepotente y los mansos labriegos, pastores y artesanos, burlando leyes fiscales éstos para medrar y esperanzados con sobreponerse algún día gobernándose por su cuenta. Pero con sólo esto no se satisface la historia; ella persigue lo trascendente.

Y aquí sí hubo cambio de rumbo. La apetencia espiritual de los bárbaros miraba hacia Roma, hacia el Imperio que ellos destruyeron; cuando menos, hacia lo bizantino, como ejemplo próximo de unidad política desbordante. Pero el mundo occidental quedó fuera de su órbita después de Justiniano, y tanto los papas como las dinastías carolingia y ottoniana soñarían con reducir todo el Occidente bajo su dominio. En esto, sobrevino la prodigiosa expansión conquistadora y reformista del islamismo: Asia y África fueron suyas. También España, donde no cuenta, hasta bien entrado el siglo XI, la acción decisiva de su zona septentrional rebelde. Con ello quedó extrañada políticamente de su posición geográfica y adscrita a lo oriental, refrescando así tendencias que la arqueología descubre en sus períodos anterromanos, acercados a lo egeo y asiático mucho más que los países europeos intermedios. El orientalizarse ahora España con más fuerza no le iba fuera de camino; ello la libró también de que, en vez de arrastrarla Europa en su vergonzosa caída del siglo X, fuera entonces la lumbrera de Occidente y el resurgir más espléndido con que España puede gloriarse. Aun aquí prendió la semilla de ciencia, hecha árbol fecundo para la cristiandad, con las escuelas filosóficas del siglo XIII.

Entre los factores de la conquista árabe en España, descollaban, sobre el nivel común de militarismo grosero, aquellos árabes medineses, dispersos en regiones las más favorecidas. Ellos eran la flor y nata del Islam, hijos de "refugiados" y "defensores" de Mahoma, celosamente afectos a su doctrina; eran la nobleza del desierto, poetas y oradores de raza. Su valor en concepto de tales no cuadra a nuestro propósito; baste consignar que esas dotes habían de llevar consigo, a través de altanero desprecio para los extraños, algo de sensibilidad y finura trasmisible gratamente a los españoles, una vez que éstos, forzados por

a convivencia urbana, se estimularon por destacar y hacerse lado entre los elementos cultos que rodeaban al jefe.

En efecto, la seducción del orientalismo en todas sus fases despertó el avispado ingenio de los andaluces, que se dieron a cultivar las sutilezas y saber de la cultura arabizada, tan superior al rutinarismo latino de entonces, provocando una reacción cristiana convergente, pero de signo contrario, dirigida por Eulogio y Álvaro, que dió sus frutos en la segunda mitad del siglo IX. Por ambos caminos el revulsivo cultural y religioso estaba logrado; Andalucía subió de nivel, adiestrada por la ciencia oriental; una corte refinada vino a centrar sus impulsos, un sentido de comprensión limó asperezas, y llegó el momento en que se fundieron todas las fuerzas sociales bajo el poderío de los califas cordobeses en el siglo X.

La expresión monumental de este impulso nos la brinda su arquitectura; porque ella no se constituye para satisfacer necesidades, no nace con la choza sino como signo de pujanza social desde que la organización colectiva se siente capaz de ostentarse en forma perdurable. Entonces erige organismos que traduzcan el ideal común de una muchedumbre disciplinada y en cierto modo satisfecha. Y este ideal se basa en creencias ultramateriales, variable según recaigan en un humanismo exaltado hasta divinizarlo, o sobre abstracciones fundadas en aspectos de la creación universal, o sobre revelaciones. Palacio, sepulcro, templo son sus formas concretas.

Mahoma dictó una religión y una ley en consonancia con el espíritu del pueblo árabe, bárbaro e ignorantísimo, pero orgulloso, menospreciador de todo lo que no era suyo, apasionado por la poesía lírica y romancesca; disociado en tribus, sin más autoridad que el vínculo de familia y sin arraigo de suelo, en calidad de nómadas, nunca podría ser instrumento de un tirano ni ganar plaza de culto ejercitando ciencias y artes que le eran indiferentes. El Islam favorecía estas cualidades ingénitas, enardecía la mente con fantasías materialistas y corpóreas, y el árabe se lanzó a conquistar el mundo, decidido y sereno porque le animaba un móvil generoso; invencible porque no temía la muerte. Así cedieron a su paso idólatras y cristianos, bárbaros los unos y con todo refinamiento de cultura los otros; y es lo más singular que, sin ceder en su rudeza, nunca fué absorbido por la superioridad intelectual de los pueblos que subyugaba, antes apadrinó la cultura de ellos, y en poco tiempo todo era árabe, sin que podamos apenas deslindar lo que toca a siriacos, persas, coptos, españoles y tantas otras gentes como prestaron al islamismo la gloria con que atavía sus deformidades morales y su atrofia intelectual.

Este espíritu acomodaticio, pero avasallador en definitiva, de la religión mahometana se revela en su arte. El árabe nunca tuvo otra expresión estética que el bien decir; para las artes figurativas siempre fué refractario, como el hebreo su hermano; así, pues, ningún carácter ni forma especial aportó al desarrollo artístico subsiguiente a sus conquistas, dejándolo todo a merced de los pueblos que subyugaba; y como éstos habían vivido hasta la sazón desligados entre sí, también su arte fué por derroteros imposibles de enderezar a un dechado común. Además, aquel humor rijoso y levantisco del desierto siguió al árabe en las ciudades y, a despecho del régimen unitario alcoránico, el califato se fraccionó en Estados sin otro lazo común que su ley y su idioma. La cohesión moral, sin embargo, permanecía; robusta siempre, alentó la vida en todas aquellas naciones, y aunque la mezquita de la India nada se parezca a la española ni aun la siriaca a la del Cairo, y sea imposible hallar un elemento formal común a todas, un mismo fondo de sensibilidad colectiva las informa.

Todos los materiales y estructuras en uso por los arquitectos cristianos de la Edad Media fueron también aplicados por el alarife musulmán, y muchos más aprendidos en Oriente; pero de sus manos nunca salieron pagodas ni iglesias sino mezquitas. Aquí el artífice no era árbitro sino instrumento inconsciente de la vida social, y en ello radica la unidad de inspiración, lo típico de la arquitectura musulmana.

Hasta cierto punto las tres religiones monoteístas, judaísmo, cristianismo e islamismo, coinciden por lo que respecta a la exterioridad del culto, basado en revelaciones y en un libro santo que fija su doctrina. Entre las dos primeras la ligazón es notoria; la tercera, el Islam, es simplemente su reflejo bárbaro, que hizo fortuna por ceñirse a un humanismo cómodo y formulario. De hecho, las tres observan el rito de la oración, pero el Islam sin sacrificio, y por consecuencia sin sacerdocio. Templo e iglesias son casa de Dios; la mezquita sólo casa de oración, como la sinagoga.

Destruído el templo de Jerusalén, queda la iglesia por sucesora integral del culto divino; al margen, la sinagoga y la mezquita en categoría inferior e irreductible con aquélla. Formalmente sus aspectos artísticos han de mantener esta distinción, y mientras el culto cristiano, reflejando la vitalidad de sus adaptaciones al proceso canónico, exalta y complica el culto, la sinagoga languidece entre persecuciones y la mezquita se mantiene petrificada ante lo absolutamente inmutable de su doctrina.

Ronda ella tras de lo cristiano; pero, fiel al principio dogmático, se arredra en alcanzar sus magnificencias. Sobre lo terrenal, lo meramente humano que es el rezo, pisa en terreno firme y crea edificios de amplitud enorme y de estructuras monótonas, que no distraigan al devoto absorto en su rezo. La escala de proporciones en lo monumental ha de ser así la humana; lo horizontal en masa rectilínea, traducción de lo que es permanente en la naturaleza: llanura, mar, la turba humana compacta y quieta, rasero que obedece al concepto igualitario de la sociedad musulmana, donde por única jerarquía no hay sino la fe común, la sociedad de creyentes en el Islam. Así, un bosque de columnas en orden y de amplitud indefinida bajo techo plano, viene a ser la expresión arquitectónica más afín de una multitud orante bajo el cielo místico, y es el tipo consagrado para mezquita, desde la primitiva que fraguó embrionariamente el Profeta en Medina, hasta las de Jerusalén, Mesopotamia, Persia y Egipto, incluyendo la de Córdoba y sus imitaciones. Ellas mantuvieron el aspecto basilical, pero rebajado en altura y dilatada su expansión, excepto en Siria, donde por influjo probable de basílicas hechas mezquitas, resultan con sólo tres naves de través: así, en Damasco.

Otro punto de mira común fué el observar una determinada dirección al ponerse en contacto con la divinidad. El cristianismo lo fijó con los ábsides de sus basílicas hacia Oriente; por su parte, Mahoma dispuso encararse para el rezo hacia la Meca, una vez ganada esta ciudad, y así en España se llegó a fijar hacia el SE. la quibla o cabecera de sus mezquitas; pero en un principio, más que la realidad geográfica, hubo de pesar la costumbre, de modo que la Gran mezquita de Cairuán, la de Córdoba y aun otras españolas la tienen hacia el sur, como acertadamente lo estaban las siríacas.

En la iglesia su ábside, siempre abovedado, protegía el altar; en la mezquita es remedo suyo en pequeño el mihrab, donde se depositaba el Alcorán cuando el director de la oración había de leerlo. El *assomaa* o alminar, torre desde la que el almuédano pregona la oración, le precedió en los santuarios cristianos, pero irregularmente; y entre los ejemplos

más antiguos tenemos en España referencias, bajo influjo bizantino, de las torres — *celsa turrium fastigia* — que el obispo griego Paulo añadió a la basílica de Santa Eulalia en Mérida, y de otras dos que en la de San Mancio, junto a Évora, obra del conde Juliano corriendo el siglo VII, anunciaban, al que de lejos las viera, su proximidad al santuario — *circa basilicam muri in latum dispositis turribus instruuntur, ut quisque de longe conspexerit splendidam iudicet supercrevisse civitatem* (Flórez, XIV, 377). Tocante al patio con galerías en torno y pila de agua corriente, notorio es que de la basílica pasaron a las mezquitas, y todavía la catedral de Sevilla conserva una gran pila goda en medio de su patio árabe, como herencia primitiva cristiana.

Después, las exaltaciones teológicas orientales, rebasando la claridad evangélica del cristianismo primitivo, tuvieron su transcripción monumental en iglesias abovedadas, de estructuras sabias, con resonancias favorables al canto, fastuosamente decoradas, tipo que culmina en Santa Sofía de Constantinopla. La cúpula taladrada por ventanaje es su elemento sustancial, que no encajó sino muy tardíamente en la basílica, pero sí pronto en la mezquita, quizá bajo capa de una conveniencia práctica: la necesidad de aclarar penumbras en el sitio donde el imam, director de la oración solemne, leía el libro sagrado. Desde el siglo IX la tal cúpula surgía en las grandes mezquitas de Cairuán y Túnez, delante del mihrab, moderada en sus proporciones para no desvirtuar la horizontalidad predominante en el edificio.

Estas asimilaciones ponen a tono iglesias y mezquitas, de acuerdo con la relación que sus cultos respectivos guardan; pero, si la iglesia evolucionó en sentido ascensional con su teología progresiva, el Islam se mantuvo fiel a su positivismo, y la arquitectura le secunda durante toda la Edad Media. Su canon de horizontalidad le hace rehuir lo ascendente; cuando traza ángulos prefiere el obtuso, y cuando destaca redondeces las encuadra: el arco, metido en el alfiz; el mihrab, rectilíneo por fuera siempre. Asimismo recuadra sus composiciones vegetales de ornato, privándolas del sentido de libertad con que la naturaleza exalta la vida. Cuando fragua cúpulas reparte su esfericidad en gallones o la destruye sustituyéndola por un cruzamiento de arcos, o la rebaja en baída, como casquete, y aun prefiere la bóveda de aristas, que viene a resultar génesis de la cúpula gallonada.

Sobre el islamismo se exagera demasiado la doctrina antiicónica, mejor que iconoclasta, suya, cuando ello responde más a semitismo, por un lado, y al ejemplo de los cultos cristianos orientales por otro. En realidad, fuera de la mezquita el mundo arabizado no cede al clásico en ostentación de representaciones animadas en pintura y aun de bulto; pero reacciona conforme a su peculiar sentido ante la vida, con preferir esquematismos, el ritmo simétrico de la actividad natural, en forma de composiciones vegetales a base geométrica, constituyendo el ataurique, y problemas de geometría pura con el lazo; abstracciones de realidad siempre, llevadas hasta el último límite que la capacidad visual consiente, y con la magia del color prestándoles vida. Y le es tan privativo este don de la geometría artística, que en llegando a remedarla el espíritu indoeuropeo, retrocede con simplificaciones, desde Italia y Sicilia hasta Persia e India; y si en España logró una de sus más florecientes y metódicas fases, será porque entre nosotros la sangre latina no llegó a desvirtuar la ibérica, la tartesia acaso. Aun lo más humano, la escritura, toma en lo islámico un sentido naturalista, desarrollando artificios geométricos entre atauriques, como si expresara formas y no ideas.

Otro carácter distintivo suyo, fruto de la inmanencia social, es su fidelidad evolutiva. En lo árabe nada se pierde, sólo se transforma en sentido ascendente o descendente, cobrando valor constructivo unas veces lo que al principio fué accidental y decorativo, o trocándose en adorno formas esencialmente constructivas antes. Y si entran elementos nuevos es adaptándolos tan bien a lo propio que forman cuerpo con ello y evolucionan a compás suyo. Al contrario, el arte europeo, aun dentro de España, salta de un estilo a otro como renegando de sí mismo por tiempos; que es la indisciplina, lo revolucionario, agente evolutivo nuestro: el Partenón, el Panteón de Roma, Santa Sofía, cobijando bajo la sombra de sus magnificencias a basílicas y catedrales, representan cumbres antagónicas de la arquitectura occidental. Frente a ellas no corresponde inferior categoría en trascendencia monumental a la Gran mezquita de Córdoba. Desde la cueva de Menga hasta hoy España no puede ostentar otro edificio equiparable en originalidad y tan fecundo, como dechado de cuanto no llegó a nosotros desde Europa y de lo que cupo a la expansión cultural española a través del Mediterráneo. Ello atestigua lo dicho sobre el carácter esencialmente evolutivo de nuestro arte arabizado contraponiéndose a los vaivenes europeos.

Este reaccionar sobre sí, persistente en nuestro arte árabe, se aviva con aportaciones de orientalismo, escalonadas a través de su desarrollo. Así recibió las decoraciones mesopotámicas en escayola; de lo bizantino, una creciente afición a representar animales y aun hombres, solamente anulada ante el fanatismo berberí; de Mesopotamia también, primores de aparejo con ladrillos y la inspiración del almocárabe, aquí desarrollado luego geométricamente; se aprende la técnica bizantina del vidriado, y se complementa con aquella otra loza dorada mesopotámica, reencarnándolo todo según el sentir privativo nuestro, como cosa propia.

Entretanto, un desastre, cual fué la destrucción del califato cordobés, sirve para abrir fronteras a su arte, llevándolo hasta Egipto, en el alminar de la mezquita de Abentulún, y acaso hasta el Asia interior. Toledo parece afianzar su independencia rebasando pronto lo andaluz en sentido de fastuosidad, que trasciende a la Aljafería de Zaragoza en un colmo delirante de complicaciones arquitectónicas. De este modo el arte de la Gran mezquita cordobesa revive en los Estados de taifas durante el siglo XI sin perderse continuidad y con aires de equilibrio en la Andalucía alta — Málaga, Granada y Almería — donde se obtuvieron desarrollos evolutivos dotados de un cierto clasicismo con aptitud para nuevos rumbos; y, en efecto, aquí nace toda la arquitectura almorávide, con su pujante desarrollo en Berbería y repercusiones en Sicilia.

Si antes, bajo las taifas, había señoreado el palacio, ahora el impulso devoto creaba más y más mezquitas, simplificada su estructura con sustituir recios pilares a la columna, ganando solidez y libertad de proporciones; y sin embargo, la teoría estética perseverante en el Islam, obligó a una mayor densidad de masas y achatamiento, con hacer que el arco prevalezca sobre sus soportes; y lo grande abrumba, en vez de saltar a grandioso. A la par, un desbordamiento de minucias decorativas, usurpadas al arte de los palacios, distrae sin atracción hacia lo religioso. Aquellos advenedizos de la cultura se emborracharon con ella, dando ocasión al renuncio subsiguiente con los almohades, que dan a su revolución un sentido de puritanismo insociable, no solamente rompiendo el pacto de convivencia con cristianos y judíos, sino que también el odio a sus predecesores alcanzó a destruir edificios, raer lo que de sutilezas fué gustado por ellos y exaltar su propia barbarie.

Por encima de todo, la fe religiosa que les alentaba se tradujo en arte por una sobria grandiosidad, eliminando complicaciones, repeliendo todo adorno inspirado en lo natural, absorto en grandes masas, anquilosadas a fuerza de repetirse y al fin caídas, a par de la exaltación política que representaban. Luego, al disgregarse en Estados independientes la soberanía almohade, tomó fuerza una reacción del arte andaluz, vivificado con nuevos primores bajo los nazaríes granadinos, que repercutió sobre lo mudéjar cristiano y reconquista otra vez el África occidental; pero ya ello cae fuera del presente volumen.

LA ARQUITECTURA BAJO EL EMIRATO CORDOBÉS

EL SIGLO VIII

LA GRAN MEZQUITA DE CÓRDOBA. — Ella, en virtud de su propia valía, es la única librada en España del espíritu innovador, propio de la Naturaleza y remedado con harta eficacia por el hombre. La historia y el goce artístico pueden felicitarle por ello, ya que su destrucción habría ocasionado una laguna irremediable, como edificio el más trascendental que es entre todos los españoles. En él ha de centrarse el contenido de este libro, que comprende los siglos de esplendor nuestro, irradiante desde el área islámica, hasta cuando esta irradiación cobró centralidad en África bajo los almohades (figs. 1 y 2).

PRECEDENTES. — En su origen, el ser de la Gran mezquita cordobesa fué muy precario. Allí estaba la iglesia mayor con título de San Vicente, conservada como tal en virtud de cierto pacto cuando Moguit se apoderó de la ciudad, al paso que fueron confiscadas todas las demás iglesias comprendidas dentro de su recinto. Fué derecho adquirido por el pueblo cordobés; mas cuando éste se escindió entre mozárabes cristianos y los renegados, estos últimos hubieron de reclamar su derecho a servirse del edificio adaptándolo a su nueva religión, y cuéntase que, sobre el ejemplo de lo estatuido en Oriente bajo el califato de Omar, se dispuso partir el edificio entre ambos cultos, y así media iglesia fué mezquita sin cambio de arquitectura.

Más lucido origen cupo a otras dos mezquitas insignes, por haberlas fundado Hánax el Sanaaní, personaje venerable, como "tabí" o discípulo inmediato de los compañeros de Mahoma, venido a España con Muza. Surgió la primera en Hádira Elbira, junto a Granada, al pie de la sierra del mismo nombre; la otra en Zaragoza, llamada la Mezquita Blanca, y allí murió su fundador en 718. No sabemos cómo serían ellas, pero sí que la segunda fué agrandada en 856 respetando su mihrab a gran costa, por iniciativa de Muza II, el gran caudillo de los Benicasi, y que la de Elvira se acabó de reconstruir en 864 por el emir Mohámed.

Ahora bien, lo que sabemos de Córdoba en los comienzos del dominio árabe, antes arguye penuria que vitalidad constructiva; pues habiéndose arruinado su gran puente antes de la conquista, el califa Omar autorizó al emir Assama en 719 para que rehiciese lo destruido a par de lo subsistente, tomando piedra para ello de la muralla de la misma ciudad, pues no había cantera explotable, y que cerrase con ladrillos la brecha resultante. Hízose lo primero; mas la restauración de la muralla en la forma prevista no se realizó hasta el año 766. Y nada más sabemos anterior a la reconstrucción de la Mezquita.

Intriga averiguar cómo sería aquella iglesia mayor de San Vicente, predecesora suya. Se ha explorado, ha pocos años, el subsuelo para rebajar el pavimento, sin descubrir nada



Fig. 1. — SELLOS DE CÓRDOBA CON SU CATEDRAL: SIGLO XIV.

que pudiera corresponderle. A gran profundidad aparecieron mosaicos romanos y cimientos de casas; encima, a unos 55 centímetros del piso moderno, la cepa de un edificio ruin, con solería de hormigón y paredes de mampostería mala, formando tres naves dirigidas de oriente a poniente, cuyo ancho total no pasaba de 12 metros; y, ya en el patio, a dos de profundidad, la ruina de otro edificio romano tardío: gran pórtico rematado en exedras, habitaciones a su parte oriental y delante cinco columnas, con capiteles de tipo corintio degenerado, provistos de dos filas de hojas lisas simplemente, fustes de pudinga mal redondeados y basas áticas: ni su situación ni su aspecto corresponden a lo que se buscaba.

En Andalucía, lo que se ha salvado de iglesias anteriores a la dominación árabe, no varía de lo godo, tan abundante en Mérida y Toledo, en cuanto a elementos decorativos: como bizantino, solamente lo de Gavia, junto a Granada; en Córdoba, aprovechados en la Mezquita o dispersos, hay miembros ornamentales de los susodichos, con predominio de composiciones geométricas, florones y cruces; lo de tipo vegetal es muy esquemático y pobre. Nada de ello trasciende a lo árabe; pero otra suerte cupo a lo fundamental arquitectónico, que son las estructuras. Aquí se cumple la ley de herencias artísticas, casi fatal aun a través de revoluciones, y cumple observar esto como base de estudio para nuestra Mezquita.

ESTRUCTURAS. — El aparejo de sus muros está hecho con una caliza floja amarillenta, en sillares que miden 1,07 a 1,15 metros de largo, 0,53 a 0,60 de ancho y hasta 0,48 de grueso; asentados sobre uno de sus cantos largos y contrapuestos, de modo que ofrecen a la vista, ya su cara mayor, ya el canto menor, alternando y promediadas sus juntas de



Fig. 2.— LA CATEDRAL DE CÓRDOBA DESDE EL PUENTE.

hilada a hilada para trabazón. Esto es lo que llaman aparejo a soga y tizón los canteros; y como el grosor de muros alcanza a 1,14 metros, compréndese bien que los tizones calan de una haz a la otra, mientras los sillares a soga van apareados cara con cara. La ventaja de este sistema consiste en dar apariencia de gran aparejo con sillares delgados y exigir menos esfuerzo su acarreo y colocación. El mortero interpuesto es de cal y arena (fig. 5).

En lo clásico este procedimiento resulta excepcional, ya en Asiria, ya en Grecia; Roma lo ostenta en el mausoleo de Sulpicio Pletorino, trasladado al Museo de las Termas; pero son más notables dos ejemplares andaluces, en el gran ambulacro del anfiteatro de Itálica (figura 6) y en la puerta de Córdoba en Carmona, todos tres con sus juntas rebordeadas a la rústica. Agréguese lo que subsiste de romano en el gran puente de Córdoba a la parte de la Calahorra, que es donde, no batiendo la corriente del agua, pudo conservarse lo primitivo. Ello se veía principalmente entre los arcos segundo y tercero con parte de éste, en que alternan dovelas enteras y partidas, con alto de 0,90 metros, rebordeadas y quizá con guarnición de moldura. Hoy resulta invisible, por culpa de un desgraciado revoque; pero lo atestiguan fotografías viejas, a más de mis notas (figs. 3 y 7).

Esto nos lleva hacia otro edificio cordobés, víctima de absurdas suposiciones ahora. Son los dos arcos gemelos atravesados ante la muralla de la ciudad, junto a lo que fué puerta de Sevilla. Ya constituían ellos monumento señero a la mitad del siglo X, cuando Abenhaulcal, hablando de la antigua morada de los señores de Córdoba adjunta a su recinto y en comunicación por varias puertas, añade: "mas para la ciudad hay dos puertas en un mismo muro junto al camino de sobre el río de Arruzafa". Éste es hoy el arroyo del Moro, que pasa bajo uno de dichos arcos, lindantes con el Alcázar viejo y su huerta, que se salvaron de caer con lo demás del recinto, merced a su imponente masa.

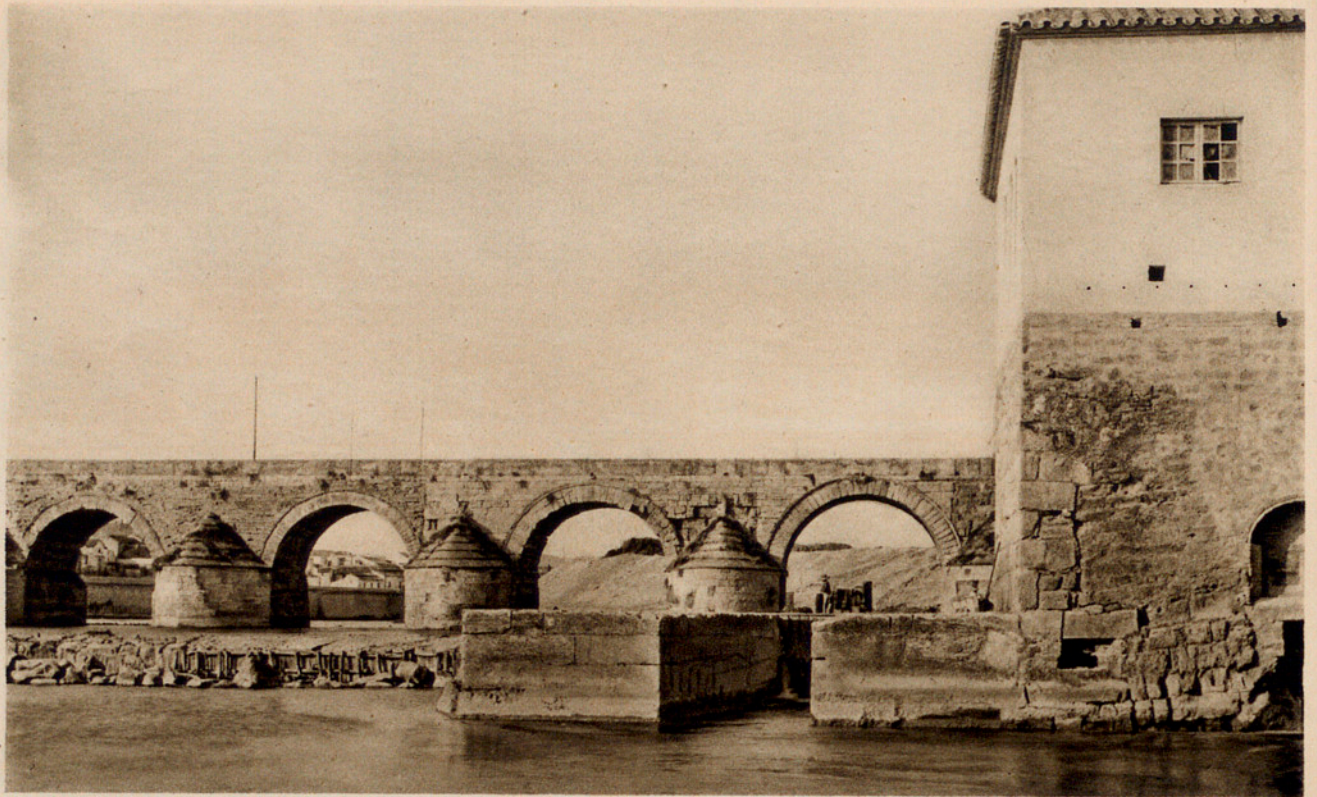


Fig. 3. — EL PUENTE DE CÓRDOBA ANTES DE SU RESTAURACIÓN.



Fig. 4. — ARCOS DE LA PUERTA DE SEVILLA EN CÓRDOBA.

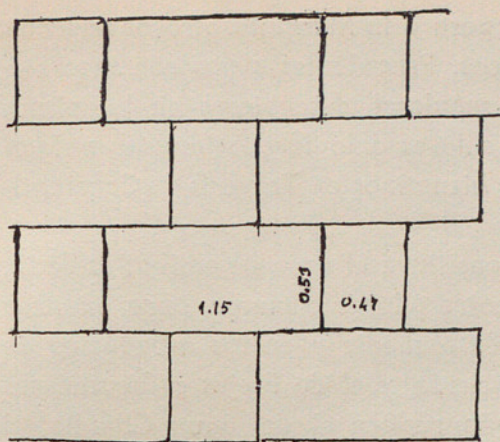


Fig. 5. — APAREJO DE LA MEZQUITA PRIMITIVA.

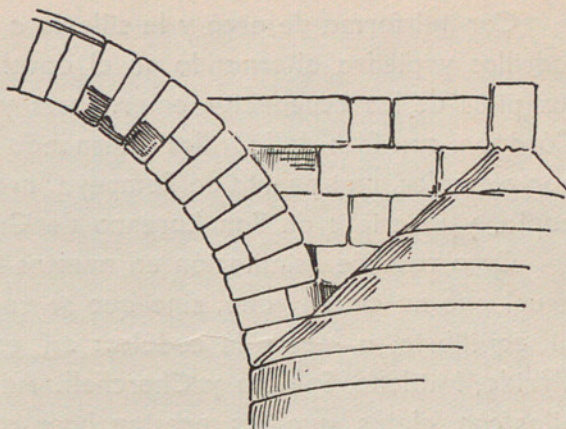


Fig. 7. — EL GRAN PUENTE DE CÓRDOBA.

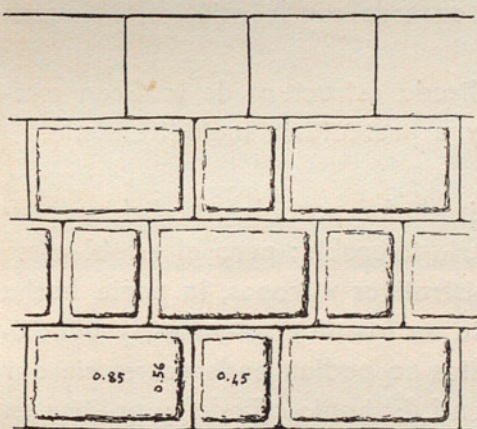


Fig. 6. — APAREJO DEL ANFITEATRO DE ITÁLICA.

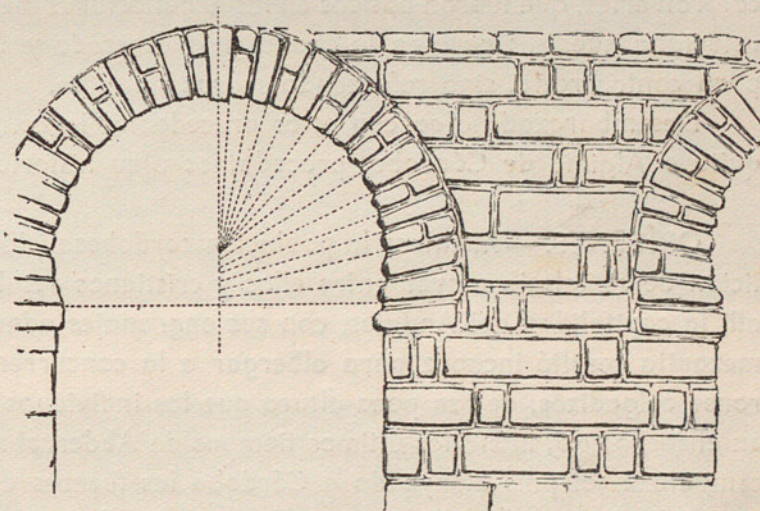


Fig. 8. — PUERTA DE SEVILLA.

Puertas de ciudad dobles, para entrada y salida independientes, son tipo romano conocido, del que hay otro ejemplar en Mérida, resto de su primitivo recinto, derribado en el siglo IX. Los tales arcos cordobeses ofrecen aparejo exactamente igual que el de aquellos otros citados edificios, a soga y tizón, rebordeado y sin alisar del todo las caras delanteras, en sillares de 1,20 por 0,45 metros de tabla y 0,35 de canto; además, los arcos prolongan su curva en forma de herradura, convergiendo su despiece a puntos escalonados, para regularizarlo en la parte baja excedente del semicírculo; sus dovelas alternan enterizas y partidas; sus claves quedan sin rebordear; las impostas, de cuadrado, como simple hilada saliente, y las abarca la línea del trasdós, ensanchándose hasta ellas la rosca del arco en líneas oblicuas, para mayor firmeza (figs. 4, 8 y 9).

Esto último lo repiten edificios godos, como San Juan de Baños, y aun el arco de entrada de Santa Eulalia de Bóveda (Lugo), obra de la decadencia romana indudable, donde también campean arcos de herradura. Ellos aparecen aquí desde la antigüedad clásica, y con absoluta insistencia, como sistema, bajo los godos, hecho ratificado en la misma Córdoba con el reciente hallazgo, a gran profundidad, de una ventana con doble arco de esta forma, adorno de rosetas y cruz en medio (fig. 10); también las ruinas de la iglesita goda de Nueva Carteya depararon salmeres de otros arcos así, a más de uno monolítico.

Con tal forma de arco y la sillería a soga y tizón, pasa a la Mezquita otro aparejo de ladrillos y piedra alternando en el dovelaje de los arcos. Precedentes suyos romanos son las pilas de los acueductos emeritenses y una bóveda sepulcral, descubierta en la misma Córdoba, con filas de ladrillos alternando con otras de sillares a lo largo; también valgan por ejemplos, una puerta de Pompeya, arcos romanos y bizantinos en Tréveris y Constantinopla, y la cripta de San Lorenzo de Grenoble.

Otro caso de asimilación en nuestra Mezquita lo constituye el arco de entibo; es decir, aquel que no cierra vano, sino que se voltea al aire, entre pilares o muros, para afianzar su equilibrio, a modo de codales: así, en la cisterna de Mahedia y en los acueductos de Mérida, Mitilene, Spoleto y Charchell. Además, el de Mérida y el de Frejus refuerzan sus pilas con aletas, que les prestan base cruciforme, según repiten el del agua Claudia, el Tabulario y la basílica Julia en Roma. Salientes así, aplicadas al muro, llegaron a valer por contrafuertes, que fueron básicos en las arquitecturas medievales cristianas, empezando por la asturiana nuestra; pero en lo árabe, más atrasado y de acuerdo con lo asiático, no valen para contrarresto, sino reforzando muros tan sólo.

Desembarazada algo con estos precedentes la complicada estructura de la Gran mezquita o Algima de Córdoba, procedamos a su historia y a presentarla metódicamente.

ORÍGENES. — Mientras la población cordobesa islamizada fué poca, la susodicha reparación de su iglesia mayor entre ellos y cristianos resultaría tolerable; pero al establecerse allí la capitalidad del Andalus, con sus engranajes administrativos y tropas, la parte hecha mezquita resultó incapaz para albergar a la concurrencia en los días solemnes, y añádironse colgadizos, de tan poca altura que los individuos altos no podían enderezarse sin dar en el techo: así, hasta los últimos tiempos de Abderrahman I. Él había cifrado su política en centralizar el país atrayendo a Córdoba las fuerzas del Estado; él sabía cuánto poder de sugestión tienen para las masas lo espectacular, lo costoso y extraordinario, y acertó poniendo mano en la reconstrucción del edificio.

Había precedido a la mezquita de Córdoba la de Cairuán, metropolitana del África occidental, fundación de Ocbá en 675; pero ella, una y otra vez rehecha, no alcanzó su aspecto definitivo hasta bien entrado el siglo IX, y entonces fué sobre recuerdo probable de la de Córdoba. En cambio, ésta no sólo se conservó intacta y aun fué modelo para las fatimíes de Egipto, sino que de ella pende toda la evolución arquitectónica española en su área de andalucismo, y abarcando las penetraciones en tierra cristiana que determinan lo mozárabe y lo mudéjar. Así, aparte su mérito intrínseco, se eleva en grado extraordinario la trascendencia de nuestra Mezquita, mereciendo todo esfuerzo desentrañar su génesis.

Lo concerniente a ella en un principio queda rodeado de incertidumbres, porque los textos solamente reflejan la tradición recogida por cronistas del siglo X. Un hecho resulta firme: que fué obra de Abderrahman I, según lo declaran unos versos coetáneos, donde se fija en ochenta mil monedas de oro el costo de su edificación; y hay otro dato, no alegado al propósito, y es que fué en 780 cuando el emir omeya encargó de su reconstrucción al visir Abdala ben Jaled (Fatho'l Andaluçi). Esto aparte de lo que concierne a la compra de aquella mitad que aun servía de iglesia, realizada en 786, y a la terminación del nuevo edificio, a partir de entonces, en el plazo de un año, cosa por demás sorprendente si se tratase de todo él, inverosimilitud que viene embrollando la historia de nuestra Mezquita.



Fig. 9. — ARCOS DE LA PUERTA DE SEVILLA, A LA PARTE CONTRARIA.



Fig. 10. — ARCOS DE VENTANA GODA DESCUBIERTA EN CÓRDOBA.

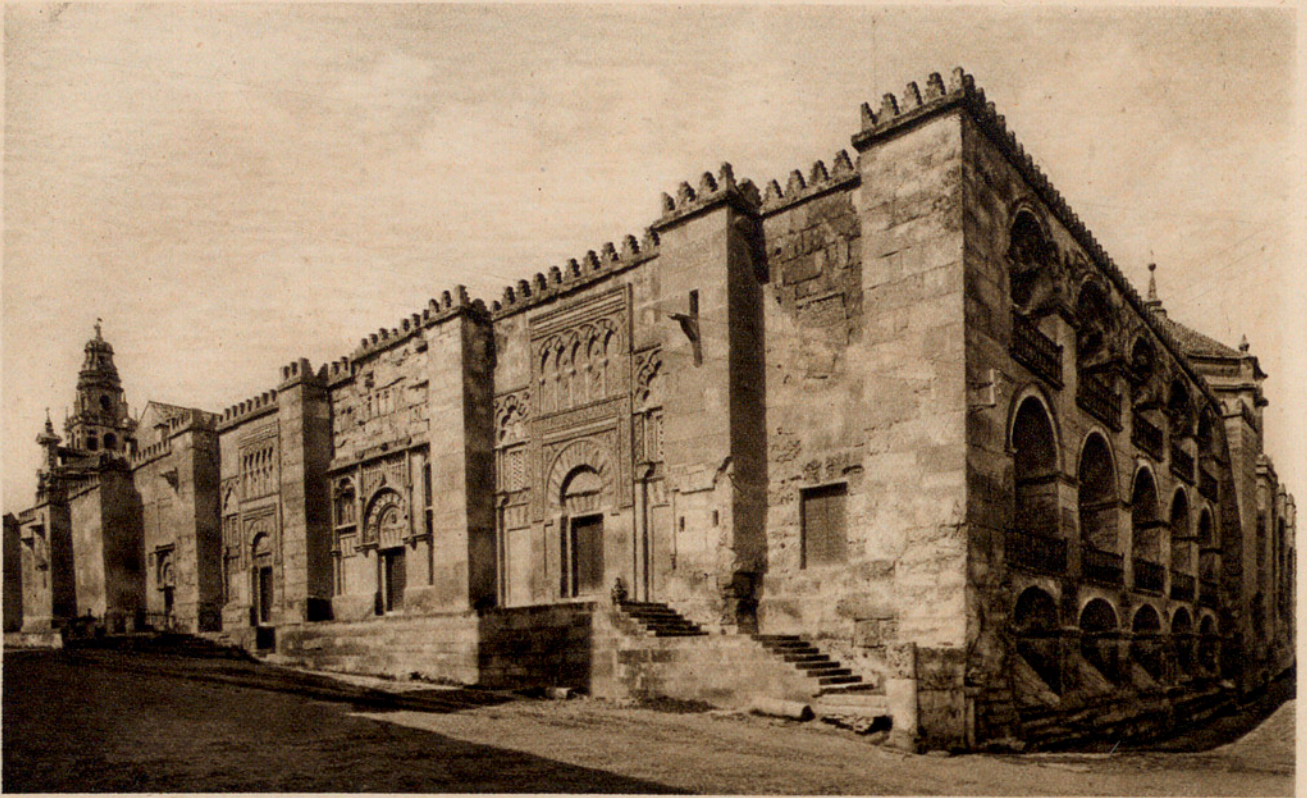


Fig. 11. — VISTA DE LA CATEDRAL POR SU ÁNGULO DE SUROESTE.



Fig. 12. — FACHADA OCCIDENTAL DE LA MISMA.

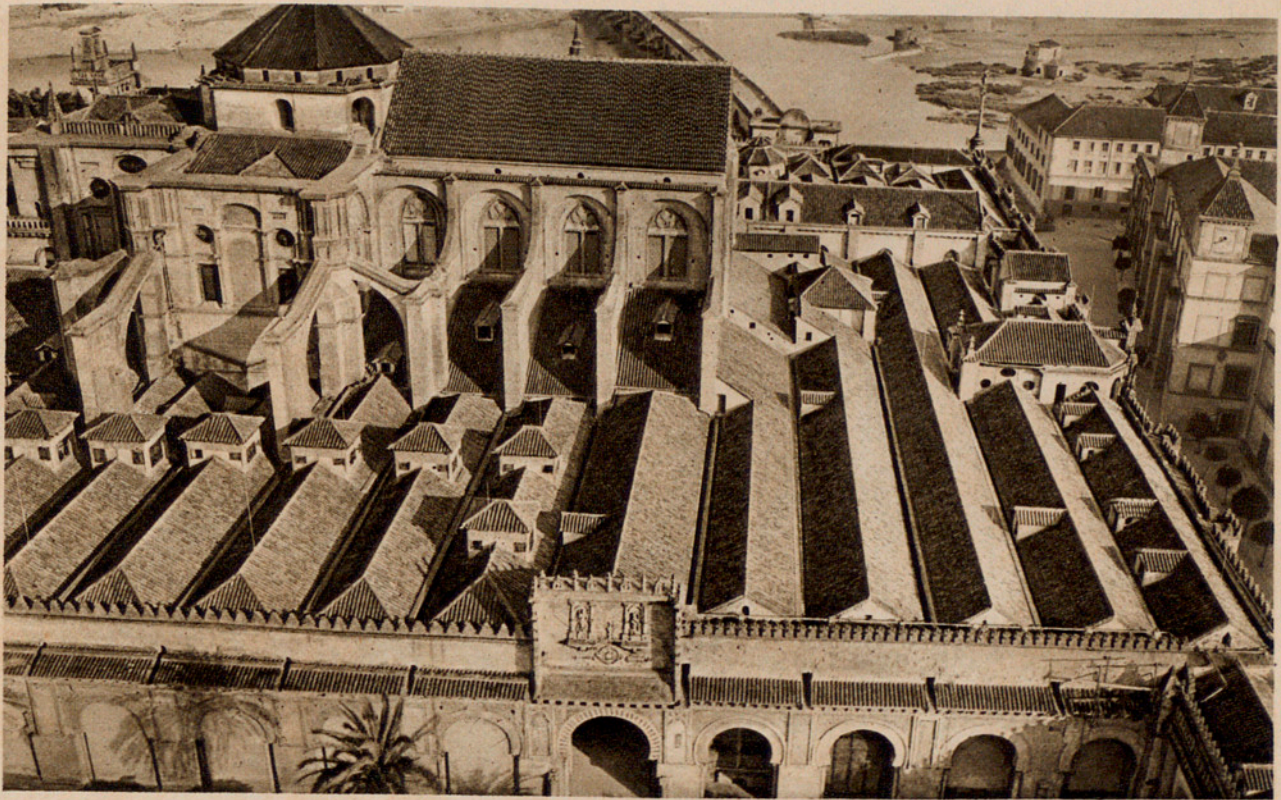


Fig. 13. — LA CATEDRAL DESDE SU TORRE.



Figs. 14 y 15. — VISTAS CONTRAPUESTAS DE LA PUERTA CENTRAL HACIA EL PATIO.



Fig. 16. — PERSPECTIVA DE LA MEZQUITA DESDE EL ÁNGULO DE NORESTE.

Ahora, con el nuevo dato, sabemos que alcanzó a unos seis años la duración de las obras, y queda episódico e intercalado lo de la tal compra para completar el edificio, ya hecho en su mitad, acaso. Pero queda en pie el problema de su correlación con el antiguo: la iglesia de San Vicente sigue irreconocible ni aun en sus cimientos, y sería cosa de insistir a ciegas en la hipótesis de cierta supervivencia suya en lo actual, si algo más que los elementos constructivos arriba enumerados pudiese justificarlo. Atribuirle el miserable solero de edificio, descubierto hacia el centro de la Mezquita, parece aun más inverosímil: quizá fué iglesia primitiva, y aunque no desconcierta la pobreza de su fábrica ni aun su tamaño, recordando otras de aquellos siglos, todavía su exigüidad no cuadra para sede episcopal, como era Córdoba, y por comparación tenemos las grandes ruinas de la catedral de Segóbriga, en Cabeza del Griego, que no desdicen de lo presumible para tal destino. Conste, pues, ser tan verosímil como en absoluto improbable que el ámbito de la mezquita de Abderrahman I coincidiese con el de la iglesia, y más aún que su reconstrucción fuese un arreglo simplemente. Ahora bien, la utilización de sus materiales ha de tenerse por segura y quizá en gran escala.

El examen, pues, del edificio ha de girar: entre lo notoriamente aprovechado de otros más antiguos, ciertos elementos sustanciales, posiblemente de acarreo, y novedades que sólo justificaría una corriente oriental directa. En la segunda de estas categorías radican las incógnitas, y la tercera quedará reducida a minucias, en atención a no haber edificio en Oriente del que pueda emanar en lo sustancial el nuestro. Ahora, por de pronto, veámoslo.

DESCRIPCIÓN. — Abstrayendo lo que durante casi doce siglos ha ido sumándose y restándose a la mezquita erigida por Abderrahman I en el decenio de 780, procuremos imaginarla tal cual era. Al exterior, un cuadrilátero de fachadas uniformes y de no gran altura, sin nada que sobresalga de ellas, ni nada que desvirtúe sus proporciones en longitud predominantes. Cortándolas a trechos, unos contrafuertes, casi como torres, que no responden a estructura interior ni a tradición occidental, pero usuales en Oriente desde tiempos remotos; entremedias, sólo reconocible una puerta con galana decoración y parejas de ventanas provistas de celosías marmóreas; por remate, coronándolo todo, un andén de almenas triangulares y dentadas, como remedo de fortaleza, que son otra novedad, quizá absoluta, en nuestros países occidentales (figs. 11 a 15).

El área total del edificio, comprendidos los muros, cubre un cuadrado, casi exacto, de 76,70 por 75,73 metros, que se reparte en dos sectores de norte a sur, casi iguales entre sí: el de hacia el norte, descubierto, como patio: el otro, techado, con su cabecera al sur, y accesible desde el patio mediante once arcos, que corresponden a otras tantas naves enfiladas hacia la cabecera. En el patio, desde tiempos de Abderrahman había plantados árboles, y ya en el siglo XIII crecían airoas palmeras; en su frente septentrional, más arredrado de donde ahora se halla, irguióse después la torre desde donde se pregonaba la oración, añadida por Hixem I, hijo del emir fundador, como también él dispuso portales a sus costados, para que allí las mujeres asistiesen al rezo (figs. 27, 28 y 34).

Entrando por dichos arcos en el recinto cubierto... Aplicado a otros edificios, se abusa del símil de un bosque de palmeras para asociarlo al aspecto de una arquitectura en que columnas y arcos en serie den impresión de naturaleza viva bajo penumbras crepusculares. Pues así, vistas algo de través, se nos ofrecerían aquellas once naves, inciertas en amplitud

y hasta en altura, iluminadas a ras del suelo por la ofuscante luz del patio, y con vislumbres alrededor, filtrándose por aquellas celosías de las fachadas, antes creadoras de oscuridad en torno suyo, y todo uniforme, todo vaguedades de estructura, determinadas por el entrecruzarse arcos calados y otros de apeo, sobre columnas y pilares voladizos, cerrándose con la masa de techumbre, en plano horizontal oscuro, y un suelo como de terrizo a los pies, todo entre sombras, que destacan brillo de mármoles, piedra dorada y manchas de ladrillo rojo. Allí pudo sentirse fuera de toda realidad el hombre, quedar absorto y en condiciones de evocar lo suprasensible, en oración adecuada para rendir culto a Dios y reconocerse humilde ante Él. La creación arquitectónica no puede ser más perfecta según este ideal religioso, tan simple, tan abstracto; pero en peligro de rutinarismo sin espíritu, al cabo (fig. 16).

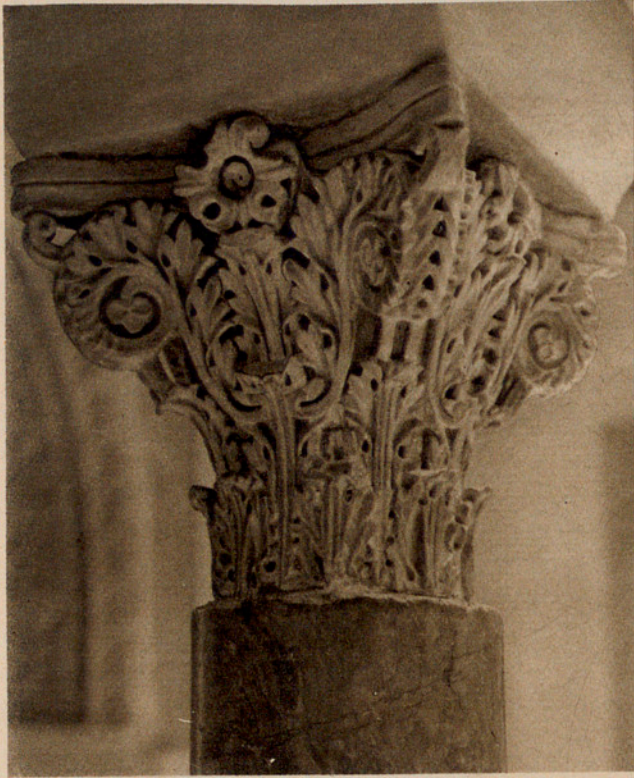
El número de columnas alcanzaba a 142; compuestas de cuatro piezas: basa, fuste, capitel y cimacio, en altura total de 4,20 metros; hasta el techo, 8,60; ancho de la nave central, de eje a eje, 7,85; las cuatro laterales siguientes a cada lado, 6,86; las extremas, 5,35; grosor de muros, 1,14. El suelo era de argamasa muy floja, casi como terrizo, con declive hacia la parte oriental, y tan mal niveladas por allí las columnas, que ya quedan enterradas sus basas, ya sobresalen de mala manera. Su cimentación va por separado en cada una, descuidadísima y cargando sobre restos de casas heterogéneos; pero, contra toda verosimilitud, resultó firme. En cambio, la cimentación de muros es bien sólida, hecha con sillares en seco y debajo mampostería. De las techumbres nada se conserva; eran planas, con terrado encima, seguramente; fueron sustituidas o cubiertas por armaduras a dos aguas, y al fin hechas bóvedas de cañizo y yeso, que aun subsisten.

APROVECHAMIENTOS. — Las columnas son aprovechadas en su totalidad: ya romanas, ya de lo cristiano inicial, ya godas, que representan barbarizados unos mismos tipos. Sus basas son todas áticas, aunque muy desiguales, y fueron plantadas sin nivelar, como va dicho, de suerte que algunas resultarían más o menos ocultas, determinando ello que al fin se las cubriese todas, y que en las ampliaciones sucesivas del edificio se prescindiese de ellas: hoy se las ha dejado otra vez a la vista. Los fustes son de varios mármoles y de granito, lisos generalmente; pero algunos, con estrías en espiral o rectas; los de la nave medial todos son de pudinga rosada, como procedentes de un solo edificio. No así los capiteles, aunque hermanan algunos; todos ellos de mármol blanco y ajustados al orden corintio con preferencia al compuesto. Los hay perfectamente clásicos y muy bellos; dos o tres llevan hojas de acanto espinoso encorvadas por abajo, como algunos descubiertos en Itálica, de donde procederán, y entran en serie con otros orientales, por ejemplo los del gran peristilo de Spalato (Salona), erigido bajo Diocleciano por artistas griegos. Más extraños son tres campaniformes, con hojas como de lirio, que recuerdan el loto egipcio, según modelo bizantino de que hay ejemplares en el Peloponeso, Constantinopla, Roma y Venecia, pero estos cordobeses llevan redondo su ábaco. Abundan los de hojas lisas, como pencas, ya romanos, ya bárbaros; también, una serie de entre los corintios, que en lugar de volutas desarrollan simples hojas y entremedias una flor o cogollo. Tenemos, por último, los godos, tan minuciosos y complicados como sin gracia, hermanando con otros de Sevilla y Mérida (figs. 17 a 24).

Los cimacios que cargan sobre los capiteles, rebasando sus abacos, al modo latino, en tronco de pirámide, se ordenan en tres series: unos, francamente godos, con decoración geométrica de círculos, ondulaciones, aspas y rombos; ya con hojas, como de acanto, enfi-



Figs. 17 a 20. — CAPITELES ROMANOS APROVECHADOS DE LA PARTE PRIMITIVA DE LA MEZQUITA.



Figs. 21 a 24. — CAPITELES APROVECHADOS, DE DIVERSOS TIEMPOS.



Fig. 25. — CELOSÍA DE LA PORTADA DE SAN ESTEBAN.



Fig. 26. — ALMENA PRIMITIVA DE LA MEZQUITA (VACIADO).

ladas o en roleos, y algunos destacando cruces, que provendrán de Mérida. Otra serie reduce a molduraje su decoración, ordenado a base de gorja entre filetes, con sentido clásico, o bien combinando bocelos y escocias, enteras o medias, entre aristas, variando mucho en cantidad de elementos: algunos, como obra bárbara y de extremada rudeza; otros, con adorno por tres caras y molduraje en la otra, señal de miembros aprovechados. La tercera serie queda lisa, con planos más o menos oblicuos; probablemente datarán de cuando se organizó la mezquita y sirvieron de modelo en las sucesivas ampliaciones. Desde luego, las cruces aparecen deshechas a golpes, tan rudamente que arguye barbarie su adaptación.

Otro elemento marmóreo, y aprovechado verosímilmente, son las dos celosías de ventanas que flanquean la portada occidental, con labor imbricada la una, y de aros secantes la otra (figs. 25, 37 y 38); también las hubo en un tramo inmediato, cuya huella quedó en torno de sus ventanas; y apareadas asimismo las habría a la parte opuesta, por donde se adosó la ampliación de Almanzor. Más aún: tocante a ésta, su fachada repite la misma ordenación de ventanas provistas de celosías, y entre ellas hay cinco, similares en tamaño y estilo a las susodichas, que pudieron sacarse del muro primitivo (figs. 218, 222 y 223). Todas obedecen al arte geométrico en favor durante los primeros siglos cristianos; una igual, imbricada, subsiste en la iglesia de Santa Comba de Bande, y abundan restos de otras en ruinas de aquella edad, mientras varían de las orientales, más complicadas generalmente.

ORGANIZACIÓN. — Pero todo lo anterior, siendo ajeno y de acarreo, dice poco ante la organización del edificio. Valga anticipar, como hecho bien averiguado, que él se aparta de todos sus similares orientales coetáneos, y en especial de la Gran mezquita de Damasco,

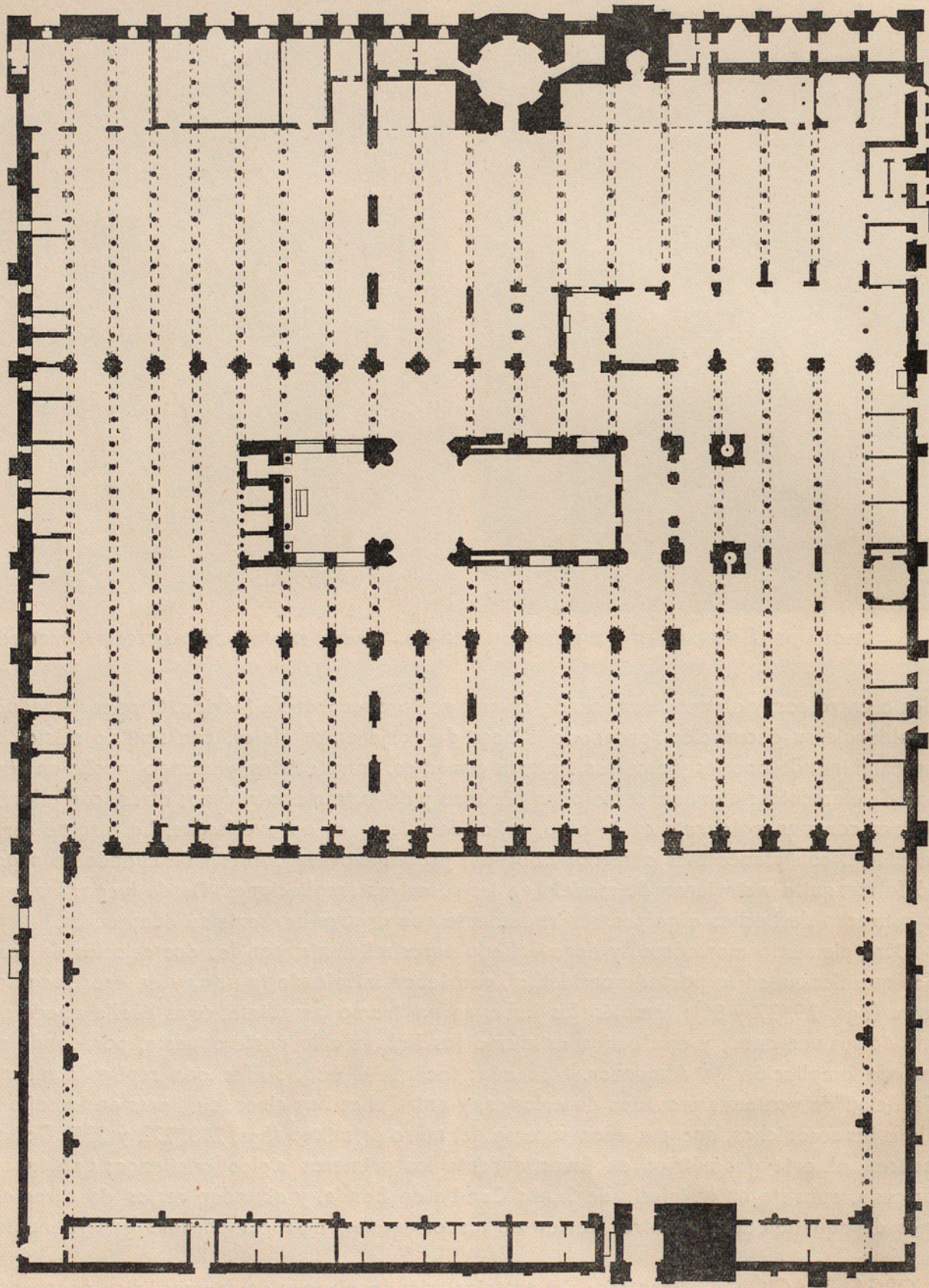


Fig. 27. — LA MEZQUITA HECHA CATEDRAL, EN EL SIGLO XIX.

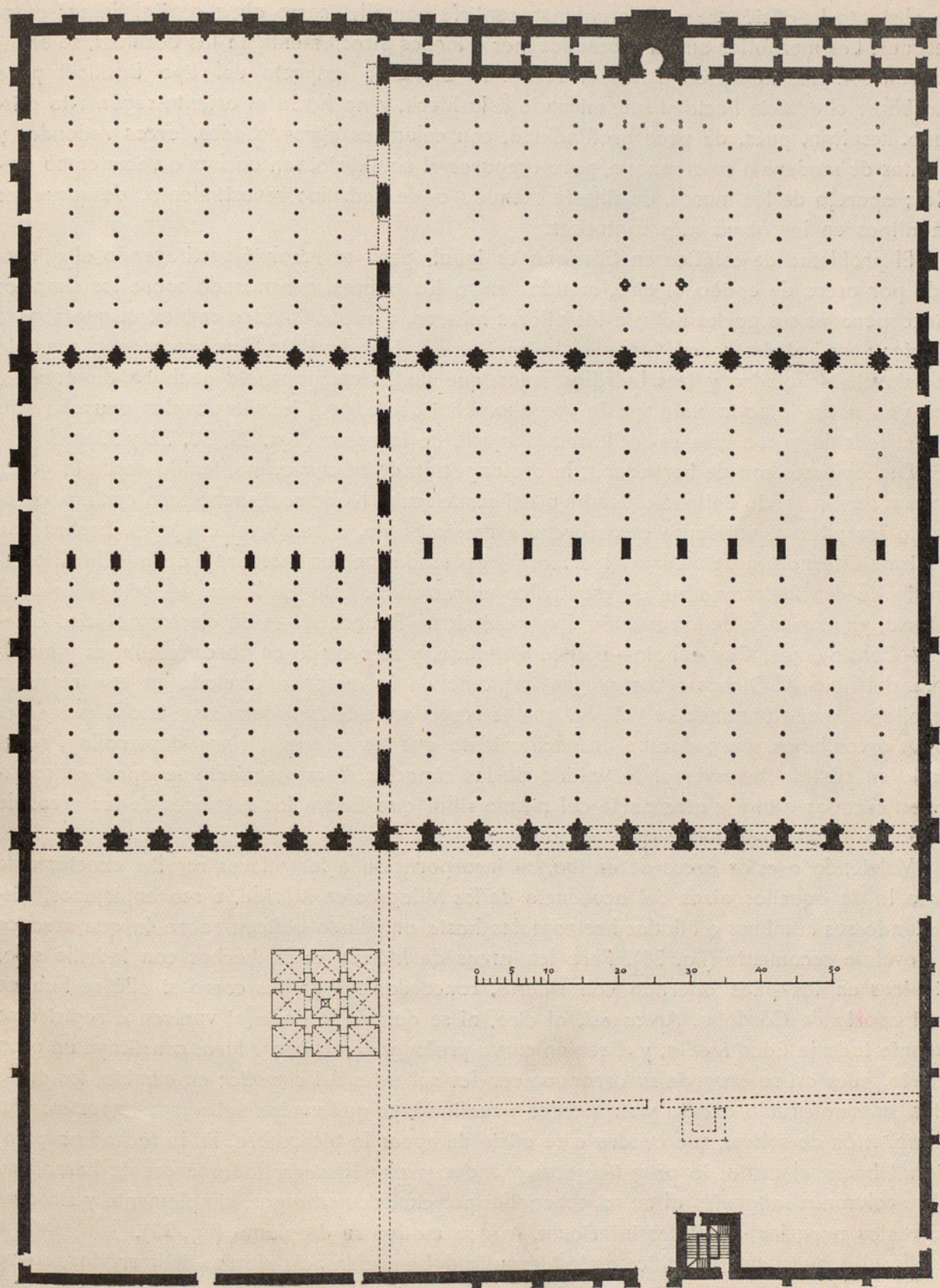


Fig. 28. — RESTITUCIÓN DE LA MEZQUITA, CON SUS AMPLIACIONES.

no obstante la afición que Abderrahman sentiría por ella, como obra capital de sus antepasados. Las mezquitas omeyas, basadas más o menos directamente en las basílicas, se organizaron con tres naves de través, trocada su dirección respecto del tipo basilical para encabezar el edificio hacia el sur, mirando a la Meca, y no hacia el oriente según rito cristiano. Resultan, pues, de poca profundidad, con columnas aprovechadas, arcos redondos y tirantes de madera a su arranque, para asegurar el equilibrio, tan anchas a veces como dinteles; aparejo de los muros, de sillería menuda o de ladrillo; revestimiento, de mosaicos bizantinos en las obras más suntuosas.

El problema de estática en Córdoba es igual, pero se resolvió substituyendo el atirantado por arcos de entibo al aire, metidos entre los pilares, arrancando sobre los cimacios e incorporadas sus partes bajas a los pilares mismos, o sea a hiladas con ellos, que son de sillería; pero, al destacarse luego en la parte medial su dovelaje, éste aparece alternando una dovela de piedra y tres ladrillos rojos, que juntos componen la anchura de aquélla, dan una nota de policromía y a la vez ahorran trabajo, pues labrar dovelas apuraba más que el ladrillo y con éste se facilitaba el ajuste de la rosca (figs. 29, 30, 32 y 33).

Dichos arcos son de herradura; la prolongación de su curva, mantenida desde lo godo, viene a ser un tercio del radio por bajo del semicírculo. Nada sostienen; pero encima, coronando los pilares, voltéanse otros arcos a medio punto, o sea semicirculares, hechos con la misma alternación de piedra y ladrillo, y trasdosados por un molduraje de ladrillitos, compuesto de dos filetes y serie de esquinillas entremedias. Esto es labor de origen oriental notorio, ya provenga de lo sasanida mesopotámico—Firuzabad—o de ciertos palacios omeyas—Cosair-amra, Casr-alhair—o de lo bizantino, y se remedó en obras toledanas y mozárabes del siglo X. Dichos arcos surgen a plomo de la moldura biselada en que rematan los pilares, o sea ganando su volada, que es rasgo anticlásico; además su ancho excede al de los arcos bajos, merced a un ensanchamiento que los pilares mismos desarrollan, rebasando en sentido transversal la volada de los cimacios. Y esta saliente se apea en modillones, sacados a una y otra parte del mismo sillar que forma los salmeres de los arcos de entibo: se describirán luego (figs. 32 y 33).

Volviendo a estos arcos de entibo, su incorporación a los pilares resulta exactamente como la de aquellos otros del acueducto de los Milagros en Mérida, o sea enjarjados, disponiendo sus hombros a hiladas horizontales hasta una línea oblicua sobre la que arranca el dovelaje secamente (fig. 31). Pero los arcos de Mérida están hechos con ladrillo solo, mientras en las pilas alternan con sillería, concordancias ambas como si allá se hubiese inspirado lo de Córdoba. Arcos así, al aire, ni se dan en lo godo ni vuelven a registrarse durante toda la Edad Media, y el ser en curva prolongada, de herradura, constituye un gran acierto, pues así se acuerda su arranque con las salientes del cimacio; en cambio, los arcos altos, en semicírculo exacto y sin perder visualidad, ya que vuelan sobre sus impostas, dan la impresión de solidez que cuadra a su oficio de apea la techumbre. En la fachada septentrional hacia el patio, lo primitivo son grandes y muy desarrollados arcos de herradura sobre columnas tangentes al muro, coronadas por cimacios entregos, simplemente y sin contrarrestos para las arquerías interiores, lo que motivó su desplomo (fig. 30).

Resulta, pues, que el artífice de la Mezquita daba preferencia al arco de herradura sobre el semicircular, ateniéndose a la tradición goda, que parece haber prosperado por sensibilidad estética, no siendo fácil hallar otra razón de ser a su empleo. Quedará en penumbra



Fig. 29. — NAVES DE LA MEZQUITA DE ABDERRAHMAN I.

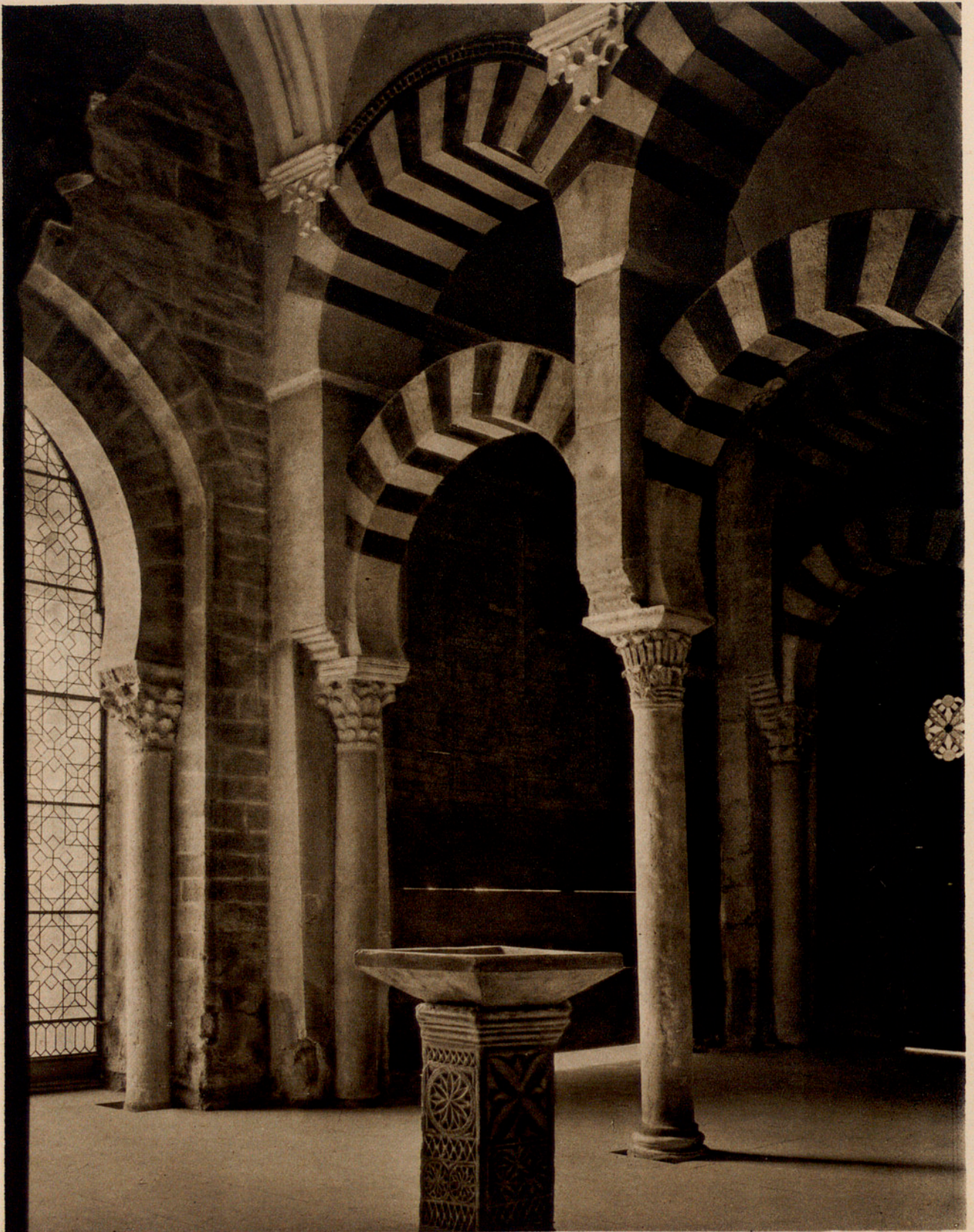


Fig. 30. — EXTREMIDAD SEPTENTRIONAL DE LA MEZQUITA PRIMITIVA.



Fig. 31. — ACUEDUCTO DE MÉRIDA.



Fig. 32. — EXTREMIDAD MERIDIONAL DE LA MEZQUITA PRIMITIVA.



Fig. 33. — ARRANQUES DE LAS ARQUERÍAS DE LAS NAVES.

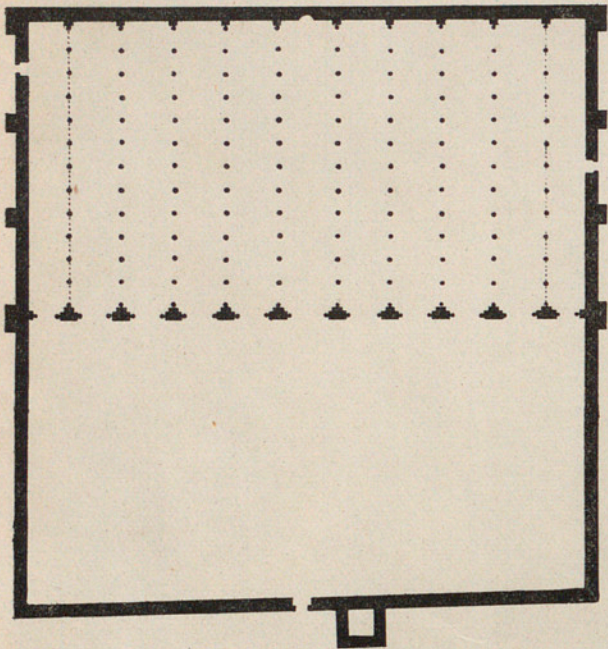


Fig. 34. — LA MEZQUITA EN EL SIGLO VIII.

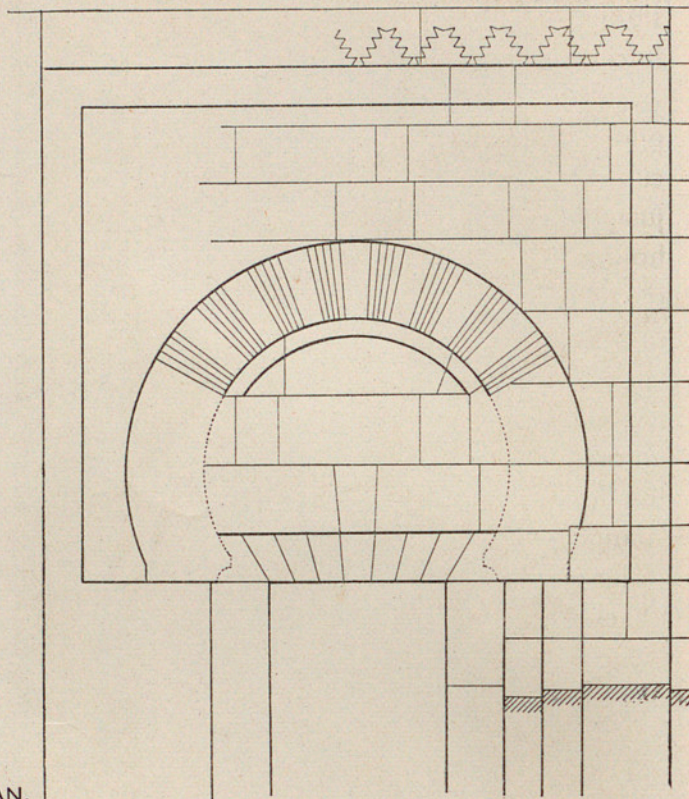


Fig. 35. — FACHADA INTERIOR DE LA PUERTA DE SAN ESTEBAN.

su origen; pero es bien notoria, como va dicho, su ascendencia española, que alcanza hasta lo romano. Consecuencia definitiva es, asimismo, que, a partir de nuestra Mezquita, el arco de herradura quedó como absolutamente típico de las arquitecturas andaluzas; también, que se desvirtúa en propagándose al occidente africano, y que sólo en casos muy esporádicos y vergonzantes asoma en lo omeya oriental, por ejemplo en las galerías del patio de la Gran mezquita de Damasco. Respecto de los contrafuertes, tan corpulentos en la fachada occidental, no alcanzaron al testero de la mezquita ni a su patio, de suerte que no podemos equipararlos a su presentación en torno de palacios y mezquitas de Mesopotamia, quedando incierto si obedecerían a simple refuerzo, ya que no en modo alguno para contrarresto de arquerías, como va dicho.

LO DECORATIVO. — Con esto y el análisis del aparejo, arriba explicado, sabemos cuanto concierne a la organización arquitectónica: resta lo decorativo. En primer término, como elemento de origen conocido, están las almenas que coronan la parte cubierta del edificio, a partir de su fachada occidental (fig. 26), pues lo demás queda envuelto en obras posteriores, donde se las remedió exactamente. Estas almenas forman triángulos, escalonados en dentellones agudos, tres por lado, y otro superior algo cóncavo en su cabezal; además, dos o tres de ellos, quizá los únicos primitivos que se conservan, llevan rosetas grabadas por adorno, tema usual en lo godo andaluz. Aparte ello, un remate así no es conocido en edificio anterior occidental; en cambio, almenas escalonadas, pero con ángulos rectos, las tenemos en sepulcros fenicios y en lo persa aqueménide; otras, como las de Córdoba, trascienden desde un ejemplar clásico de Palmira, a lo sasanida y a lo árabe, en el palacio de Tabga, en Samarra y en algún tablero del mimbar de Cairuán; hecho en Bagdad en el

siglo IX. Bien es verdad que nunca alcanzó allá esta forma de almenas el predominio absoluto que en Andalucía hasta lo granadino y mudéjar.

Más desconcertante es el tipo de modillones arriba enunciado, por arranque de los pilares en las naves de la mezquita. Ellos avanzan en plano cóncavo, compuesto de tres o cuatro baquetones o rollos, entre mocheta encima y filete por abajo, que a los costados se justifican como rizos de tallos cabalgando unos sobre otros y con adherencia de unas hojitas grabadas sutilmente y pintados de rojo sus fondos; pero esto sólo se conserva en los pocos ejemplares que han resistido al retallado brutal de los demás (figs. 33, 40 a 42). Su originalidad sorprende no menos que su belleza, merecedora del favor que obtuvo en las sucesivas ampliaciones, y luego en áreas mozárabe y románica, rebasando nuestras fronteras en extensión amplísima por Francia. De precedentes, nada conocido, ni en occidente ni en oriente, a no ser algo así en los capiteles de Susa y Takibostan, aqueménides y sasanidas, tan fuera de camino para lo nuestro. Si los modillones de la portada de San Pablo del Campo en Barcelona fuesen anteriores a lo carolingio, merecerían traerse a cuento, pues se les asemejan en el juego de baquetones; pero es muy incierto. El vuelo normal de modillones godos forma un solo rollo, incluso en curva de nacela simplemente, y así se repitió luego en ampliaciones de la mezquita realizadas en el siglo IX, y hasta simplificado, como si sus artífices fuesen incapaces para primores.

Queda por presentar lo más notable de la mezquita en el orden decorativo: su portada occidental, que llaman de San Esteban. Lo primitivo de ella redúcese a los sectores laterales en bajo, ricamente exornados, y a la parte central alta donde se alinean tres arquitos decorativos de herradura, más el adorno de una de sus jambas. El arco principal data del siglo IX; el tejeroz, quizá del X; lo demás de ornamentación en alto, rodeando las ventanas, y algún remiendo no pueden ser anteriores al XII; pero lo subsistente primitivo basta para situarnos en campo de lucubraciones abstrusas. Ello está labrado con caliza pajicienta que aparece fuertemente corroída, justificando las renovaciones susodichas y un recalzo general moderno. Su despiece parece ordenado a sogas y tizón trabado con yeso, al parecer, y la talla se haría *in situ*, según uso corriente, ahondando mucho para hacer resaltar un dintel a cada lado, sobre ménsulas, y otro hueco rectangular encima, cortado en dos por una prolongación del dintel mismo: solución nunca vista y rarísima (figs. 36 a 38).

Las ménsulas son de baquetones o rollos, más recios y adornados que los de los pilares de adentro, pero semejantes, y es dato de gran valía para establecer sincronismos. Lo demás se rebordea con una moldura en semibocel, y todo va cubierto de ornamentación vegetal muy robusta y tallada en superficies planas o convexas, no a biseles, formando hojas de varios lóbulos, según arte bizantino. Así, especialmente, en las de triples senos que, enfiladas, cubren el molduraje, como otros de Venecia y Torcello y la guarnición de un arquillo en la mezquita de Damasco. Lo demás rebosa desenfado y libertad naturalista, en cierto modo; nada afín de lo godo y tampoco de lo oriental islámico, de suerte que ni se le ve clara filiación ni cronología. Aun en conjunto, fachadas así compuestas son raras y, de hecho, ajenas a lo islámico primitivo; dinteles sobre ménsulas repite la puerta Áurea de Constantinopla; los arquillos de herradura, simplemente recortados sobre salientes impostas en curva de nacela, van con lo godo, y corre otra moldura así bajo las susodichas ménsulas. Ella remata un somerísimo dintel adovelado que se rastrea apenas, pero servirá luego de modelo, como toda esta portada, para organizar las posteriores del mismo edificio.



Fig. 36. — PORTADA DE SAN ESTEBAN, A PONIENTE DE LA MEZQUITA.

Hacia el interior, en torno del remetido arco, ella ofrece un recuadro de faja lisa, que viene a inaugurar lo que se llamó alfiz, tan típico de lo árabe nuestro a partir de este asomo, y le corona una fila de almenas, iguales, aunque en pequeño, a las que rematan todo el edificio, garantizando su primitivismo (fig. 35).

Aun otro enlace: al reconocerse ahora el subsuelo de la mezquita en su extremo oriental, aparecieron cinco fragmentos de piedra caliza correspondientes a una decoración como nichos de poco fondo, en forma de arcos de herradura avenerados con guarnición de hojas, exactamente como las de la portada de San Esteban; su ancho, 1,32 metros (fig. 39). Arquillos así, de mármol y menores, abundan en lo godo, sin que sepamos su destino, sobresaliendo entre ellos, por lo cerrado en herradura de su curva, uno incrustado en la torre toledana de Santo Tomé. En Bagdad hay otro, que se cree procedente de alguna iglesia y sirvió de mihrab en una mezquita: es de mármol; su tamaño como sería esto de Córdoba, y su adorno de estilo siríaco, aun clásico; otros pequeñitos, por adorno, en maderas de la mezquita Alacsa de Jerusalén, atribuidas al 780, y en el mihrab de la de Cairuán, que data del siglo IX. Ahora bien, la mezquita primitiva de Córdoba no tuvo *mihrab* saliente, como acredita su cimentación, caso repetido en otras orientales, como la Alacsa, la de Fostat y aun la de Damasco: así es posible que le sustituyesen los tales arcos, pues eran dos a lo menos, y queda establecida, en definitiva, la hermandad entre éstos, la portada de San Esteban, los soportes de las arquerías, a base de sus modillones, y el almenado.



Figs. 37 y 38. — DECORACIONES LATERALES DE LA PORTADA DE SAN ESTEBAN.

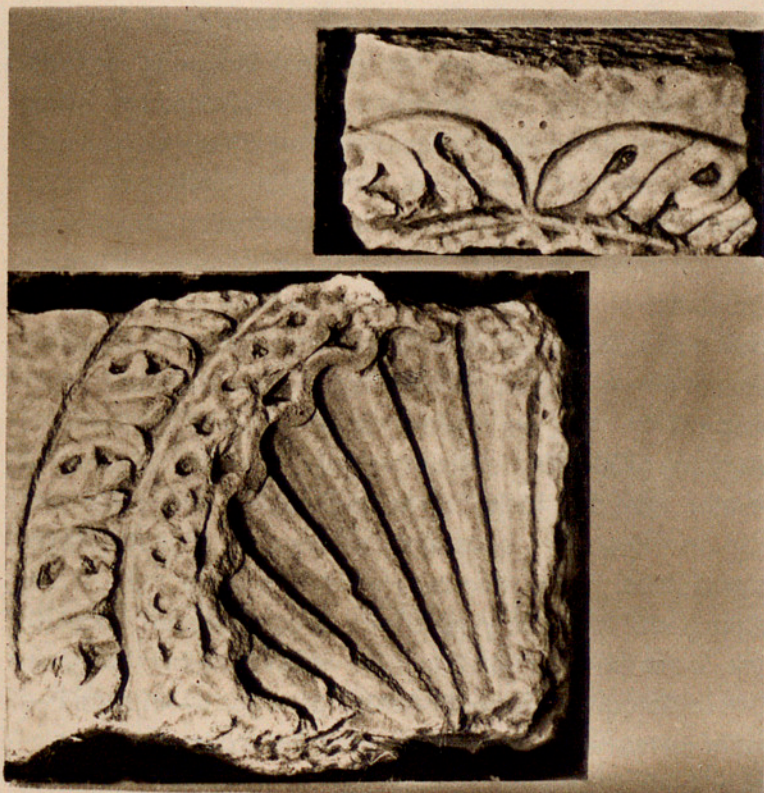


Fig. 39. — FRAGMENTOS PROCEDENTES DE LA MEZQUITA.



Fig. 40. — MODILLÓN DE LOS PILARES DE LAS NAVES.



Figs. 41 y 42. — OTROS MODILLONES DE LA MISMA SERIE.

CONCLUSIONES. — Así fué la mezquita mayor o Algima de Córdoba en su ser primitivo. Sobre ella vienen formulándose hipótesis para todos los gustos, surgidas de una realidad evidente: su originalidad, el desconcierto de no descubrirse nada, cerca ni lejos, capaz de razonar su estructura, su decoración, su estética peculiar, tan ajena de lo consagrado en servicio de las religiones monoteístas. Ello la salvó, porque su exotismo no se sujetaba a críticas, y ello ata hoy el buen sentido para confesar que podemos estudiarla, sacar consecuencias, gozarla tal como se la hizo, con leves abstracciones; mas no sabemos explicar su génesis, ni la calidad de su agente, ni siquiera el cómo y cuándo pudo hacerse efectiva. Frente a Santa Sofía no es casi nada; pero con basílicas y mezquitas de aquellos siglos mantiene un pugilato emotivo digno de valorarse, desde luego, a su modo.

Aunque se da por acabada la mezquita en vida de Abderrahman I, otros testimonios más precisos atribuyen a Hixem I, su hijo (788-796), el completarla con un alminar o torre, para pregonar la oración desde ella, que fué luego sustituida por otra mucho más grandiosa bajo Abderrahman III; pero se han llegado a reconocer ahora sus cimientos, ligados hacia adentro con el muro septentrional del patio, que corría 23,90 metros más al sur que el actual. Medía la torre 6 metros por lado de base, y su altura se computa en unos 20. Además, hizo pórticos o azaquifas a los lados de la mezquita, por dentro, hacia los pies, destinados a las mujeres, y también un admirable abastecimiento de agua — *almidaa* — para las abluciones, dispuesto a la parte oriental, que mal se identifica con una fuente-cilla, adjunta a mezquinísimas letrinas, y hecho todo de mampostería, cuya base ha sido ahora descubierta junto al ángulo nordeste de la mezquita, tocando a su muro primitivo.

LA ARQUITECTURA BAJO EL EMIRATO CORDOBÉS

EL SIGLO IX

ABDERRAHMAN II. — Tras de Alhácam I, hijo de Hixem, cuyo gobierno fué demasiado turbulento y él demasiado bárbaro para ocuparse en obras de cultura, sobrevino Abderrahman II, cuya soberanía alcanzó de 822 a 852. “Él era poeta y literato, hombre de altos designios, que obtuvo en el país enemigo victorias famosas. Él es quien primero adoptó los usos tradicionales de los califas en lo concerniente a la pompa, ceremonial y organización de servicios; usaba vestidos los más suntuosos, embelleció sus alcázares y condujo agua hasta ellos, construyó el arrecife con sus azaquifas y su acequia, edificó mezquitas aljamas en toda España, creó el taller de bordados (tiraz) y organizó sus trabajos; estableció la casa de Moneda en Córdoba y, en una palabra, dió gran impulso a su reino. Entonces se vieron entrar en España ricos tapices y todo género de preciosidades traídas de Bagdad y de otros puntos, y cuando fueron saqueados los tesoros de Harún Arraxid y muerto su hijo, se introdujeron en España muchos objetos preciosos y raros, así como pedrerías, procedentes de allá; tal fué el collar denominado de los agujones de escorpión, que había pertenecido a Zobeida, la esposa de Harún.” Así se expresaba un cronista árabe (Abenadari), manteniendo la tradición que hizo de Abderrahman el mejor soberano de su siglo. Era alto, moreno y de nariz aguileña, cuando su casta daba rubios con ojos azules; y en lo moral, por contraste de las crueldades de su padre Alhácam y de su hijo Mohámed, era humano, generoso, apasionado, pero también débil. Es triste, aunque efectivo, que cualidades así, fruto de sensibilidad creadora de arte y poesía, prevalezcan a expensas del equilibrio racional humano; y gracias a que este emir, instrumento de favoritos malvados, lo fué también de uno de los personajes que dejaron estela de más asombrosa finura espiritual, el músico y poeta bagdadí Zirieb, árbitro de refinamientos, impulsor de ciencia y cultura en todos los órdenes, que hizo de Córdoba una corte digna del califato a que aspiraban sus señores. Sin embargo, el florecimiento artístico de aquel período resulta a nivel inferior, generalmente, del que se alcanzó al crearse los portentos de su mezquita.

LA ALCAZABA DE MÉRIDA. — Es el llamado “Conventual” vulgarmente, obra de este Abderrahman, según lo atestigua una inscripción, hoy allí mismo en el Museo, con fecha de 835, y es la más antigua árabe conservada en España. Aquella ciudad, orgullosa con el recuerdo de sus grandezas pasadas, se había sublevado contra Abderrahman en 828; una vez sometida, se la castigó con el derribo de sus murallas, dando ello motivo a nuevo alzamiento, hasta que, tomada en 833, entonces, para imposibilitar reincidencias, se erigió esta alcazaba o castillo, donde el gobernador residiese, vigilando el acceso por el puente, y así

con pequeña guarnición quedaba la ciudad sujeta. Se llevó a cabo todavía el derribo de las murallas por el emir Mohámed en 868.

La planta de la Alcazaba es un cuadrilátero de 130 metros aproximadamente, hecho con sillares de granito arrancados de los edificios romanos, atizonados en las partes bajas con cierto orden, que presupone el aparejo cordobés típico, y con un grosor de 2,70 metros

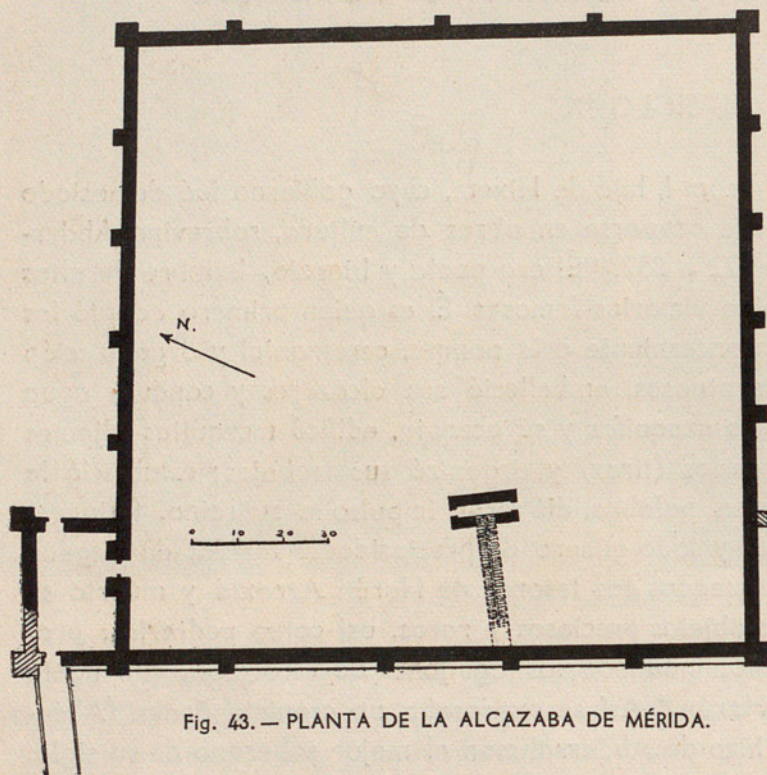


Fig. 43. — PLANTA DE LA ALCAZABA DE MÉRIDA.

su muro, reforzado a trechos y en las esquinas con torres cuadradas, macizas y no muy grandes. La puerta de entrada, sobre la que se encajó la inscripción aludida, es un simple arco de herradura con muy escasa prolongación bajo el semicírculo y sin acusar impostas, respaldado hacia adentro por otro de medio punto sobre impostas de mármol aprovechadas y con letrero godo una de ellas. Protege el acceso una especie de patio entre murallas con otras dos puertas, que la una desembocaba en el puente, y daba entrada a la ciudad la otra. Ésta, abriéndose desde el patio, ofrece un arco de herradura sin impostas, menos redondo que el de la Alcazaba y algo deprimido, como carpanel, yendo su irregular despiece convergente a puntos dislocados; otro ante él, muy en alto, es casi como de herradura también, e igualmente remetido en los muros: notable torpeza revela todo ello. El arco de paso al puente era asimismo de herradura, pero bien trazado, y sólo queda uno de sus hombros sobre imposta de mármol con molduraje de aspecto clásico: pudiera ser obra goda, en atención a su diferencia respecto de los otros y tenida cuenta de la restauración del puente realizada en tiempo de Ervigio (figs. 44 y 45).

Dentro de la Alcazaba es famoso su aljibe, donde se recoge agua del río Guadiana filtrada a través de la muralla. Es edificio hecho de sillería de granito, entre suntuosos mármoles godos, procedentes de algún palacio: pilastras llenas de adornos, adaptadas para jambas y dinteles, sin esmero alguno. A flor de tierra álzase un tránsito rectangular, no grande, cubierto con bóveda de cañón en curva elíptica, hecho de sillería; tiene puertas en sus dos lados cortos y otras dos juntas a la parte del río, por las que se desciende a largas escaleras gemelas, separadas por un muro y con techos adintelados sobre molduras de bisel. Abajo y cubierta con cañón semicilíndrico, la alberca donde se recoge el agua; otra encima al aire libre. Por remate inferior del muro divisorio, surge una de las susodichas grandes pilastras, con capitel corintio romano superpuesto; las otras, van distribuidas en sus cuatro puertas. La inscripción aludida consigna el nombre de quien dirigió la obra de esta Alcazaba, un Chaáfar, hijo de Mocassir, liberto de Abderrahman.



Fig. 44. — PUERTA DE MÉRIDA JUNTO A SU ALCAZABA.



Fig. 45. — ARCO A LA ENTRADA DEL PUENTE DE MÉRIDA.

AMPLIACIÓN DE LA ALGIMA DE CÓRDOBA. — De mucha mayor importancia, si bien poco más lucida, fué esta ampliación, rebasando su testero meridional en amplitud de 26 metros de fondo. Allí el muro antiguo fué sustituido por una serie de pilares alargados sin adherencia de columnas, a los que siguen series de ocho arcos, en todo iguales a lo primitivo, salvo sus modillones que se reducen a una saliente convexa. Esta parte resultó duramente castigada por el derribo que impuso la erección del crucero nuevo en el siglo XVI. Se comenzó la ampliación, probablemente, en 833 y se la inauguró en 848; su dirección estuvo a cargo del jefe de los eunucos Nasr y su colega Masrur, y después continuaron obras complementarias, según veremos (fig. 47).

Aquí las columnas carecen de basa y son todas aprovechadas, salvo ciertos capiteles que se examinarán después; entre los romanos hay uno jónico, mutiladas las volutas y estriada su garganta; dos son de arte bizantino, corintios, como algunos ya vistos; otros, godos, y dos como los asturianos del siglo IX, con simples hojas en composición corintia; todos ellos mal proporcionados respecto de sus fustes. Entre éstos hay dos iguales y especialmente notables, con estrías interrumpidas a trechos por dobles fajas, y responden a un tipo bizantino conocido. Finalmente, los cimacios en su mayoría son lisos; algunos, recordados con molduraje, y pocos llevan ornamentación goda, incluso cruces disimuladas dentro de aros (figs. 46 a 50).

Como esta ampliación fué rebasada a su vez por la magnífica de Alhacam II, y lateralmente por la de Almanzor, sólo queda de sus muros el costado occidental, con aparejo a



Fig. 46. — AMPLIACIÓN DE LA ALGIMA DE CÓRDOBA POR ABDERRAHMAN II.

soga y tizón, que se diferencia del primitivo por el menor grueso de sus tizones, reducido a 0,36 metros, y por una regularidad muy deficiente en la contraposición de sus juntas, de hilada a hilada, aunque siempre guardando la trabazón necesaria. Deshecha la cabecera enteramente, aun ha podido reconocerse ahora la base del muro con su mihrab, dispuesto en cuadrado con aparejo de buena sillería y casi tan amplio como el de Alhacam, donde se conservan las columnas del anterior, reservadas cuidadosamente como piezas de gran estima (figs. 51 y 52).

Son cuatro estas columnas, no grandes y absolutamente iguales por parejas: basas áticas, bien proporcionadas; fustes, de brecha marmórea, dos de color verde muy intenso, y los otros dos de rojo vivo incrustando piedrecitas blanquecinas; sus capiteles, corintios, de esbeltas proporciones y muy firme y profunda talla; el acanto de las hojas, bien interpretado y primoroso; dobles caulículos en posición normal, o bien revueltos hacia el eje en aros cruzados y rematando en ábacos con estrías y florón en medio. Estos capiteles serían un enigma si no contásemos con otro similar, provisto de inscripción en loor del mismo emir Abderrahman, y ellos revelan un taller de exquisito gusto, superando cuanto se hizo desde la caída del clasicismo y encabezando serie, que alcanza a lo califal cordobés del siglo X. A dicho taller corresponde un nutrido grupo de capiteles corintios, muy similares entre sí, reconocibles como del siglo IX, que andan dispersos casi todos; pero además se les asocia otro grupo, colocado en la ampliación susodicha entre los de acarreo, como si, agotados éstos, precisara hacerlos nuevos, y con arte que ennoblece por sí solo todo este período, a despecho del rutinarismo a que se retrajo su arquitectura.

Dichos capiteles de la mezquita son once. Uno de ellos, fuera de su sitio, resulta prototipo de una serie califal, caracterizada por arrancar sus caulículos de un tallo medial y revestirse de hojas, quedando simplemente rayadas las otras de su zona superior. Siguen el tipo corintio normal cinco ejemplares de foliación muy rígida, simples hojas por caulículos y collarino propio dos de ellos; así también otros cuatro, cuyos caulículos se transforman en pabellón ondulado. Aparte, el más grande, esbelfísimo, con pequeño tallo floral en medio y rebuscada interpretación de la hoja de acanto: primoroso y original en sumo grado (figs. 53 a 57).

Completando esta información, valga presentar el susodicho capitel epigrafiado, que procedente de Córdoba conserva el Museo Arqueológico de Madrid: sencillo en su estructura, centrando tallos floridos y llena una de sus caras con el letrero, mutilado pero legible, cuya

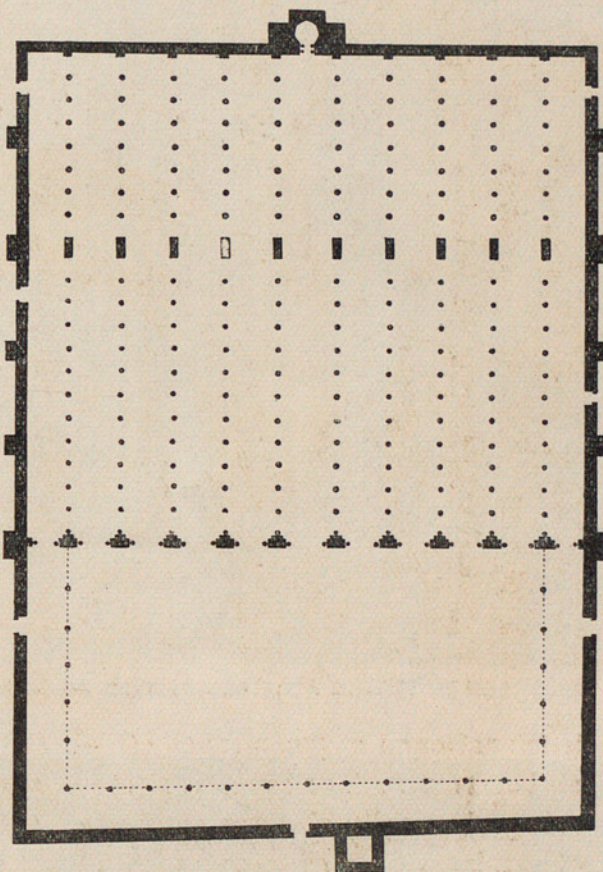


Fig. 47. — PLANTA DE LA MEZQUITA BAJO ABDERRAHMAN II (SIGLO IX).



Fig. 48. — TESTERO DE LA AMPLIACIÓN DE ABDERRAHMAN II.



Figs. 49 y 50. — CAPITALES APROVECHADOS EN LA AMPLIACIÓN DE ABDERRAHMAN II.



Fig. 51. — CAPITELES DEL MIHRAB DE ABDERRAHMAN II.

traducción es: "En el nombre de Dios, bendición para el emir Abderrahman, hijo de Alhacam, hónrelo Dios" (figs. 58 y 59). Aun abarca este grupo una serie de pequeños capiteles corintios, cuyos caulículos apareados se caracterizan por su corpulencia y llevan rayado a lo largo su ábaco, lo que es común a toda esta serie. Otros ejemplares remedan a los más clásicos del mihrab, y hay dos en Sevilla, preciosos, de orden compuesto, muy clásicos en sus líneas generales, pero de lo más avanzado su talla, a rayas hendidas las hojas de su fila superior e incorporando excepcionalmente el collarino uno de ellos (figs. 60 a 63).

TORRE DE SAN JUAN. — En razón de ostentar uno de los capiteles de dicha serie, puede creerse obra de Abderrahman II la torre de la iglesia de San Juan, en Córdoba, recientemente explorada. Suponíase de mezquita; pero sólo llamaba la atención por lo extraño de su escalera, que se desarrolla en torno de un gran macizo redondo, como si fuese de caracol, pero inscrita en el cuadrado de la torre. Así es también la de Santiago, en la misma Córdoba, y la del Salvador en Sevilla, acreditando un sistema que acaso naciera en la de Hixem I para la Mezquita mayor, y justifica el extraño trazado de la torre de la mezquita de Abentulún, en El Cairo viejo, obra inacabada y de origen andaluz seguro (figs. 64 y 65).

Su exterior ha reaparecido ahora tremendamente deshecho por la pésima calidad de la piedra. Es muy pequeña: 3,70 metros de base por unos 8 de altura; su aparejo, a soga y tizón, poco regular en el orden de hilada a hilada; cada frente presenta una esbelta ventana de arcos gemelos, pero sólo abierta la que mira hacia el sur; ellos son de herradura, cuyos enjarjes dejan espacio para tres dovelas, hecha de piedra la clave y con ladrillos agrupados de tres en tres las laterales; pero este despiece efectivo desaparecía bajo un enlucido

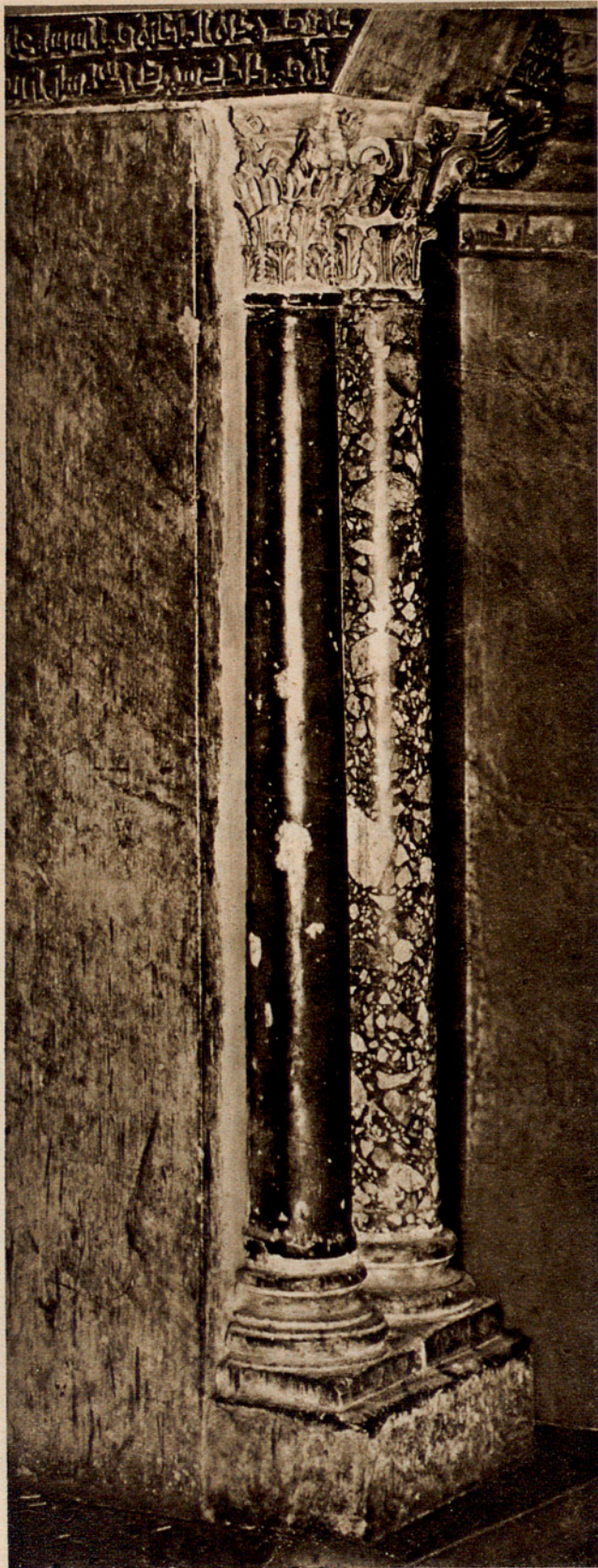


Fig. 52. — COLUMNAS DEL MIHRAB DE ABDERRAHMAN II.



Figs. 53 a 55. — CAPITELES DE LA MISMA AMPLIACIÓN.



Figs. 56 y 57. — OTROS CAPITELAS DE LA MISMA AMPLIACIÓN.



Figs. 58 y 59. — CAPITEL CON EL NOMBRE DE ABDERRAHMAN II (Museo Arqueológico de Madrid).



Figs. 60 a 63. — CAPITELES DE TIEMPO DE ABDERRAHMAN II.



Fig. 64. — TORRE DE SAN JUAN EN CÓRDOBA.



Fig. 65. — CAPITEL DE LA MISMA TORRE.



Fig. 66. — PUERTA DE SAN MIGUEL CORRESPONDIENTE A LA AMPLIACIÓN DE ABDERRAHMAN II.

antiguo, que fingía en blanco y rojo el aparejo mismo. Una fina columna servía de parteluz a estas ventanas, y la que se conserva lleva capitel corintio con dobles caulículos, muy afín de los delanteros en el mihrab de la Gran mezquita. Remata el edificio con un andén de arquillos de herradura, siete por lado, sobre columnillas de mármol, desiguales y de aspecto godo. Por coronación habría las consabidas almenas, según las conserva la otra

torre cordobesa de Santa Clara, también árabe y con aparejo atizonado, pero muy posterior, hacia fines del siglo X.

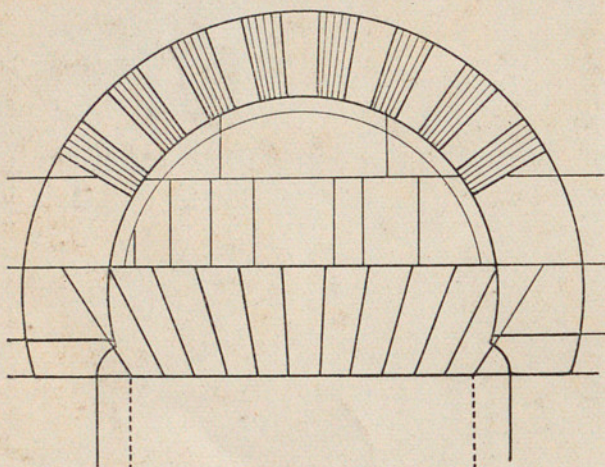


Fig. 67. — PUERTA DE LOS DEANES.

AZAQUIFAS DE LA MEZQUITA. — Consta una última obra de Abderrahman II en su Gran mezquita, cual fué la organización de portales o azaquifas para uso de las mujeres que concurrían a la oración, y fué prolongando hacia el norte las ya hechas por Hixem, a consecuencia, tal vez, de haberse reducido su amplitud al incorporar a la mezquita sus dos naves extremas. Las tales galerías nuevas se establecieron, fuera ya de ella, a los costados del

patio, con dos grandes puertas para su acceso, y luego se las prolongó más aún, a todo lo largo del frente septentrional del patio mismo, sostenidas por columnas o quizá pilares, en número de veintitrés. Así se explica bien un texto árabe, que resultaba incomprendible antes.

Estas galerías del patio desaparecieron, ya con la ampliación del mismo por Abderrahman III, ya con la de Almanzor, y totalmente se las reedificó en tiempo de los Reyes Católicos. Sin embargo, una parte del muro exterior occidental se conserva con aspecto de primitivo y allí está la gran puerta que llaman de los Deanes, merecedora de particular estudio, como probable reliquia del tiempo de Abderrahman II y prototipo para las demás del edificio.

PUERTA DE LOS DEANES. — Corresponde a la fachada occidental del patio, y su haz interior presenta un dintel adovelado sobre el que se voltea un arco para descarga, que no alcanza al semicírculo, pues queda en dos tercios del radio su flecha; pero, mediante una simple línea, se acusa prolongada su curva a través del dintel, fingiéndola de herradura y encajado aquél en un recuadro, como la puerta de San Esteban por dentro. El arco mismo se asienta, enjarjado, sobre recios salmeres, y su dovelaje radial mantiene la alternación de piedra y ladrillos en grupos de a cuatro, quedando algo rehundido su tímpano. El tal sistema de arco descargando un dintel es de origen clásico, visto en Roma repetidas veces y en otros sitios; se mantuvo en el Oriente islámico y también en lo africano más antiguo — ribat de Susa y alminar de Cairuán — y también clásico es el adovelar los dinteles. Correspondiente a la ampliación de Abderrahman II subsiste otra puerta, la de San Miguel, cuya guarnición fué añadida en el siglo X, pero se salvó el arco, que es de herradura muy cerrado, excesivamente para lo usual; sus enjarjes incorporan la nacela de arranque, y en el dovelaje alternan piedra y ladrillos. Guarnece su tímpano por ambas haces una decoración geométrica, recortada en piedra y ladrillo, absolutamente similar de



Fig. 68. — PARTE SUPERIOR DE LA PORTADA DE SAN ESTEBAN EN LA MEZQUITA DE CÓRDOBA.



Fig. 69. — ARCO DE LA MISMA PORTADA FECHADO EN 855.



Figs. 70 y 71. — CAPITALES PROCEDENTES DE LA MEZQUITA DE TUDELA.

las hechas bajo Alhacam II, y datará de entonces; mas la antigüedad del arco se reafirma atendiendo al de la puerta de San Esteban, sobre cuya decoración periférica tanto se dijo arriba, y que veremos ahora (figs. 66 y 67).

ARCO DE SAN ESTEBAN. — El de esta puerta, en efecto, ostenta una inscripción que lo da por acabado en 855, bajo el emir Mohámed, de acuerdo con las crónicas, en que consta haberse él aplicado al embellecimiento de la mezquita, renovando la decoración esculpida de sus costados. La inscripción viene a decir: "... ordenó el emir, Dios lo ennoblezca, Mohámed, hijo de Abderrahman, la construcción de lo que era conveniente en esta mezquita y su consolidación, esperando el pago de Dios y su recompensa. Esto . . . en el año 241 con la bendición de Dios y su ayuda. Masrur y . . . ". Este nombre y otro que ha desaparecido, el de Nasr su colega, seguramente, hacían referencia a la dirección de la obra, como antes figuran al ampliarse la mezquita (fig. 69).

En medio de la estragada decoración de esta fachada, sobresale perfectamente conservado su arco, gracias a la excelente calidad de la piedra, y se justifica su renovación por lo deleznable de la antigua. Lo hecho nuevo comprende una puerta con dintel adovelado, quizá moderno, a lo menos por fuera; en torno, alzándose desde el suelo y algo saliente, un arco de herradura trasdosado y con el recuadro de moldura ya visto en la puerta de los Deanes, que llamaban alfiz; y esto cala todo lo grueso del muro, visible por su haz interior con particularidades notables. Allí el dintel aparece descargado por dos larguísimos sillares que dejan hueco en medio para una especie de clave, abarcando los hombros del arco;

encima asienta otra hilada en la que encajan las primeras dovelas, constituyendo los enjarjes del arco, y éste mantiene la ordenación de piedra y ladrillos, como por su haz exterior, pero todo liso (fig. 35).

Por fuera el mismo arco nos ofrece, ya perfecto, el tipo cordobés invariable. Su curva excede al semicírculo hasta una mitad del radio, mientras los arcos del interior, como los godos, no pasan del tercio; va trasdosado íntegramente abarcando los enjarjes, compuestos de cuatro hiladas horizontales, y se incorpora a las primeras la nacela que hace de impostas. El despiezo es radial y se descompone en siete dovelas de piedra y ocho grupos de a cuatro ladrillos rojos, muy bien acoplados y algo remetida su haz. El trasdós se guarnece con moldura de nacela, que se revuelve sobre el arranque, subiendo otra vez para encuadrar el arco tangencialmente constituyendo su alfiz. El tímpano queda liso, pero lo rodea una faja donde va relevada la inscripción susodicha en caracteres cúficos.

Las dovelas de piedra y el molduraje se exornan primorosamente, formando decoración vegetal muy estilizada, simétrica y repetida en las dovelas por parejas, de lado a lado, todo ello secamente cortado a biseles en composición de hojas lobuladas, cabalgando unas en otras o brotando de tallos hendidos. Es el mismo arte de entronque bizantino desarrollado en la Gran mezquita de Cairuán y en la de Tudela, en el mismo siglo IX, acreditando que ahora Córdoba se ponía a tono con el influjo oriental cristiano, sin contaminaciones siríacas, coptas ni abasíes, a despecho de las ulteriores florescencias del siglo X, en que los influjos asiáticos parecen seguros.

Para completar la información de dicha portada de San Esteban, valga hacernos cargo de su decoración en las partes altas, salvo una jamba de los arquillos, que ostenta robusto follaje de acanto y es primitiva. Ella desarrolla, con muy poco relieve y a biseles, otros temas vegetales muy estilizados, ya imitando lo primitivo, ya copiando algo de las dovelas, ya libremente conforme a un estilo de atauriques, privativo nuestro desde el siglo XII avanzado, haciendo creer que fué restauración hecha entonces. El tejeroz, que avanza protegiendo esta portada, con modillones de rollos provistos de faja medial, es como los de tiempo de Abderrahman III, pero acaso date de Mohámed también (fig. 68).

MEZQUITA DE TUDELA. — Ya no existe, ni siquiera se la barruntaba, hasta que, recientemente, al tratarse de restituir su aspecto primitivo al claustro, se empezó a tropezar con vestigios peregrinos que hubieron de corresponderle, y con ellos el descubrimiento de un arte árabe vetusto e incógnito, de gran prestancia, que llena el enorme vacío observado en lo que se llamó Frontera superior antes del siglo XI, y superando en magnificencia a lo cordobés coetáneo; de modo que este foco viene a constituir la presentación más rica, en lo decorativo, que ha llegado a nosotros de arte árabe correspondiente al IX. Sus iniciativas bien pueden atribuirse al gran rival de Abderrahman II y caudillo de los Benicasi, Muza II, señor de Tudela, el mismo que amplió la mezquita Blanca de Zaragoza en 856, como ya sabemos.

La de Tudela, hecha catedral, hubo de ser reconstruída en la segunda mitad del siglo XII, pero se utilizaron en sus capillas extremas, que serían lo primero en cubrirse, muchos modillones del alero de la mezquita, y otros más han salido en distintos lugares del claustro. Aquí también subsiste en alto una ventana pequeña con arcos gemelos de herradura, cortados en una sola piedra, y columnilla con capitel de hojas picudas y caulículos,



Figs. 72 a 74. — MODILLONES DE LA MEZQUITA DE TUDELA. Fig. 75. — PILASTRA DE LA MISMA MEZQUITA.

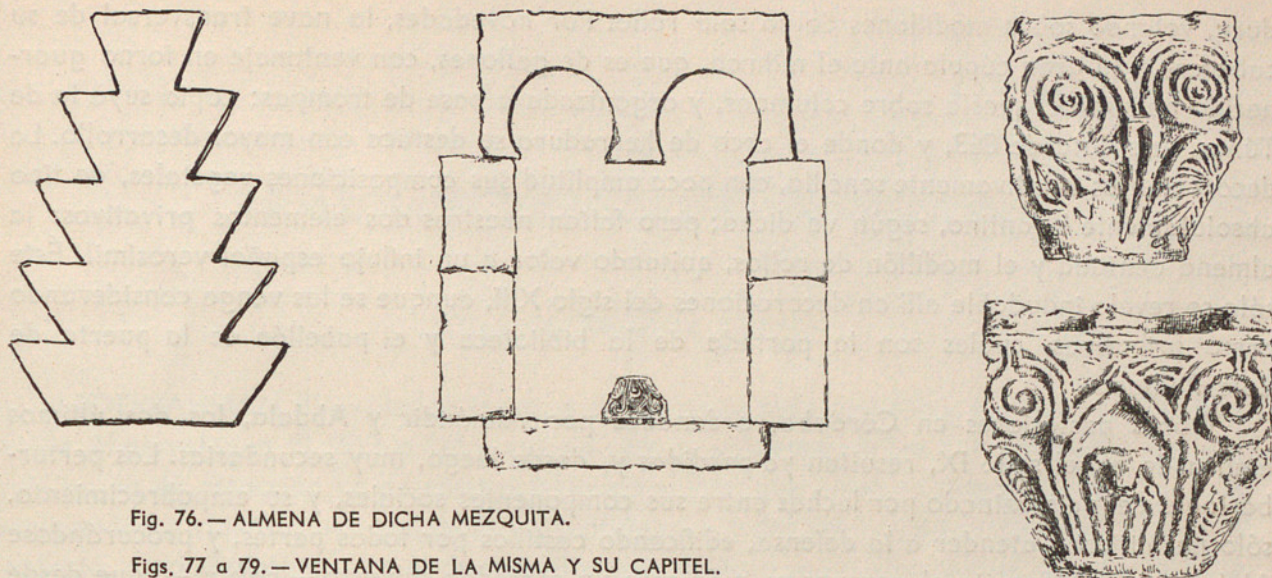


Fig. 76.— ALMENA DE DICHA MEZQUITA.

Figs. 77 a 79.— VENTANA DE LA MISMA Y SU CAPITEL.

que puede ser de lo primitivo (figs. 78 y 79); mas no tanto las otras en bajo, del mismo tipo e incierta curva. De columnas subsiste una completa, otro capitel grande y algunos menores, de orden corintio simplificado, variando de una a otra cara su decoración de hojas rayadas entre adornos, de muy original estilo (figs. 70 y 71). Hay también un tablero, como para jamba de puerta, con decoración geométrica a base de esvásticas, según modelo clásico repetido en Córdoba también bajo Alhácem II, todo ello hecho con caliza fina (fig. 76).

Coronarían la mezquita almenas dentadas, de las que subsisten algunas casi iguales a las vistas en Córdoba y hechas con alabastro gris (fig. 77). Asimismo, los aludidos modillones, que obedecen al tipo cordobés más desarrollado, formando cuatro o cinco rollos enfilados en curva cóncava o en línea oblicua, fingiendo roleos con desarrollo vegetal muy estilizado por sus caras laterales, y a veces sobrepuesto un listón a lo largo en medio, adornado también, según lo ofrece la fachada del patio de la mezquita de Córdoba, que renovó Abderrahman III. El adorno va tallado a biseles con tallos hendidos, hojas lobuladas, cogollos y rosetas con variedad de composición inagotable, conforme a canon bizantino, absolutamente de acuerdo con el dovelaje de la puerta de San Esteban en Córdoba y todo lo de la Gran mezquita de Cairuán (figs. 72 a 75). Es el descubrimiento más peregrino obtenido en estos últimos años.

No fué sólo en la frontera septentrional islámica donde florecieron artes en aquel siglo IX, pues se habla de otra mezquita en Pechina (Almería) edificada entonces, con una cúpula organizada con arcos sobre columnas, como son las de Cairuán y Túnez, y también con decoraciones de relieve, a la que correspondía un alminar o torre, ponderada por Abenchozair en el siglo XII como sin rival en belleza, y que oscilaba con sólo sacudir sus pretiles, fenómeno que se repite en otras orientales redondas: nada subsiste allí.

Pero la obra occidental más insigne del mismo siglo cae fuera de España, y es la Gran mezquita de Cairuán, reedificada desde 836, con planta similar a la de Córdoba y, como en ella, las columnas son todas aprovechadas. Encima se cruza un atirantado de madera — sustituido ahora, lamentablemente, por hierros —, atado a cimacios de madera también, sobre los que surgen brevísimos pilares y las arquerías, que apenas acusan curva de herra-

dura, volando sobre modillones de un solo rollo. Por novedades, la nave transversal de su cabecera y la gran cúpula ante el mihrab, que es de gallones, con ventanaje en torno guardado por una arquería sobre columnas, y organizada a base de trompas: copia suya la de Túnez, que data de 863, y donde el arco de herradura se destaca con mayor desarrollo. La decoración es relativamente sencilla, con poca amplitud sus composiciones vegetales, de tipo absolutamente bizantino, según va dicho; pero faltan nuestros dos elementos privativos: la almena dentada y el modillón de rollos, quitando valor a un influjo español verosímil. Éste sólo se revela indudable allí en decoraciones del siglo XIII, aunque se las venga considerando como privativas, cuales son la portada de la biblioteca y el pabellón de la puerta de Lala Raihana.

Obras posteriores en Córdoba, ordenadas por Almóndir y Abdala, los dos últimos emires de aquel siglo IX, resultan ya perdidas y, desde luego, muy secundarias. Las perturbaciones del país, minado por luchas entre sus componentes sociales, y su empobrecimiento, sólo permitieron atender a la defensa, edificando castillos por todas partes, y procurándose Abdala en la Mezquita el asegurarse mediante un corredor cubierto — *sabat* —, que desde su palacio desembocaba junto al mihrab, y aun allí cierta pared — *acitara* —, seguramente como celosía, le aislaba de la multitud en las grandes fiestas.

LA ARQUITECTURA CALIFAL CORDOBESA

SIGLO X: PRIMERA MITAD

ABDERRAHMAN III. — Llegan luego, a despecho de toda previsión, los tiempos florecientes de Abderrahman III (912 a 961), que no sólo se sobrepuso a las circunstancias, con una política, ya de atracción ya de castigo, habilísima, sino que elevó su imperio a tal grado de prosperidad y riqueza, que competía y aventajaba a todas las naciones con que se puso en contacto, arrogándose por fin el ansiado título de califa o *emir almuminín*, aunque su soberanía no pasaba de la Península y territorios africanos contiguos. Por vez primera y última España culminó sin rival en todos los órdenes del saber y de la política, por contrapeso de la barbarie en que se sumieron entonces los demás Estados occidentales.

En punto de edificaciones, Abderrahman, a quien llamaremos con preferencia Annasir, siguiendo a los cronistas antiguos, comenzó por reconstruir el alcázar de Bobastro, en la serranía de Málaga, conquistado a los Benihafsún, en 929, del que subsiste la base de sus muros, hechos con sillería de arenisca, en piezas que no exceden de 20 centímetros de grosor por cerca de 1 metro de largo, dispuestas a soga y tizón y sujetas con mortero de cal, cuidando poco de la simetría de enlaces entre las hiladas, como venía observándose desde los tiempos de Abderrahman II. Así se formó un gran recinto cuadrado, y dentro de él otro, hacia su esquina más prominente, de unos 50 metros en cuadro, con torrecillas de refuerzo y habitaciones. Su interés no alcanza sino a revelarnos la expansión de los métodos constructivos cordobeses.

MEDINA AZZAHRA. — Luego, desde 936, surge la ciudad califal de Medina Azzahra al pie de la sierra — el Chébel Alarús —, frente a Córdoba, donde ya residía la corte y se implantó la Ceca o casa de Moneda en 947, y tenía su mezquita desde 941; pero duró la construcción de los palacios hasta quince años dentro del reinado de Alhácám II, o sea hasta 976, y este mismo había regentado siempre las obras, como inspector designado por su padre.

Relación copiosa de las magnificencias de la nueva ciudad traen cronistas y geógrafos, más atentos al asombro que provocaran y a estadísticas nimias, que explícitos en dar idea descriptiva de su organización y aspecto artístico; pero, desde luego, aun salvando lo de dar por oro lo dorado y exagerar piedras preciosas y perlas, han de tomarse por exactas sus ponderaciones, y en cuanto a magnitud de los palacios, sus miles de columnas, puertas, etc. contadas, satisfacen a la extensión de las ruinas aun reconocibles. Además, ilustra su historia la referencia de alarifes orientales, traídos de Bagdad, Damasco y Constantinopla, que intervinieron en ello, los mosaicos de vidrio bizantinos, los mármoles de Grecia, Roma, Cartago, etc. con piezas escultóricas insignes, de las que subsisten muestras; el azo-

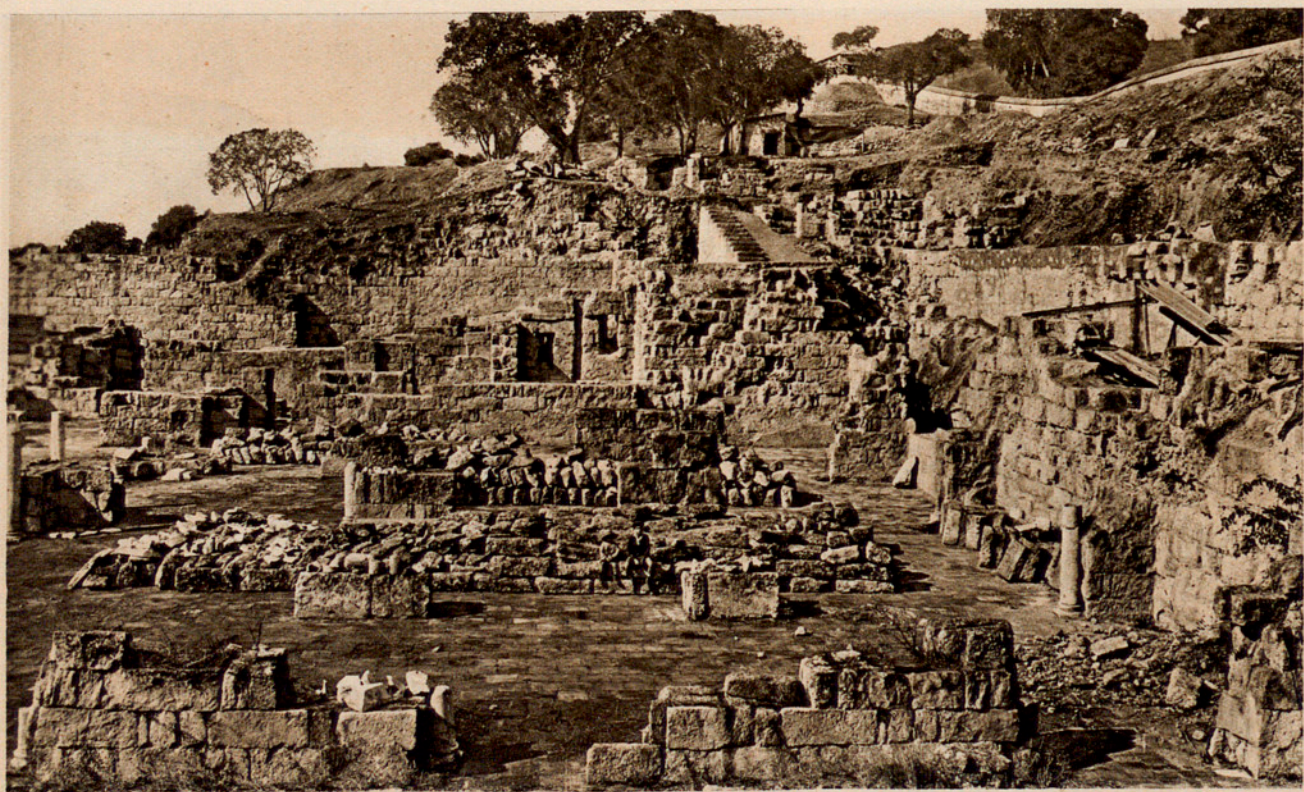
que que llenaba una pila, la perla maravillosa colgada en una sala, animales metálicos dorados y refulgentes de pedrería; puertas de ricas maderas y marfil, hierro bruñido y bronce; columnillas de jaspe y cristal de roca, etc., etc.

LO ACTUAL. — La ciudad se extendía desde la falda de dicha sierra en pendiente escalonada de cara al sur, y la ceñía una doble muralla, perfectamente reconocible todavía, cerrando un cuadrilátero de 1518 metros de este a oeste, y hasta unos 745 de norte a sur, con pequeña saliente a nordeste, para incluir acaso edificios anteriores a él, y abarcando buena parte en ladera suave hasta el llano. En lo alto estaban los palacios, que progresarían de oriente a poniente, quedando aún por reconocer sus palacios orientales, amplísimos, y ello lo más antiguo y vistoso. En bajo y hacia el centro, se destaca una gran meseta cuadrada con edificio, que fué suntuoso, en medio y cercada, dominando la llanura, donde se extenderían jardines y arboledas; hacia oriente de aquélla, en otra meseta inferior, estuvo la mezquita, visible a través de lomos de tierra que acusan sus naves; a ambos costados, en lo llano, más vestigios que corresponderían a casas para la servidumbre, casernas, talleres, etc. y también hubo casa de moneda, parques para fieras y demás esparcimientos a que las costumbres orientales rendían tributo. Hoy todo queda en dehesa boyar, salpicada de encinas, después de otra etapa en que las ruinas sirvieron de cantera, sacándose primero los materiales valiosos, columnas, losas, pilas y quizá la madera que resistiese a los incendios; luego, hasta el siglo XVI, a lo menos, fueron cantera abundosa los sillares que formaban sus muros, llevando a veces la saca hasta el cimiento; pero se salvaron por inútiles las enchapaduras de piedra esculpida, verdaderos tesoros ornamentales, a más de fragmentos de columnas y aun miembros arquitectónicos enteros que escaparon a la rapiña; todavía las alcantarillas dieron de sí despojos de vajilla y otros residuos de gran significación industrial para nosotros.

DESCUBRIMIENTOS. — La vida de aquella ciudad, como la de todas sus congéneres nacidas al capricho de un déspota, sólo duró lo que el esplendor del califato. Batido éste, a la caída de los amiríes, hijos de aquel Almanzor invencible, por las hordas berberiscas rebeldes, fué saqueada e incendiada en 1010. Uno de los efímeros califas subsiguientes, el Mohámed III de 1023, trató de restaurarla; crecieron la ruina y los despojos; pero todavía duraba un resto de población allí en el siglo XII. Ambrosio de Morales llegó a creer que aquello era la nueva Córdoba romana, Colonia Patricia, de Marcelo, y aun al tiempo de emprenderse excavaciones en 1910, flotaba la idea de que Azzahra estuvo lejos de allí, en el Moroquil o Aguilarejo, desentendiéndose de la fidedigna tradición que la fijaba en Córdoba la Vieja, nombre con que aun se designan aquellos terrenos. Su primer explorador, el arquitecto Ricardo Velázquez, distrajo la atención haciendo creer que había atinado con el verdadero palacio califal, cuando ciertos datos epigráficos atestiguaban como obra de Alhácám la parte rica descubierta, y aun fantaseó restauraciones inverosímiles. En realidad, los palacios a que aluden los textos yacen íntegramente soterrados, desde el arroyo de San Jerónimo, unos 350 metros hacia oeste y 120 hacia sur, ocupando tres prominencias hasta dar en un rellano que serían jardines; luego comienza lo excavado que corresponde a Abderrahman, con edificios grandes, pero de pobre estructura, y en lo más alto y occidental, viviendas ricas fechables hacia 974, reinando Alhácám: esto fué lo primero descubierto en 1911. Lo



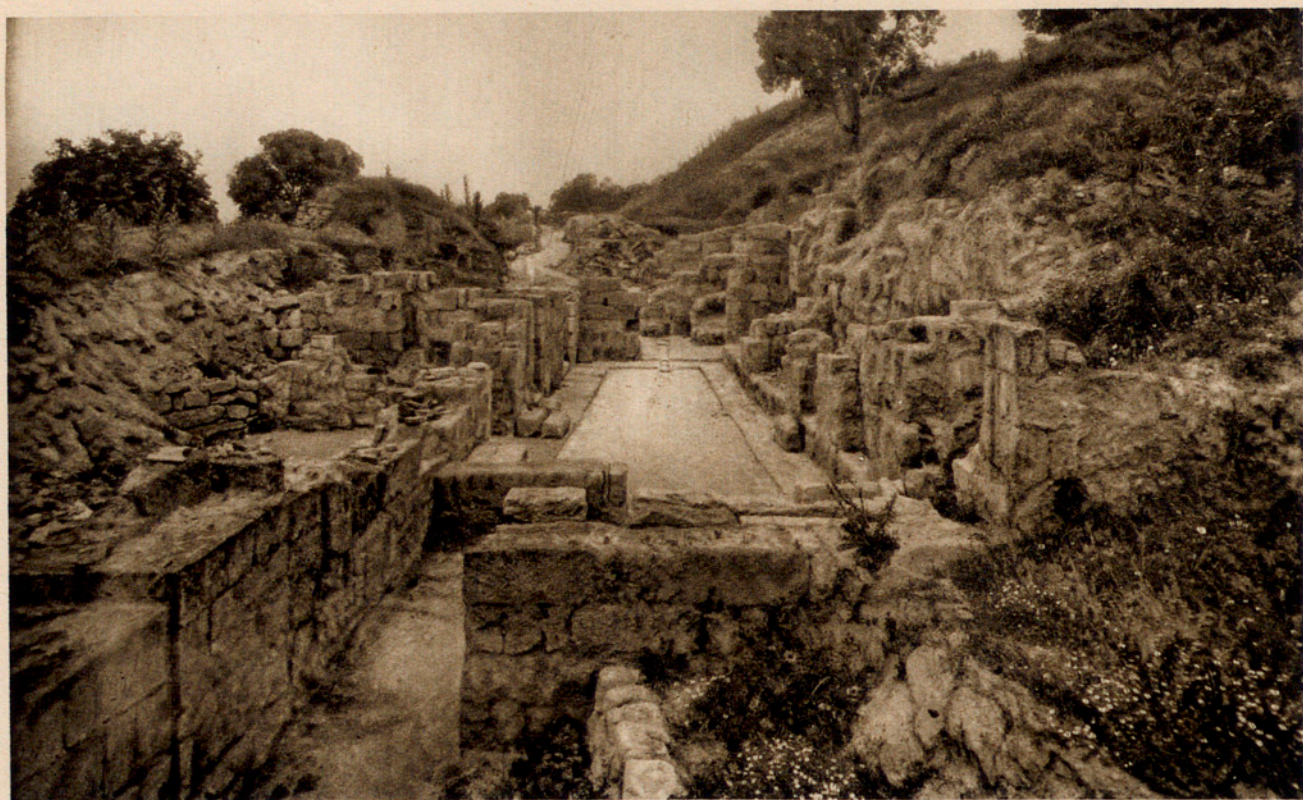
Figs. 80 a 83.—CAPITELES DE TIEMPO DE ABDERRAHMAN III, APROVECHADOS EN EDIFICIOS POSTERIORES.



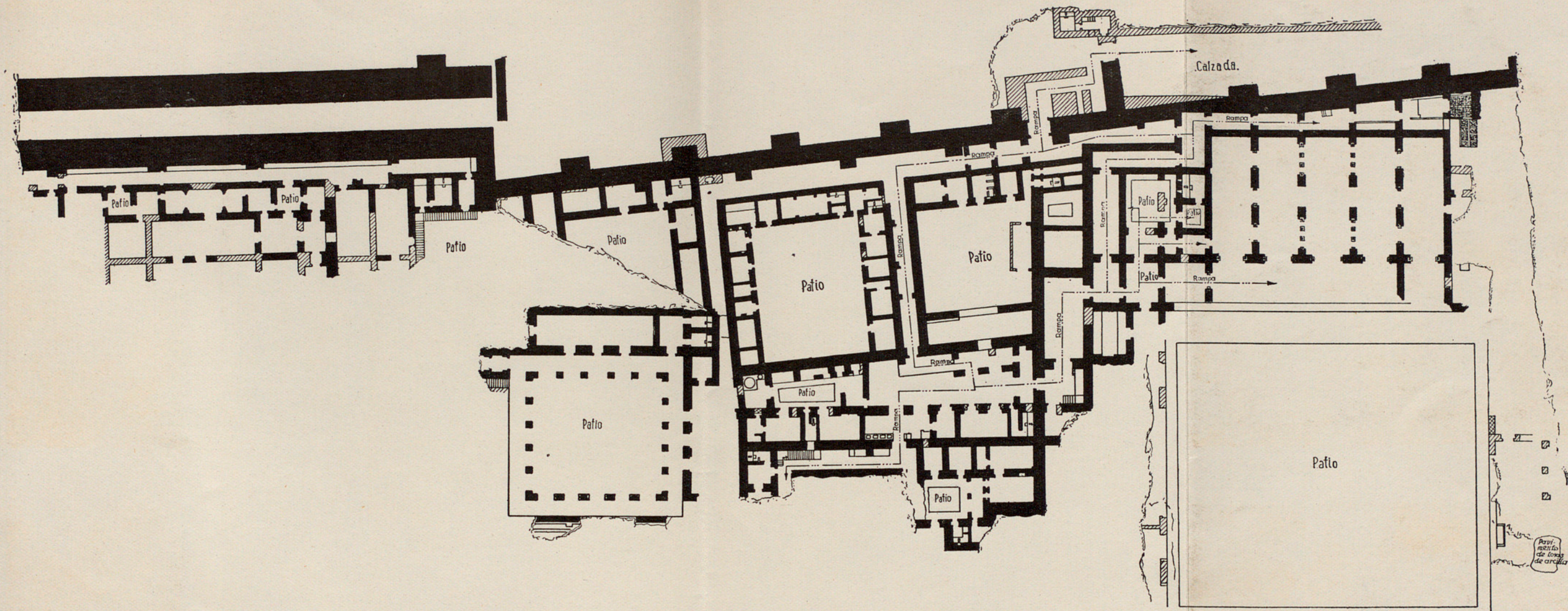
Figs. 84 y 85. — EL GRAN SALÓN DE MEDINA AZZAHRA.



Figs. 86 y 87. — CAPITELES Y COLUMNAS DEL MISMO SALÓN DE MEDINA AZZAHRA.



Figs. 88 y 89. — RUINAS DE MEDINA AZZAHRA, CONTIGUAS AL GRAN SALÓN.



Extremidad izquierda, arriba: palacio occidental de Alhacem II.
 Extremidad derecha, arriba: el gran salón de Abderrahman III.
 Extremidad derecha, abajo, 2.ª meseta: el Salón Rico del mismo.

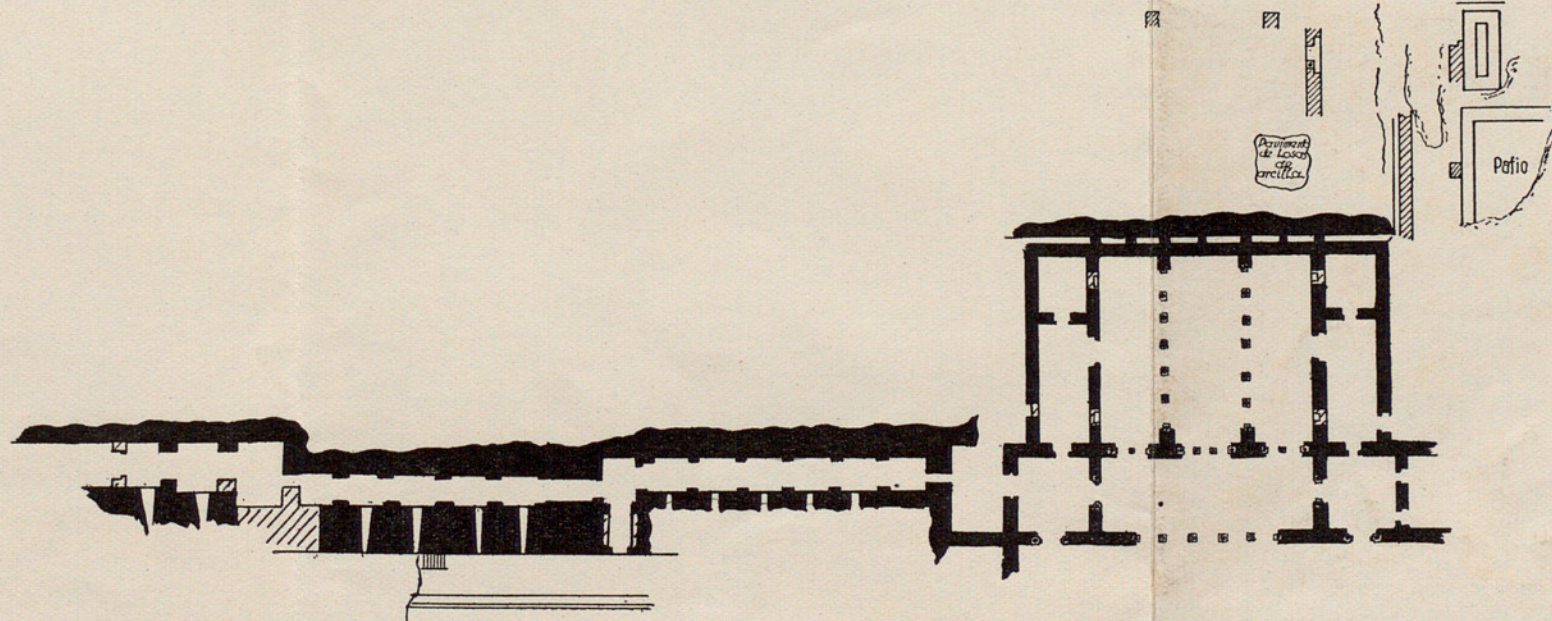


Fig. 90. — PARTE EXCAVADA DE MEDINA AZZAHRA.

último, en 1944, constituye gran sorpresa: un salón decoradísimo, a nivel inferior y como aislado, que data de 953 a 956, y es lo más significativo del auge artístico sobrevenido en las postrimerías de Annasir. Dejando aquéllas y este salón para en su punto de cronología, cumple ahora dar idea de lo más antiguo.

El nombre de Annasir como califa lo ostentan dos capiteles pequeños corintios, con fecha de 932 el uno, y el otro con el nombre de Fatah, el marmolista; tras de ellos se agrupan varios similares, acreditando un taller fecundo sobre tradición local, que arranca de aquella otra serie reconocida como de tiempo de Abderrahman II. Además, parecen hermanar con los primeros, otros capiteles de orden compuesto, pequeños también y con el mismo arte su talla. Todos carecen de procedencia, resultando aprovechados en edificios modernos, pero atribuibles a los primeros palacios de Azzahra (figs. 80 a 83).

PALACIOS. — De ellos ignoramos la organización; parece, sin embargo, inferirse que abarcaban dos tipos de construcciones: la casa, sobre el modelo clásico occidental con patio rodeado de habitaciones, y el palacio propiamente dicho, o sea la parte pública, la ostensible, que siguiendo el ejemplo de los apadana orientales, se compartía en naves paralelas, algo así como sus mezquitas. Va dicho que lo primitivo de Azzahra, cuando acaso no se pensaba sino en una residencia veraniega, estaría entre los dos brazos del arroyo de San Jerónimo; y contiguo a ellos siguen vislumbres, a través de la tierra envolvente, de un palacio distribuído quizá en unas diez naves, según los indicios recogidos en el plano de la ciudad, obra del arquitecto don Félix Hernández; todo ello en dirección normal a la saliente oblicua de muralla, que rompe la alineación general del recinto en su ángulo de nordeste. Lo demás ya obedece al trazado definitivo, de norte a sur, y sigue otro edificio, mayor aún, con grandes patios, separado por un espacio vacío, que sería jardín, de las partes ya descubiertas; y al extremo contrario, en otra eminencia, quedan soterrados más cuerpos de habitaciones, donde los sondeos hechos no ofrecieron cosa importante. La mezquita se alinea de sureste a noroeste, siguiendo la orientación de ritual exacta, se la describió pequeña, de unos 44 metros de largo por 25 de ancho, con cinco naves, alminar de unos 19 metros de alto y patio enlosado de mármol rojo y con fuente en medio. ¡Cuán poco esfuerzo costaría desenterrarla! (fig. 90).

LO DESCUBIERTO: ORGANIZACIÓN. — Mucho más en alto y hacia la mitad de la banda septentrional del recinto, se ha descubierto el núcleo de edificios atribuible a Abderahman, al parecer completo e independiente, que pudo ser el mexuar o palacio de Justicia con sus anejos y entrada por la puerta septentrional del recinto, lejos de la correspondiente a los palacios califales, que caía al oriente; y es notable que en el camino de ronda interior del recinto hacia esta parte se interponían seis puertas, abriendo de tres en tres, en sentido contrario, de modo que sus guardianes quedasen incomunicados en medio de ellas, para franquearlas, imposibilitando el acceso a la residencia califal, desde las puertas extremas: así queda probado que ella caía en la dirección susodicha.

La tal puerta del recinto se abre entre dos de sus torrecillas, y el pasadizo interior se bifurca descendiendo en rampas hacia ambos lados; por la izquierda, antes de llegarse a las seis puertas aludidas, torcía en varios ángulos hasta dar en la parte que calificamos de pública: salón, galería y grandísimo patio delante, y a un lado ciertos patinillos con otro

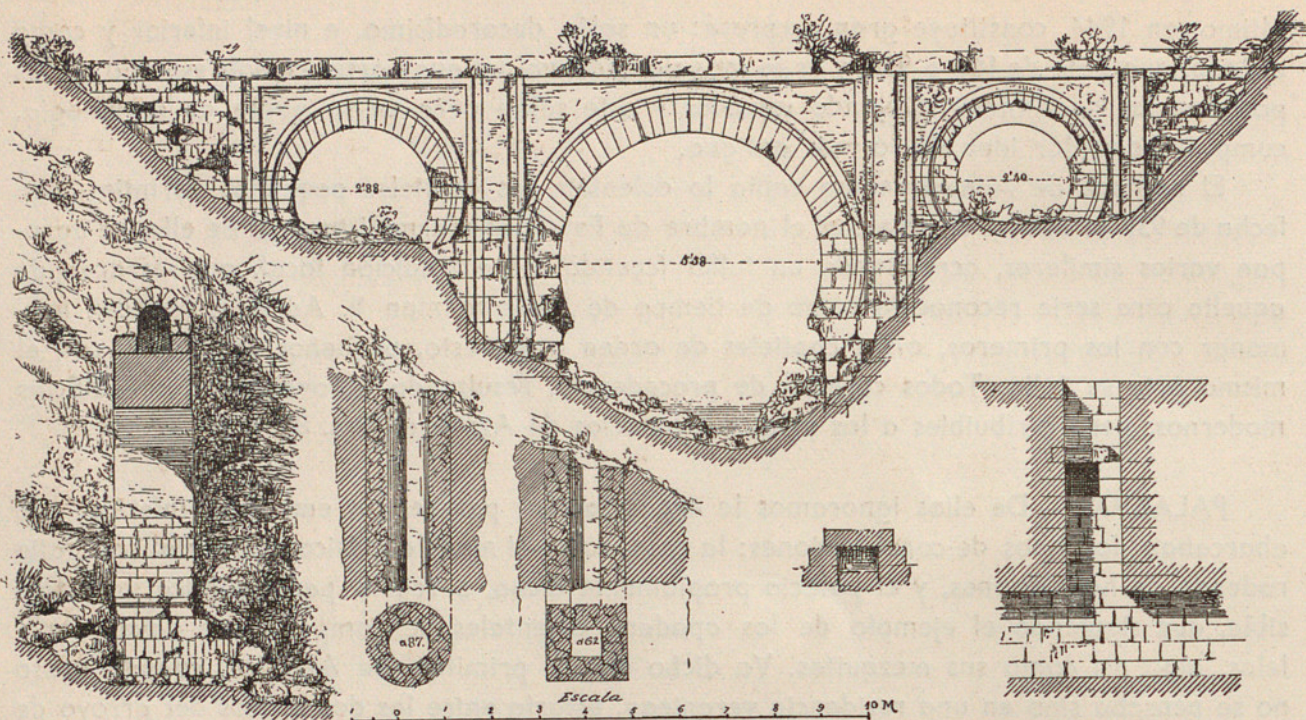


Fig. 91. — EL ACUEDUCTO DE MEDINA AZZAHRA, SOBRE EL BARRANCO DE VALDEPUENTES. (Dibujo de R. Velázquez.)

piso en alto, al parecer, y un gran retrete abovedado. A la parte opuesta, hacia el oeste, y mediando otras dos puertas, abrideras en sentido contrario, queda la parte doméstica, con cuatro patios, muy irregularmente distribuidos, y variedad de aposentos en torno. Todo esto, salón inclusive, carece de otra ornamentación mural que un zócalo pintado de rojo, con alto de 58 centímetros, y lista del mismo color encima; de mármol blanco, casi nada más que las basas y capiteles de las columnas del salón; el solado de los aposentos se hacía con ladrillos o mortero pintado de rojo; el de los patios, con piedra ordinaria o mármol amaratado, en losas de unos 35 a 40 centímetros de lado, aceras algo prominentes en torno y sumidero en medio para las alcantarillas, que forman una red admirablemente organizada, así como la conducción de aguas que pasaba por allí, traída de la sierra y prolongándose hasta Córdoba; que esto fué también obra de Annasir. El aparejo de los muros sigue el orden usual, con sillarejos de caliza amarillenta, floja y muy deleznable; su largo 1,10 metros; alto 0,40; grueso 0,25, término medio; puestos tres juntos de plano, abarcando el grosor del muro y visible su cara mayor por ambas haces, y dos juntos atravesados entremedias, sujetos con mortero de cal, y bien contrapuestas sus juntas. Los techos eran de madera de pino, cuyos restos carbonizados subsisten, así como de las tejas, que no variaban de las nuestras modernas.

El gran salón abre hacia el sur sus cinco naves, precediéndolas un pórtico, mal reconocible, y a éste un patio, de 49,30 por 52,90 metros, con el enlosado y aceras de costumbre. Mide el salón por dentro 38,88 por 20,02 metros; la nave central, de ancho, 7,46, y poco menos las laterales, entre muros de 1,06 de grosor; el ancho de la galería o pórtico, 6,90. Desde éste, cinco puertas daban al salón, dos se abrían a sus costados y tres correspondían a cada una de las naves extremas, cerrándose todas con hojas de madera, cuyas quicialeras subsisten, y llevan columnas adheridas a sus jambas, que soportarían arcos; asimismo, entre



Fig. 92. — ACUEDUCTO DE MEDINA AZZAHRA.



Figs. 93 y 94. — PASADIZO AL BORDE DE LA SEGUNDA MESETA Y RESTOS DE EDIFICACIONES.

las tres naves mediales se abren puertas en medio, sin columnas, y triples vanos laterales con cuatro columnas cada uno. De los arcos casi nada llegó a descubrirse, resultando totalmente a capricho los diseños de Velázquez, con pretensiones de restituir este salón a su primitivo aspecto, incluyendo en un gran arco los vanos triples y decorándolo todo con ornamentación de relieve. La realidad es que allí nada se descubrió de piedra esculpida; lo que Velázquez le atribuyó procedía de otro edificio algo distante, al occidente, que databa de Alhácam, y así lo publicó él mismo, ampliamente ilustrado, antes de que se llegase a descubrir el salón que nos ocupa. Las paredes de éste eran, como siempre, blancas con zócalo pintado de rojo; y su solería es de baldosas de barro, que miden 42 centímetros de lado. Afortunadamente de las columnas quedan muchos trozos de fustes, de mármol plomizo o de brecha rosada; basas áticas con escocia aplanada; cimacios en tronco de pirámide, y, sobre todo, capiteles, generalmente en pedazos. Ellos van primorosamente esculpidos en mármol blanco, remedando los órdenes corintio y compuesto, muy gráciles sus follajes de acanto, sin la blandura de modelado típica del período anterior, pero conservando el contario clásico; todo extremadamente sutil y recortado, con florecillas de cinco pétalos y tallos en serie guarneciendo equino y volutas: arte nuevo, preparatorio para una evolución subsiguiente, según veremos, documentada desde 952 (figs. 84 a 87).

Anejos del salón, hacia poniente, hay un pequeño patio, desfigurado de antiguo al atravesarlo unos pilares para arcos de herradura y una bóveda, colindante con la otra de aristas que cubría el retrete, iluminado por dos ventanas hacia el patio mismo. Abundan los retretes en Azzahra, reconocibles por su poyete con una abertura de 60 por 16 centímetros y sumidero en bajo delante, que aquí se recorta en forma de arquillo de herradura; hay además tubos de bajada para agua corriente y unas piletas sueltas para lavatorios.

Los otros cuerpos de edificio relacionados con lo anterior varían de aspecto; son de tipo doméstico, si bien no precisamente viviendas los principales, y se organizan a base de patio y aposentos en torno, quedando puntos oscuros en su distribución, y especialmente sus ingresos, por lo deshecho de los bordes meridionales. El primer patio mide 20,10 por 18,50 metros; su enlosado es de piedra basta y en torno se alinean cuatro aposentos, de cara al mediodía, cocina y retrete. El segundo mide 24,20 por 20 metros; los muros son delgados, naves de habitaciones por tres de sus frentes, cuyo ancho no pasa de 3,50 metros; solerías de ladrillo, y alguna de argamasa pintada de rojo; al norte, en medio, una sala grande con atajos laterales y retrete contiguo; al sur, un muro de contención, pues quedan siete metros por bajo otros edificios, no enteramente descubiertos aún. Hay allí un ensanche, con suelo de terrizo, donde convergen las dos rampas de acceso que parten de la puerta septentrional, y aquí se distribuyen una cuadra con sus pesebres, dos estancias y el obligado retrete; hacia poniente, una vivienda con su patio, dos o tres aposentos, horno y retrete; a sur-este otra casita con patio y retrete, y siguen muros mal reconocidos aún (figs. 88 y 89).

Al occidente, separados de todo lo anterior por una rampa, y tocando a la muralla septentrional, hay otros dos edificios independientes, pues media un escalón de 16 metros entre ambos; parecen hechos antes que lo anterior, y todavía debajo se descubren edificaciones destruidas para erigirlos. El patio septentrional es irregular y lleva los ordinarios aposentos y retrete con solerías de ladrillo. A su lado, bajo la rampa, una habitación y retrete, con bóveda carpanel y sin acceso lateral: se la supone calabozo. El segundo edificio parece destinado a servicios no domésticos, oficinas acaso; su patio mide 22,12 por 20,60

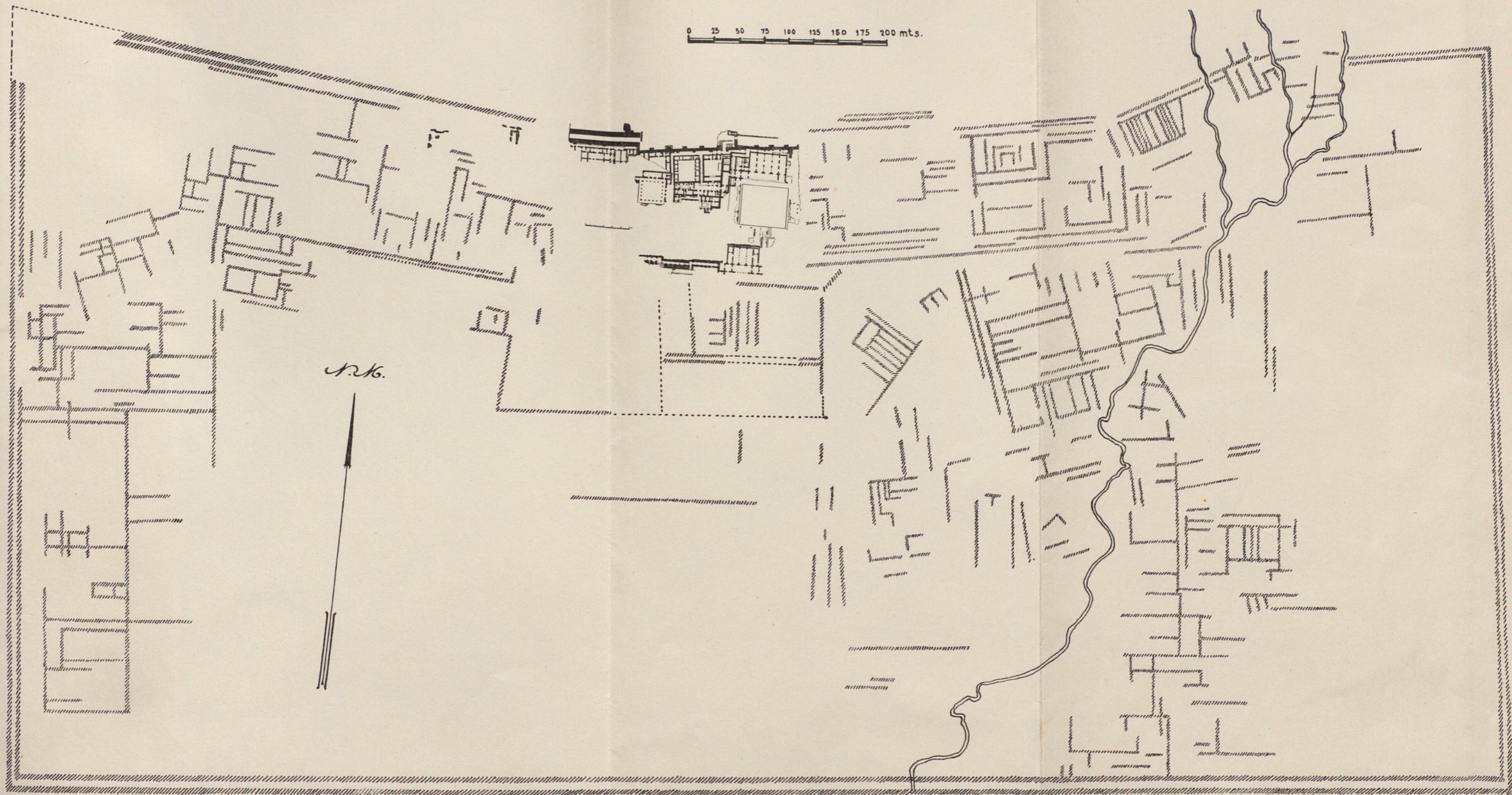


Fig. 95. — PLANO GENERAL DE MEDINA AZZAHRA.

metros y lo rodean galerías con pilares cuadrados que dejan cinco vanos por frente; en dos lados, salones con tres puertas y dos retretes juntos; solerías de mármol morado en todo; hacia poniente arranques de una escalera y de un pasadizo abovedado, con arcos y solería de mármol blanco, no explorados aún; dinteles adovelados, algún otro arco de herradura y paredes blancas con zócalo rojo, como siempre (fig. 93).

Mucho más abajo, bordeando otro escalón del terreno que limita el área superior de edificios, se atraviesa una galería bien larga, con puerta y ventanas hacia el sur, abiertas ante la segunda meseta; la cubren bóvedas de cañón entre arcos de herradura enjarjados, que guardan la proporción del semirradio, con dovelaje convergente a la línea de impostas, y éstas en corte de nacela; el dintel de la puerta es adovelado también, y las paredes van pintadas figurando su propio despiezo, con fondo amarillo, tendeles blancos y perfiles rojos; además, algunos adornos geométricos y una cabeza humana. Al final de este pasadizo, hacia oriente, es donde se ha descubierto el salón rico, de que hablaremos luego.

RECINTO. — El de la ciudad aparece visible en todo su recorrido formando dos lomos de tierra paralelos, o sea dos murallas con pasadizo intermedio; pero sobre los palacios en la banda septentrional, lo descubierto es muralla única, de unos tres metros de grueso, con torrecillas que avanzan tan sólo 2 metros por 5 al frente. Es donde apareció, degradadísima, una puerta con adherencias exteriores formando ángulos, y allí el aposento para un guardián, pequeñísimo, pero con retrete. En la misma línea, hacia poniente, se ha comenzado a reconocer algo de la muralla general, quizá obra ya de Alhácem, con sus dos muros de cinco metros de grueso, pasadizo intermedio del mismo ancho y torrecillas a cortos trechos; mas no se reconocen las torres mayores que, según dicen, hubo en los ángulos (fig 95).

ACUEDUCTO. — Por allí entraba en la ciudad la conducción de aguas para Córdoba desde la sierra, mediante un canal, ya subterráneo, ya sobre puentes, hasta desembocar en una gran alberca, aneja a otro palacio, llamado Darannaora, adonde llegó el agua en 31 de enero de 941, y por consecuencia sería obra emprendida por Annasir antes de edificar a Azzahra. Este acueducto queda reconocible a través de la sierra, acusado su paso subterráneo por gran número de pozos, para escape del aire, que arrastrado impetuosamente con el agua, la haría retroceder reventando el canal, sin ellos, dada la gran pendiente del mismo. Pero lo más notable conservado es un puente de tres arcos, sobre el barranco de Valdepuentes, que diseñó el señor Velázquez con exactitud, al parecer, pues no resulta fácil comprobarlo ante la deficiencia de las fotografías que pueden obtenerse. Son arcos de herradura con la proporción normal árabe, hechos de sillería con tizones apareados en piezas de 71, 41 y 16 centímetros en sus tres dimensiones, mortero de cal y revestimiento, acusando, según costumbre, el mismo despiezo con líneas de color rojo. El ancho del mayor alcanza a 5,58 metros; son enjarjados sobre impostas de nacela; molduras de mocheta guarnecen el trasdós y asimismo el alfiz o recuadro, y un florón movido en espiral resalta en las albanegas o enjutas del arco menor, por adorno (figs. 91 y 92).

CALZADA. — Otra obra de ingeniería fué la calzada que desde Córdoba subía a Azzahra, y se prolongaba luego, faldeando la sierra, tocaba el Moroquil y cruzaba el río



Fig. 96. — FACHADA DEL PATIO DE LA ALGIMA DE CÓRDOBA.

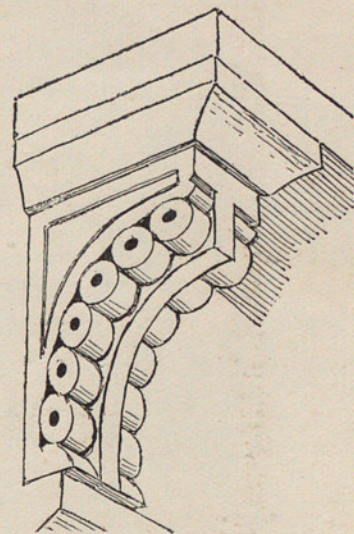
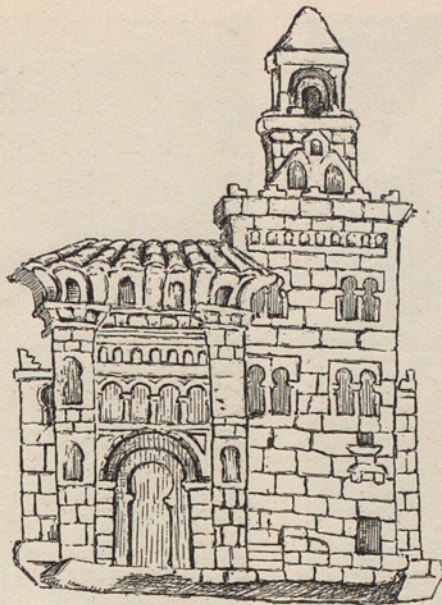
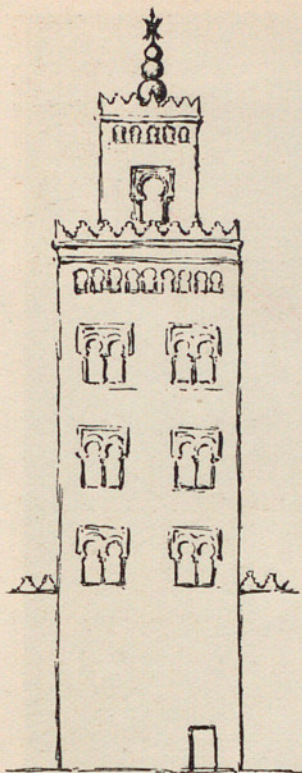


Fig. 97. — RESTITUCIÓN DEL ALMINAR DE LA MEZQUITA.

Fig. 98. — LA TORRE, SEGÚN ESTABA EN EL SIGLO XVI.

Fig. 99. — MODILLÓN DE LA PORTADA DE SAN ESTEBAN.

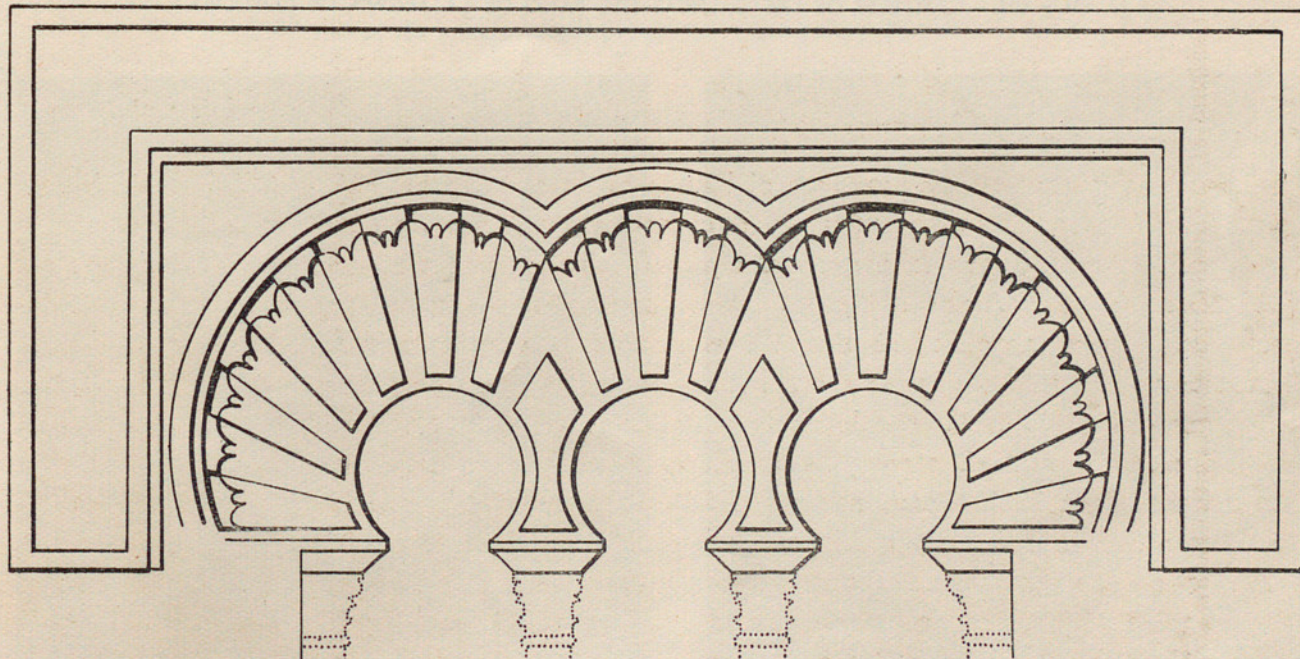


Fig. 100. — VENTANAL DEL ALMINAR DE LA MEZQUITA. (Sobre datos de don Félix Hernández.)

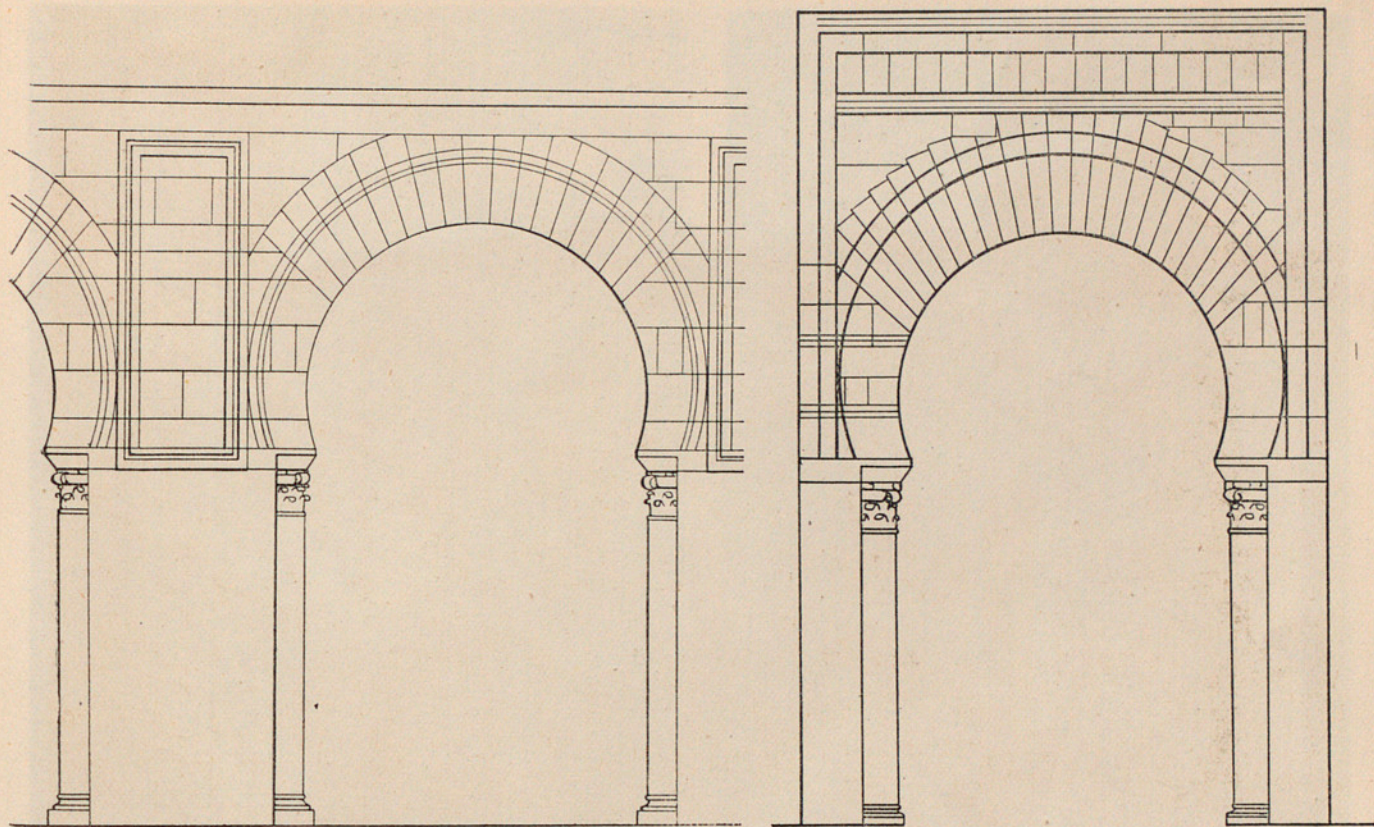
Guadiato dirigiéndose hacia el país cristiano. Correspondientes a ella, subsisten varios puentes abandonados, uno de ellos con tres arcos, sobre el arroyo de Cantarranas, y otro, mucho más largo, sobre aquel río, todos en forma de herradura, con gran dovelaje enjarjado, entre muros de sillería con dobles tizones.



Figs. 101 y 102. — CAPITELES DE LAS GALERÍAS DEL PATIO DE LA ALGIMA DE CÓRDOBA.



Figs. 103 y 104. — CAPITELES DE LA FACHADA DEL PATIO DE LA MISMA.



Figs. 105 y 106. — ARQUERÍAS DE LA FACHADA DEL PATIO.

ALMINAR DE LA GRAN MEZQUITA. — Más sobre seguro podemos apreciar la evolución arquitectónica de este período en otras obras, cuales fueron la nueva torre de la Mezquita y el refuerzo de su fachada hacia el patio; esto, en 957; la torre desde 951.

El tal alminar, *assomaa* o torre de la Gran mezquita, sustituyó a la erigida por Hixem I, situándola más hacia el norte y por dentro de su línea de muro, que fué rehecho, agrandando el patio en sentido de sur a norte, tal cual subsiste. También se conserva la torre hasta una altura de 22 metros, y 4 más su pared medianera, sobre base de 8,48 en cuadro; pero queda invisible, envuelta en un forro de sillería, según estilo de principios del siglo XVII, para aguantar la carga de coronamientos con que se la agigantó entonces, remedando los de la Giralda sevillana. Y la consolidación fué tan perfecta, que no sólo se la revistió con grosor de casi un metro, sino que fué macizado concienzudamente su interior, de suerte que ahora, al tratarse de eliminar el innecesario relleno, es a fuerza de picar sillares como se logra dejar a la vista lo que no fué sacrificado, destruyéndolo, para más perfecto asiento de aquéllos. No obstante, ya se puede reconocer muy bien casi toda la organización del edificio en cuanto atañe a su primer cuerpo, ayudándose para todo con reproducciones suyas anteriores, sellos de la ciudad, del siglo XIV, el escudo de la catedral misma, que la tiene por empresa heráldica, y también la descripción de Ambrosio de Morales (figuras 97 y 98).

Su aparejo es de gran sillería a soga y tizón, pero intercalando dos tizones, de 48 a 40 centímetros de grueso, entre las piezas presentadas de tabla, cuya superficie mide 1,50 metros por 0,70, trabadas con yeso, y alcanzando a 0,98 metros el grosor de muros;



Fig. 107. — RUINAS DEL SALÓN RICO DE AZZAHRA, EN LA SEGUNDA MESETA.



Figs. 108 a 110. — DECORACIÓN DEL SALÓN RICO DE AZZAHRA Y SUS PILASTRAS.

pero es lo más notable que la firmeza del edificio se confió a un emparrillado de maderos, metidos en obra de trecho en trecho, y ya descompuestos enteramente. Al exterior, los lienzos de la torre se decoraban con parejas de ventanas de a dos arcos y en tres órdenes, mirando de norte a sur; de tres arcos en dos filas, por los otros lados; a nivel entre sí todas ellas. Encima, una arquería ciega sobre columnillas, y almenas dentadas por coronación del primer cuerpo. El segundo, de menor amplitud en su base, era la cúpula de los almuédanos, con acceso por cuatro puertas y con almenas también, rematando en tres bolas de cobre, doradas dos de ellas, plateada la otra y ensartadas en un mástil de bronce, del que brotaba una azucena; y todavía al cabo, otra bola dorada pequeña.

De las grandes ventanas se ha descubierto lo suficiente para reconocer sus arquerías de herradura muy cerrada y con trasdós de moldura; su dovelaje completo, quizá por vez primera observado, convergente a la línea de impostas, alternando en planos distintos y encabezadas por lóbulos en serie, todo ello enlucido y pintado: de blanco, las dovelas salientes; de rojo, las remetidas y todo el molduraje, que forma un doble recuadro ciñendo los arcos, o sea el alfiz ya conocido. Por sostén, columnas de mármol oscuro con capiteles de órdenes corintio y compuesto, muy retallados y ya del tipo califal permanente. Tenemos, pues, lograda aquí la organización de vanos que es típica de este período, avanzando sobre los ensayos vacilantes registrados en el siglo anterior (fig. 100).

Por dentro, un sistema de escaleras tan original como desconcertado, en atención a lo que cargaba encima. Eran dos, gemelas, separadas por un muro de norte a sur, y revolviéndose cada una en torno de un machón alargado; abajo, sus respectivas puertas, la una dentro del patio y otra al exterior, y procedían dando tres vueltas a la torre en sentido contrario, para desembocar juntas en medio de la azotea del primer cuerpo, donde surgía la citada cúpula de los almuédanos, grandemente elogiada por los cronistas. Dichas escaleras se cubrían con bovedillas de aristas, escalonadas, entre arcos de herradura, hecho todo ello con material ligero, enlucido y pintado de blanco y rojo, formando adornos geométricos en bóvedas y lunetos y destacando la alternación de dovelas típica. Pero bóvedas y arcos son decorativos; pues sobre ellos, hiladas de piedra en saledizo eran el verdadero soporte de los peldaños, poco de ello conservado, pues sistemáticamente se deshizo para amontonar sillares, que han vencido inertes al esfuerzo explorador de ahora con intento de llegar hasta la base de la torre.

FACHADA. — De hecho, el primitivo edificador de nuestra Algima no tenía idea clara de los empujes del arco en sentido lateral, y si dotó de estribos la fachada del patio fueron insuficientes, determinando que las arquerías de sus naves se inclinasen hacia ella desplomándose. Se echa de ver que el emparrillado de tirantes de Cairuán, por ejemplo, era más eficaz que los arcos de entibo de Córdoba; pues éstos empujan y aquél ata a su nivel toda la obra. Para remediarlo, el arquitecto de Abderrahman III ideó anteponer otro muro de fachada en contacto con el viejo; pero cedió también al empuje, y fué necesario, hacia el siglo XIV, recalzarlo en más de la mitad de su altura, sin mucho quebranto de aquél; también rehacer algunas de las arquerías interiores y descargarlas con otros arcos sobrepuestos. Una inscripción, allí mismo conservada, fija en 957 la terminación de la fachada nueva y, a su vez, las crónicas árabes atestiguan el motivo, por desplomo de la antigua, a que obedecía su reforma.

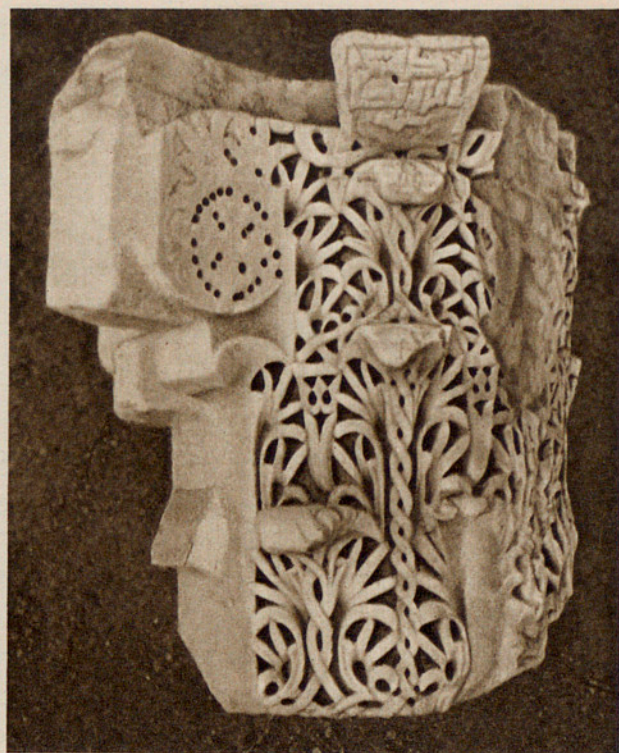


Fig. 112.—CAPITEL DEL SALÓN RICO DE AZZAHRA.



Figs. 111 y 113.—PILASTRAS DEL SALÓN RICO DE AZZAHRA.

Constitúyese con 11 arcos, en la proporción de tamaños que corresponde a las naves, o sea mayor el central y más estrechos los últimos, entre machones lisos; por coronación, un alero con modillones de a siete rollos en curva de nacela, y sobrepuesta a ellos una banda medial, según el ejemplo del tejaro de la puerta de San Esteban, pero sin acusarse hojitas a los costados; una moldura de nacela los encabeza y sobre otra de cuadrado arrancan. Pocos de estos modillones quedan antiguos, y ellos muy descompuestos (figs. 96 y 99).

Los arcos son de herradura, con proporción de un semirradio por bajo del diámetro; enjarjados, sin trasdosar las dovelas, y éstas convergentes en dirección a la línea de las impostas: reglas fijas desde este período en lo árabe. Un molduraje de yeso, que será primitivo, acusa el trasdós del arco, ciñéndolo hasta sus arranques y descentrado respecto de aquél, en forma de ir ensanchando hacia la clave, que es otra particularidad iniciada entonces, por consecuencia de alinearse hacia punto inferior al centro del arco, y esto se justificaba para dar unidad de despiezo a todo él, haciendo desaparecer los enjarjes. Ellos se mantienen aquí, en razón de la continuidad que prestan a la obra; pero es verosímil que un dovelaje completo se fingiese mediante el enlucido, cuyas molduras de yeso también encuadran los arcos, constituyendo su alfiz. Encima de ellos asoman rastras de madera, como para descargarlos (figs. 96, 105 y 106).

Dichos arcos descansan sobre columnas, algo embebidas en el respectivo pilar y con cimacios entregos en tronco de pirámide. Los fustes son de pudinga rosada; las basas, áticas con amplia escocia. Sus capiteles siguen casi todos el orden compuesto, con hojas lisas, como pencas, que dieron modelo para todos los grandes de la ampliación de Alhácám, alternando con los de orden corintio, que aquí también aparecen (figs. 103 y 104). El espacio con bóveda de cañón, que media entre ambas fachadas, conserva restos de pintura roja formando zigzag, como en la torre, y ello acredita que pintado así iría todo.

GALERÍAS DEL PATIO. — Fueron enteramente reconstruídas a principios del siglo XVI, quizá conservando la distribución antigua con arcos de tres en tres, sobre columnas y entre pilares provistos de refuerzo delantero. Las columnas son todas árabes, en serie homogénea su mayoría, con capiteles semejantes a los de la fachada, pero menores, bien destacados sus caulículos y con firmas de un Amru (figs. 101 y 102). Ya va dicho que en estas galerías estaban las azaquifas destinadas a las mujeres, con accesos independientes desde afuera.

SALÓN RICO DE AZZAHRA. — Volvamos a Medina Azzahra para recrearnos en la aparición de exotismos, justificados por aquella atracción que Annasir obtuvo en sus relaciones con Oriente, y que hasta ahora sólo veíamos florecer en tiempo de Alhácám. El avance de nuestras informaciones data de 1944, cuando fué descubierto este salón, a distancia de 70 metros y aun 10 más en bajo, hacia el sur, de aquel otro arriba descrito, explicable acaso como desdoblamiento suyo, si se le destinaba a presenciar las audiencias del califa en persona, una vez alcanzado el apogeo de su soberanía.

La disposición de ambos salones viene a ser igual, pero cede en tamaño este segundo: 32,50 por 17,50 sus cinco naves, más siete de anchura el pórtico que las precede. La diferencia está en que las naves extremas se comunican por simples puertas con las tres mediales, y éstas llevan series de a seis arcos sobre columnas franqueándolas; asimismo hacia el



Figs. 114 y 115. — CAPITEL Y BASA DEL SALÓN RICO DE AZZAHRA.

pórtico abren otros: tres la central y a dos las laterales. A los cabos del pórtico hay dos departamentos cuadrados, en comunicación con las naves extremas, y por ellos se tiene acceso desde el exterior. Falta por reconocer lo que hacia levante hubiese de comunicaciones; al lado contrario enlaza con la galería abovedada, arriba descrita, cuya simple puerta de entrada hacia la meseta inferior acredita que esta parte no afectaba directamente a la residencia califal. Hacia norte elévase la segunda meseta de los palacios, con edificaciones, aun sin descubrir, anejas al gran patio del salón primitivo, y finalmente, a la cabecera de este otro, que llamaremos Rico por antonomasia, corre un pasadizo, bajo el gran muro de sostenimiento de la meseta, por donde, al parecer, iba un canal derivado de la gran conducción de agua (figs. 90 y 107).

La fachada del pórtico desapareció por completo; de las arquerías de entrada al salón quedan las más de las basas, y desprendidos de los arcos centrales sus enjarjes de piedra cubiertos de adorno tallado, y aun algo del dovelaje, en que alterna la talla con partes lisas teñidas de rojo, según costumbre. De las arquerías interiores, subsisten bloques de dovelas pegadas unas a otras, con la misma alternación de talla y rojo; además, sus cimacios, entregos, a los cabos, y desde luego, basas y muchos elementos de sus columnas. El aparejo es todo a dobles tizones, pero de mayor corpulencia en las jambas, alcanzando el alto de sus hiladas a 0,75 metros, casi doble del ordinario. En el fondo de las tres naves centrales se acusa un arco decorativo, y a los costados sendas alhacenas con dintel adovelado. Entre ellas, las puertas de las naves extremas se enriquecían con pilastras de mármol blanco, espléndidamente adornadas, bajo las nacelas de imposta de sus arcos, que eran de herradura como todos.

Los pavimentos son de mármol blanco; así también las basas y capiteles; los fustes, unos cenicientos y otro de brecha rosada; también de mármol blanco el zócalo de todas las paredes, en altura de 58 a 75 centímetros, y pintada de rojo una lista encima. Sobre ello, la enchapadura de piedra arenisca, de unos cuatro centímetros de grueso, sujeta al muro con mortero de cal y tallada con ornamentación vegetal exuberante, hasta enrasar a nivel con las columnas, cuyo alto era de 2,25 metros; más arriba quedaría lisa la pared hasta rematar con otra cenefa de adorno. Subsiste mucho de estas enchapaduras en su sitio, pero entre el escombros salió una infinidad de fragmentos, susceptibles de reposición acaso. El edificio pereció incendiado; cayeron deshechos arcos y columnas, rompiéndose todo, y queda por testimonio del desastre un grueso lecho de cenizas, carbones, tejas y piedra calcinada; luego, lo que sobresalía de muros sirvió de cantera para nuevas edificaciones; al cabo, envuelto en su propia ruina todo (figs. 107 y 108).

La historia de este salón se nos revela por inscripciones: la de un friso, en fragmentos, exalta a Abderrahman por haberlo ordenado, y consigna la fecha de 956-57 en que hubo de terminarse; la misma evocación al califa repiten una basa, seis capiteles y las tres pilastras descubiertas; aquélla, con fecha de 953 y el nombre de Saad, su artífice; en un capitel corintio, el de Mudáfar, y en todos la fecha de 956; en las pilastras, la de 954, con los nombres respectivos de sus tallistas: Bedr, Nasr y otro, que falta; Fatah, Aflah y Táric; Mohámed ben Saad, Said Alahmar y Rasic, todos ellos siervos del califa, y cuatro de los últimos firmantes también del mihrab de la Gran mezquita en 964. Lo que no consta es el nombre del director y tracista de la obra, el genio que desarrolló en Córdoba tal apogeo arquitectónico y decorativo; seguramente un oriental dotado de inventiva y saber en grado sumo.



Figs. 116 a 119. — CAPITELES Y FRAGMENTO DE LOS ARCOS DEL MISMO SALÓN.



Figs. 120 y 121. — FRAGMENTOS DE LOS ARCOS DE ENTRADA DEL SALÓN RICO DE AZZAHRA.



Figs. 122 y 123. — ENCHAPADURAS MURALES DEL SALÓN RICO DE MEDINA AZZAHRA.



Fig. 124. — ARCO EN EL CLAUSTRO DE LA CATEDRAL DE TARRAGONA.

Sólo alcanzamos noticia de un Moslema ben Abdala, arquitecto y geómetra, que sirvió a Annasir como inspector de las obras de Azzahra y daba cuenta de ellas.

DECORACIONES. — En realidad, salvado lo primitivo de la Gran mezquita cordobesa, tan sin ligazones anteriores, tan peregrino, lo demás arriba analizado como anterior a este salón vale poco, y aun el alminar de Annasir es un absurdo constructivo, con sus escaleras por asiento en falso del cuerpo superior. En cuanto a decoraciones, las del arco de San Esteban y mezquitas de Tudela y de Cairuán, giran sobre un bizantinismo de cortos vuellos, y lo anteriormente reconocido bajo Annasir se reduce a diseños en rojo, de exclusivo y pobre arte geométrico. Sólo descuellan preciosos y evolutivos los capiteles desde Abderrahman II, como ya vimos, y ellos alcanzan un nuevo sesgo en este salón.

Dichos capiteles obedecen a un mismo arquetipo, con la novedad de retorcer en dos ramales o piquetear la vena medial de sus hojas, no henderlo simplemente, como se hacía antes, y corriéndose este retorcer al arranque de las hojas, ligándolas; además, se cuida mucho de variar el adorno en equinos, volutas y copetes, conservando de clásico el contario del orden compuesto; y como otros capiteles, hermanos de éstos y dispersos, llevan fecha de 951-52, pueden retrotraerse a entonces tales novedades. Otra fué la de adornar enteramente las basas, con trenzas en sus bocelos, follajes e inscripciones en la escocia, y ellas son lo más abundante en el salón, hasta unas quince. El Saad, que firma una, pudo ser padre del Mohámed, colaborador en las pilastras (figs. 112, 114 a 118).

Éstas eran cuatro, de mármol blanquísimo, iguales por parejas y con escasas variantes entre sí, ya en la organización del capitel, ya en la orla; pero todo homogéneo y primoroso hasta un último límite de virtuosismo. Sus capiteles corintios van de acuerdo con los de las columnas, exagerando minucias y las frondas de sus caulículos. Las basas fueron despezadas aparte y son dobles, como si se hubiesen empalmado a última hora para alargardas, desmereciendo mucho la pieza inferior, de otra mano seguramente. El cuerpo de la pilastra desarrolla una gran composición vegetal, conforme a las que campean en los muros, y la rodea una cenefa, variando entre dos de ellas y la otra. Estos miembros, simplemente aplicados al muro, pudieron añadirse a la par que el enchapado general; no así los arcos, erigidos desde un principio, que difieren por estilo y técnica.

La talla de estos arcos es a biseles, con tallos hendidos, de tipo francamente bizantino, mucho más rico en su composición que los del siglo IX, y destacan un desarrollo de la hoja de acanto en curvas casi cerradas, sin precedentes conocidos y que hizo fortuna; también se encaja hojarasca entre rasgos geométricos, y hay fragmentos de un lazo de ocho muy sencillo con rosetas enfiladas en sus cintas, prototipo de las carpinterías que veremos en la Mezquita. Desde luego, este arte tradicional, seco y monótono, con sus estilizaciones vegetales en muy marcado ritmo geométrico, es el que decide la evolución ulterior cordobesa, rebosante en la Mezquita, por encima de la intromisión asiática que analizaremos ahora (figs. 119 a 121).

En efecto, frente a ello, revolucionan el arte cordobés las susodichas pilastras y las enchapaduras murales (figs. 107 a 111, 113, 122 y 123). También aquí la composición vegetal se desarrolla simétrica y con esquematismo fuera de lo natural, casi en absoluto. A primera vista todo parece repeticiones: tronco del que arrancan a un lado y otro ramas onduladas, con sus hojas, cogollos, piñas, flores, etc. en campo apaisado o vertical, según la amplitud del paño.

En torno, una cenefa con otros follajes a base de ondulaciones, curvas quebradas y rombos, variando siempre. En estas orlas prevalece la talla a biseles, como recordando la de los arcos; pero los fondos se apartan de ella dulcificándola, redondeando tallos o picándolos, como en los capiteles, y sobre todo, el movimiento de curvas es incierto, revolviéndose para cubrirlo todo de cualquier manera. Más típico aún el retallar los elementos foliáceos convirtiéndolos en núcleos rameados y foliolas menudísimas, resultando una composición incluso en la grande y rellenándola. En las pilastras se denuncia lo exótico del tracista mediante unas series de hojitas acorazonadas, típicas de lo abasí en todo el Oriente y extrañas a lo nuestro; en otra dirección, un paño exhibe hojas de vid y de roble completamente al natural, como recordando a los decoradores de Maxata o Rabatammán en Siria, de tradición clásica. Si podemos guiarnos por estos indicios, cabe inferir un renuncio de su autor, sometién-dose a los gustos andaluces, afectos al bizantinismo y cultivados con buen éxito por el tracista de los arcos en este mismo salón, que acaso le precediera y poseía un sentido de claridad y armonía con intromisiones geométricas, de más recursos dentro de lo arquitectural.

TARRAGONA. — Un último testimonio de actividad artística bajo Annasir, nos lo depara el arquito que se conserva en el claustro de la catedral de Tarragona. Esculpido en una pieza de mármol blanco, mide 1,26 por 0,76 metros y lleva inscripción declaratoria de que el califa lo mandó hacer bajo la dirección de su paje y liberto Chaáfar, en 960, un año antes de su muerte (fig. 124).

Es de herradura, más cerrado de lo ordinario, rodeado por simple moldura cóncava, en vez de dovelaje, y envuelto por otra, constituyendo el alfiz, que es donde campea la inscripción; surge sobre impostas de nacela, y ellas sobre columnitas con sencillo capitel de orden compuesto. Alrededor, una cenefa de cogollos brotando entre vástagos retorcidos en doble ondulación, y por remate una trenza de cuatro ramales, que es novedad, aplicada en composición arquitectónica. Su estilo resulta cordobés puro, y puede proceder de Andalucía: exquisita su decoración y talla, se nos ofrece con el grado máximo de equilibrio decorativo, logrado cuando iba a sobrevenir la explosión de actividad que se produjo en la Gran mezquita.

LA ARQUITECTURA CALIFAL CORDOBESA

SIGLO X: SEGUNDA MITAD

AMPLIACIÓN DE LA GRAN MEZQUITA. — Apenas erigido califa Alhácam II, en 961, por muerte de su padre Annasir o sea Abderrahman III, dispuso una segunda ampliación de la Algima cordobesa, que aun volvía a resultar incapaz para albergar a la muchedumbre de fieles en los días solemnes, y encargó la dirección de la obra a su liberto y ya primer ministro, Chaáfar, el Esclavo, aquel mismo que un año antes se cuidó del arquiteo de Tarragona arriba presentado. Acabóse la tal ampliación por la cúpula del mihrab, en diciembre de 965, y con todos sus complementos en 968.

La personalidad de Alhácam en el ambiente cultural de la España árabe culmina más aún quizá que la de Alfonso el Sabio en la cristiana, como agente de un ciclo el más esplendoroso de nuestro país, precisamente cuando lo demás del Occidente europeo caía en afrentosa decadencia y envilecimiento. Ya en vida de su padre han de adjudicársele los esplendores de Azzahra en su último período, el del salón rico, puesto que Annasir le tenía confiada la dirección suprema de sus construcciones: así, esta ampliación de la Mezquita, dechado de magnificencias, viene a ser una continuación de lo allí esbozado con aires de orientalismo patentes. Pero, además, él era un sabio, un bibliófilo erudito, que no se satisfacía con acopiar todo lo que en el mundo se producía de libros, sino que los leía y anotaba, llegando a constituirse en autoridad crítica respetable.

Es notorio que el gobierno de sus dominios lo confiaba a servidores hábiles, Almanzor en primer término, bajo la inspiración de aquella Sobh, su esposa predilecta; pero lo cultural caía bajo acción directa suya, manteniendo para ello relaciones amistosas con el imperio bizantino, y procurándose de allá una asistencia artística, que decide el carácter de sus edificaciones, extensiva a otros focos del mundo oriental islámico, donde aun brillaba la tradición del califato abasí, tan esplendoroso en el siglo anterior. Esto aparece claro y notorio, pero sólo en sus gérmenes; porque sobre ello el arte cordobés, y su arquitectura especialmente, alcanza unos vuelos sin paridad ni aun cotejo digno en todo lo que produjo aquel siglo. Lo bizantino y lo otomano llegaron a cierto resurgimiento, pero no con el empuje y originalidad de lo cordobés coetáneo.

Esta ampliación de la Algima siguió el mismo camino de aquella otra bajo Abderrahman II, o sea alargando su cabecera hasta llegar casi al arrecife que dominaba el Guadalquivir, con el mismo ancho y organización de naves de lo primitivo, en longitud de 46 metros. Además, guarda ligazón en estructura y formas, dando unidad al conjunto; pero sin disimular el ascendente impulso arquitectónico, que ya se permitía lucir novedades con carácter evolutivo, a reserva del espíritu conservador que liga todo lo andaluz a través de sus aportaciones exóticas (figs. 28, 125 y 126).

Así, la contextura del nuevo edificio sigue fielmente lo antiguo; su aparejo solamente crece en amplitud, con sillares de 1,60 por 0,64 y 0,38 metros; asentados de canto dos o tres entre los de cara, y trabadas con mortero de cal sus juntas sutiles. En los arcos de las naves perdura la alternación de piedra y ladrillos en grupos de a cuatro o cinco, pero la arquería superior no los lleva sino en sus bordes, corriendo sillería por toda la zona medial para más firmeza; su moldura de arranque es cóncava, como nacela, y los modillones sobre que avanzan los pilares sobreponen a sus cinco rollos un listón atravesado, como ya se vió en la fachada del patio y en Tudela, y dibujando a sus costados las hojitas encorvadas de costumbre (figs. 126 a 130).

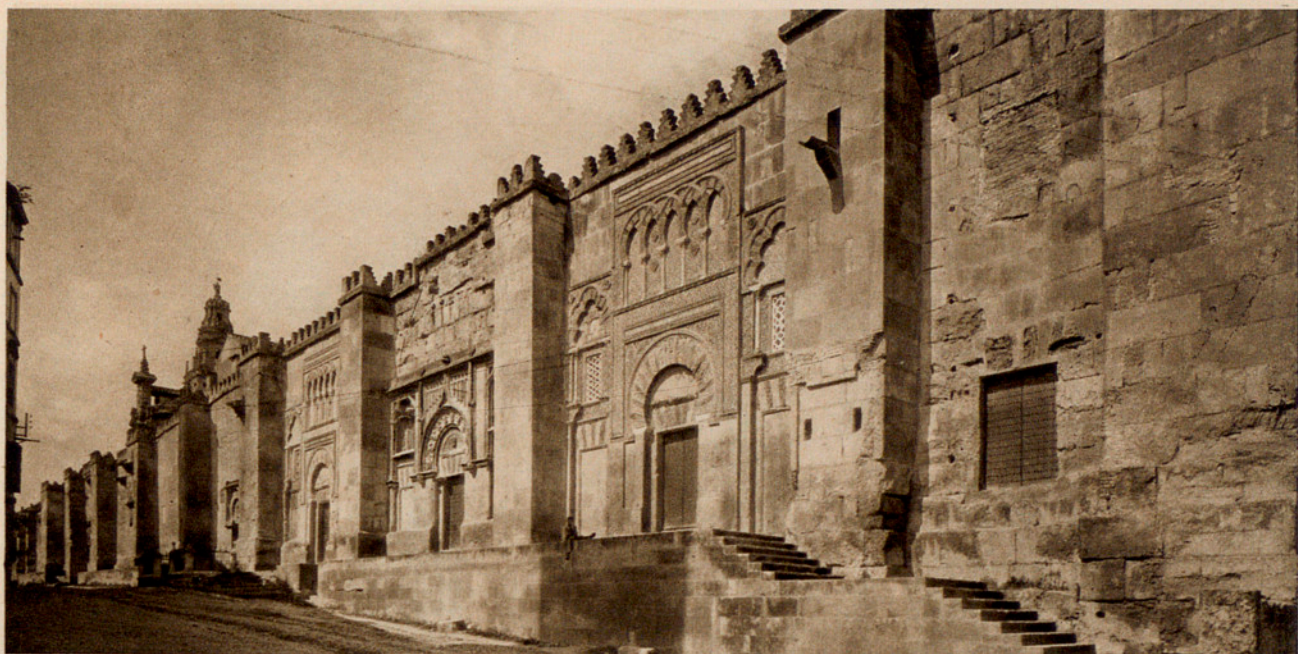
Respecto de las columnas, carecen de basa; sus fustes son, alternativamente, de mármol casi negro, vetado de blanco, y de brecha rosada, soportando capiteles de tipo corintio los unos y compuesto los otros, en orden contrapuesto de fila a fila, y siguiendo los capiteles el tipo de hojas lisas, como pencas, impuesto bajo Annasir en la fachada del patio. Por último, los cimacios tienen base cruciforme para recibir arcos y pilares con su volada respectiva en planos oblicuos (figs. 129 a 131).

Todo ello no rompe la armonía general del edificio, pero tampoco satisfacía a la capacidad monumental del califato, y ésta culmina trayendo magnificencias a los puntos capitales de la Mezquita. Su nueva ampliación se acusa por una arquería transversal, sustituyendo al testero de la de Abderrahman II, y junto a ella, en la nave medial, un ámbito que rebasa las techumbres colindantes, destinado a iluminar aquella parte del edificio hasta donde la luz exterior llegaba más amortiguada: es "el lucernario espléndido", como le llamaban, que luego se convirtió en eje del culto cristiano, constituyendo la capilla de Villaviciosa. Con sensibilidad exquisita el gran arquitecto de Alhácam acudió a exaltar aquí la emoción de los concurrentes, anticipando la del testero de la Mezquita, con una creación arquitectónica sin par en todo lo islámico, de la que luego hablaremos (figs. 146, 148 a 152).

A continuación, la misma nave medial redúcese a la estructura común, pero enriquecida con revestir los pilares altos de sus arquerías con unas pilastrillas ochavadas, llenas de adornos geométricos muy caprichosos y con capiteles corintios y compuestos, alternando, que recuperan el sentido clásico en su follaje de acanto picado; por sustentáculo suyo, modillones del tipo normal, pero en parejas, y todo remata en alicer o friso corrido y cornisa de nacela, ambos cubiertos de inscripciones alcoránicas relevadas. Encima extiéndese la techumbre, ahora rehecha con materiales en parte antiguos (figs. 128, 129, 132 a 134).

De esta techumbre no quedaron en su sitio sino algunas vigas, sustituida en el siglo XVIII por bóvedas de cañizo, y dispuestas armaduras a dos aguas encima, no se sabe desde cuándo; mas fueron aprovechados en estas últimas sus elementos, que aparecen cubiertos de ornamentación tallada, vegetal en las vigas, y a base de temas geométricos con cintas relevadas, en las anchísimas tablas. Su composición era en superficie horizontal, como subsiste la de Cairuán, formando terraza al exterior simplemente; pero los inevitables recalos, en clima tan lluvioso como el andaluz, es verosímil que hiciesen forzosa la superposición de armaduras: todas las subsistentes son modernas (fig. 134).

En la cabecera de la Mezquita vuelve a complicarse la ordenación de naves, atravesada a todo lo ancho otra arquería, que ataja espacios cuadrados en las tres naves mediales, provocando otras tantas capillas donde se concentra todo lo de suntuoso a que pudo llegar la arquitectura omeya. Allí en medio húndese el *mihrab*, como ábside prolongado en polí-



Figs. 125 y 126. — EXTERIOR DE LA GRAN MEZQUITA, POR SU COSTADO OCCIDENTAL, E INTERIOR DE SU AMPLIACIÓN POR ALHÁCAM II.



Figs. 127 y 128. — NAVES LATERALES Y NAVE MEDIAL DE LA AMPLIACIÓN DE ALHÁCAM II EN LA MEZQUITA DE CÓRDOBA.



Figs. 129 y 130. — ESTRUCTURA DE LOS ARCOS EN LA AMPLIACIÓN DE ALHÁCAM II.



Fig. 131. — JAMBA DEL ARCO DE ENTRADA DEL GRAN LUCERNARIO.



Figs. 132 y 133. — PILASTRAS DECORATIVAS DE LA NAVE MEDIAL DE ALHÁCAM II.

gono, desde donde el califa dirigía en las fiestas solemnes el rezo ante el alcorán venerable allí depositado, y allí también, a la derecha, se instalaba el magnífico mímbar o púlpito. En los tramos colaterales, dos puertas arqueadas daban paso al *sabat* o pasadizo, que corriendo a todo lo ancho tras de las naves, servía de tránsito al califa desde su palacio, a un lado, y a dependencias de la Algima al otro (figs. 142 a 145, 147, 153 a 159).

NOVEDADES DECORATIVAS. — Entremos ya de lleno en el análisis de cuanto presta originalidad a la Gran mezquita en este período, enlazando con las innovaciones apreciadas en el salón rico de Azzahra, que es donde realmente se inaugura el tránsito, pudiéndose llevar hacia el año 951 su aparición. En primer término, el enriquecimiento fué a costa de falsear estructuras: ahora la decoración mural de relieve se talla en chapas sobrepuestas al aparejo, ya sean de mármol, ya de arenisca, ya, sobre todo, de escayola, novedad ésta desarrollada en todo el interior de la Mezquita, que vino del oriente islámico y hubo de sobreponerse entre nosotros como material decorativo por excelencia, y aun constructivo, con plenitud de recursos nunca vista.

En efecto, así son los revestimientos de los palacios abasíes, con la mezquita de Abentulún, en El Cairo, y sus derivaciones, y aparece a la vez acá, localizado en la mezquita de Elvira y caserío de la misma ciudad, utilizando los filones de alabastro que allí se explotaban. Así, de escayola, es toda la decoración interior de nuestra mezquita, no variando su aspecto del de la arenisca esculpida de Azzahra, pero obteniéndose ventajas en expedición y adherencia, que justifican el éxito y ulteriores desarrollos de este sistema. Luego, toda la decoración de relieve se pintaba de rojo y azul, o se la fingía, en las partes secundarias, con sólo color y perfilando de negro y blanco. Aun llevóse el afán de revestimientos a enlucir muros y arcos con yeso y pintar encima una ficción del aparejo mismo, con su alternativa de blanco para la piedra y rojo para el ladrillo, perfectamente regularizado así todo ello (fig. 130).

Fueron minucias, aunque tan exquisitas, estos arbitrios ornamentales, ante los grandes problemas constructivos y aun decorativos, cuyo análisis abordaremos ahora, puesto a contribución para ellos lo más lucido en adelantos que el arte oriental lograra, y superándolos magníficamente en gradación progresiva.

EL ARCO DE HERRADURA. — Ya un predominio del arco de herradura sobre el semicircular estaba consolidado; bastó perfeccionarlo estéticamente. Su proporción venía fijada en tres partes de altura por cuatro de ancho, y se le adovelaba sobre enjarjes; ahora se prefiere el dovelaje completo, convergente su despiezo en la línea de impostas, y se realizaba algo la curva del trasdós para ensanchar de abajo a arriba el dovelaje: que así la clave tomaba forma de cuña más acentuada, y es lo mismo que tardíamente implantó la arquitectura toscana románica, tal vez por mero recurso contra el efecto óptico de achatamiento en perspectiva desde cerca. El dovelaje tradicional mixto, de piedra y ladrillos, se exaltó en refinamiento estético sin color, relevando alternativamente y deprimiendo sus piezas, con bello efecto de claroscuro; se molduraba el trasdós y se encuadraba todo mediante el alfiz; pero además el ventanaje de la torre en nuestra mezquita, donde ya todos estos exornos entran, añade una guarnición ondulada sobre la cabeza del dovelaje, que viene a descubrir, tímidamente al principio, un influjo oriental bien fecundo luego (figs. 192 a 200).



Fig. 134. — TECHO DE LA NAVE MEDIAL DE ALHÁCAM II (RESTAURACIÓN).



Fig. 135. — EXTREMIDAD DE LAS NAVES ANTE EL MIHRAB.

EL ARCO LOBULADO. — Ello es que en la ampliación de Alhácám nace otro tipo de arco sin entronque occidental y superando sus modelos orientales, en el sentido de fastuosidad y complicaciones con que nuestro arte andaluz gustó de encumbrarse. Es el arco lobulado, compuesto de semicírculos en serie, tangentes entre sí y adaptados a una curva generatriz de arco apuntado. Esto último ya denuncia exotismo, pues si él en el oriente islámico equivalía al arco de herradura nuestro, por acá fué repelido siempre, aunque ejerciendo influjo desde este mismo siglo X, según veremos (fig. 136).

Su evolución se acusa en Oriente con el inmenso arco del Casr de Ctésifon, obra preislámica, guarnecido con lóbulos de poco resalto sobre su rosca de ladrillo en curva elíptica aovada; luego, igual composición en el arco del mihrab del alcázar de Ojaidir, protoomeya, pero ya apuntado, y siguen más arcos así, guarnecidos

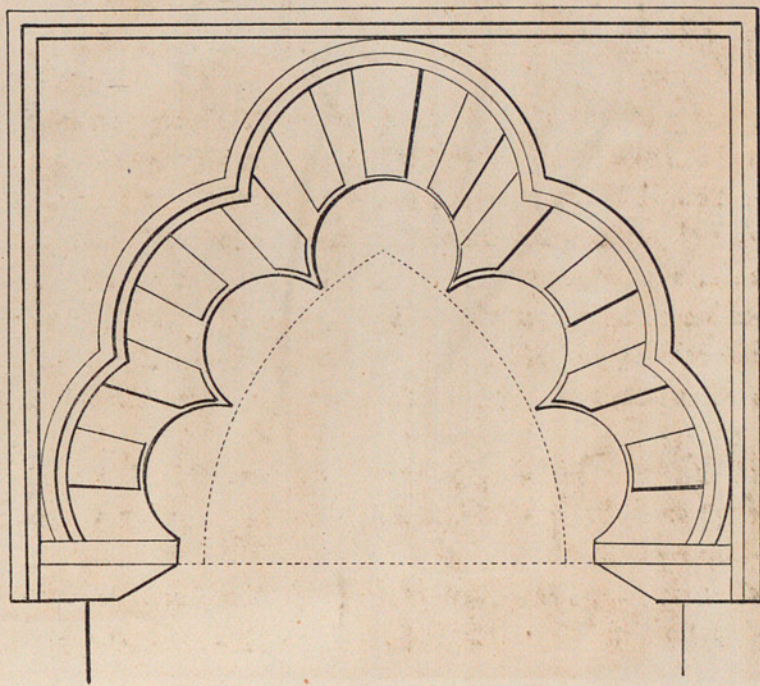
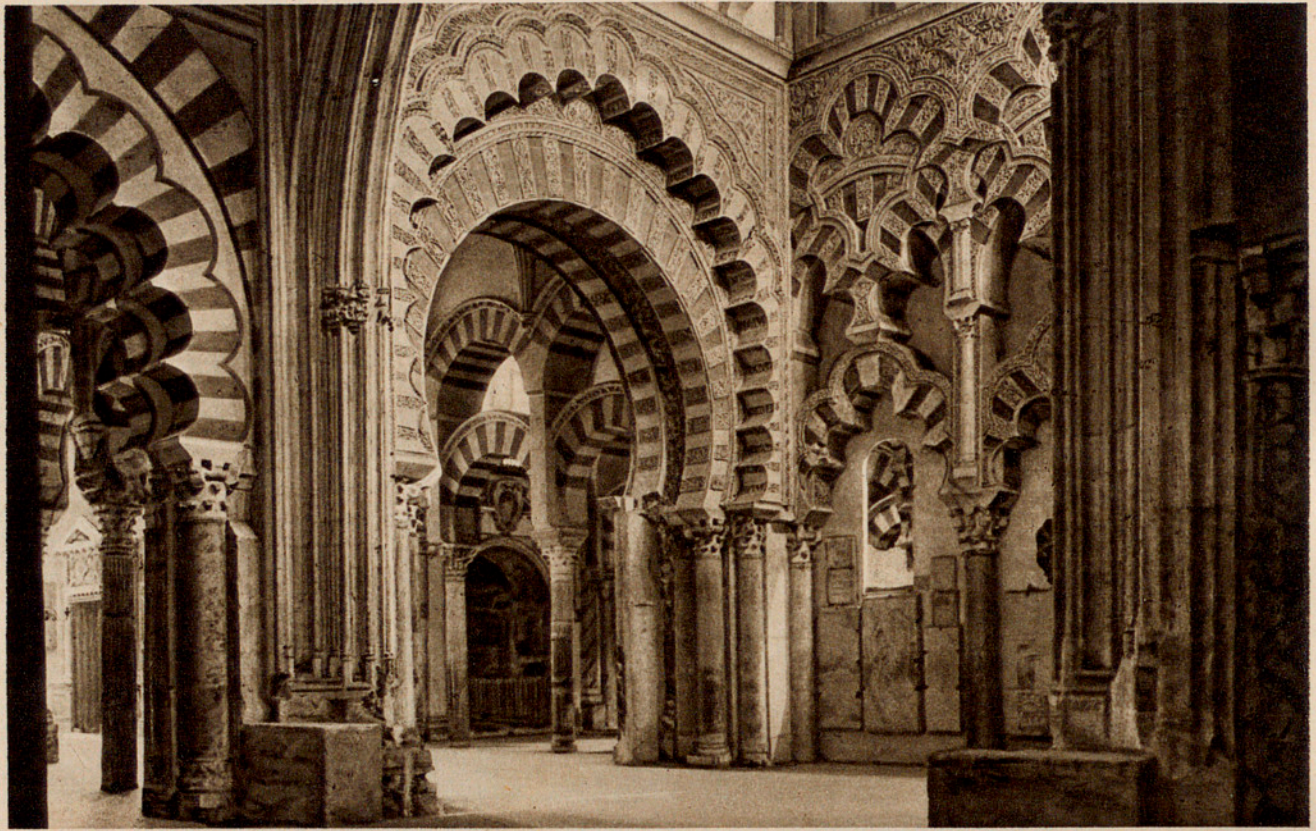


Fig. 136. — ARCO LOBULADO, DE LA AMPLIACIÓN DE ALHÁCAM II.

con lóbulos, en edificios abasíes de Racca y Samarra; en pequeño, adaptados a tableros decorativos, los hay en la mezquita de Amru, en Fostat, de 827, y en la de Abentulún, hacia 879, pasando exactamente y al mismo tiempo a otros del mímbar de Cairuán. Pero también aquí, sobre el mihrab y en las trompas aveneradas de su cúpula, entra la composición de lóbulos en arco, tan de acuerdo con los gallones de aquélla, que aun podría reputarse de invención local sin esfuerzo, a no terciarse lo mesopotámico.

En nuestra Mezquita, la misma gradación progresiva de valores: primero, guarneciendo el dovelaje simplemente, como en su alminar, lo ostentan algunas portadas de tiempo de Alhácám; además, la decoración interior de una de ellas, la principal de hacia poniente, deja sin adovelar su arco de herradura, pero lo guarnecen nueve lóbulos, ellos sí adovelados, cobijándolos una especie de gablete en ángulo obtuso, y recuadrado por el consabido alfiz todo ello. El tal *gablete* es también de trasmisión oriental: se da en Racca, y lo repiten otros arquillos ornamentales de nuestra Mezquita en su capilla del mihrab, con tres lóbulos y cuajados de ornamentación abasí, que ratifica la procedencia (figs. 137 a 140, 187, 189 y 190). En la capilla del Lucernario — Villaviciosa — un arco de muchos lóbulos se superpone, bien destacado, al de herradura que establece comunicación con la parte de Abderrahman II, y luego sus colaterales en la misma línea dan solución contraria: arcos de once lóbulos, recorados al aire y trasdosados por uno semicircular (figs. 139 y 140).

He aquí ya el arco de lóbulos rivalizando con el de herradura y recortado exento, como nunca se le obtuvo en Oriente, donde luego desaparece, mientras Córdoba lo reserva para sus arquitecturas más lucidas y lo acaricia en juegos de saltarina inventiva, determinando



Figs. 137 y 139. — ARQUERÍAS DE ENTRADA A LA AMPLIACIÓN DE ALHÁCAM II.
 Fig. 138. — INTERIOR DE LA PORTADA PRINCIPAL HACIA OESTE.



Fig. 140. — ARCO LATERAL DE LA ENTRADA.

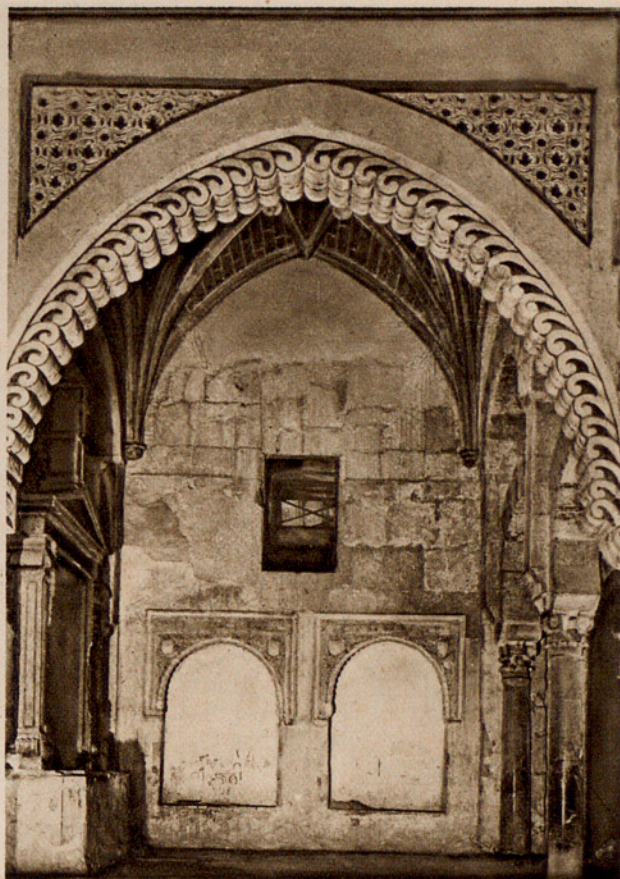


Fig. 141. — ARCO DEL TESTERO DE LA SEGUNDA NAVE COLATERAL.

el arranque de composiciones las más locamente resueltas en que se gozó la Edad Media.

Por base de tamaña evolución está la génesis del arco mismo, dispuesto sobre uno apuntado. Éste era ajeno a todo lo occidental, pero ya casi exclusivo en el oriente islámico, por simplificación del aovado sasanida, que rompía resueltamente con la predilección clásica afecta a la curva simple a base de un centro único. Ella venía conservada con el arco de herradura; fué natural, pues, que mientras éste gustase repugnara quebrarla con las dos ramas de arco cruzadas que determinan el apuntamiento. Sin embargo, por excepción, ostenta nuestra Mezquita una presentación suya notable en los dos tramos transversales de su cabecera inmediatos a las tres capillas, aunque uno solo de ambos arcos se conserva. Él es francamente apuntado; pero desvirtúa su aspecto el llevar un festón de rollos, usurpados de los modillones primitivos, resultando buena lección de cómo ciertos exotismos pueden cobrar carta de naturaleza siquiera como ensayo, que en este caso resultó infundo (fig. 141).

En cambio, el arco lobulado se afianza, compuesto de cinco lóbulos con preferencia, adovelados y trasdosados, con generatriz de arco agudo, y éste sobre triángulo equilátero: armonía de líneas perfecta; sutilezas presididas por un orden geométrico que en arquitectura se rige por leyes de estática perceptibles apenas y envueltas en lo que a simple vista parece capricho. Asalta un barroquismo, ya definitivo en el sentido andaluz, a base de complicar líneas y superficies distribuyendo masas, siempre guiado por exquisito gusto, que en este caso llevó a soluciones de gran trascendencia y perfectamente lógicas (figs. 142 a 145).

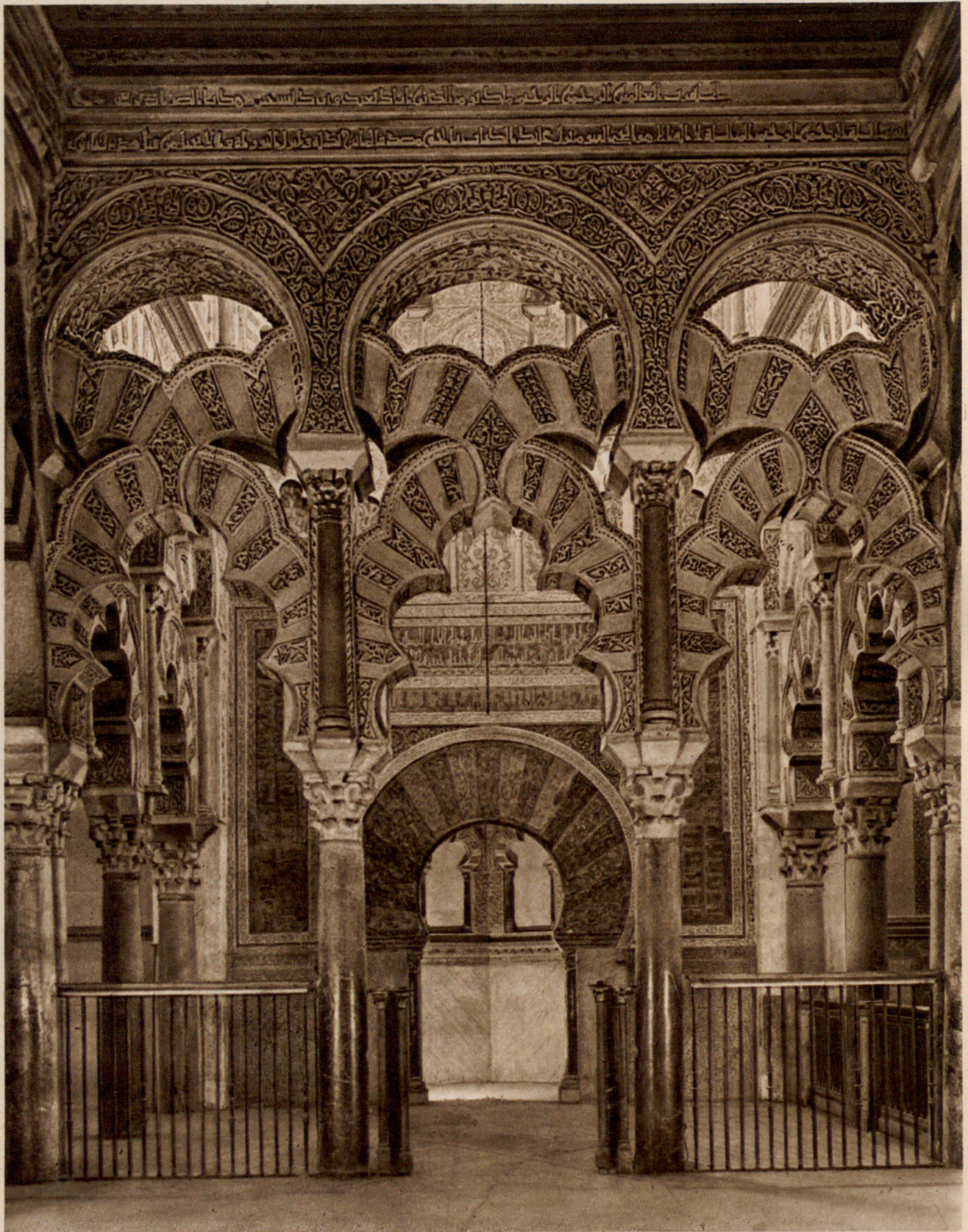


Fig. 142. — ENTRADA DE LA CAPILLA DEL MIHRAB.



Fig. 143. — ENTRADA DE LA CAPILLA DEL SABAT, A LA DERECHA DEL MIHRAB.



Fig. 144.—DETALLE DE LOS ARCOS DE ENTRADA HACIA EL SABAT.



Fig. 145. — ARQUERÍAS LATERALES DE LA CAPILLA DEL MIHRAB.



Fig. 146. — ARQUERÍA DEL FRENTE DE LA CAPILLA DEL LUCERNARIO (VILLAVICIOSA) HACIA LA CABECERA.



Fig. 147. — FRENTE DE LA ARQUERÍA ANTERIOR, DESDE LA CABECERA.

ARCOS CRUZADOS. — Aquello de cruzar elementos lineales, a despecho de lo clásico y frente a su poligonía ornamental, decide a fondo en lo árabe las composiciones geométricas que llamamos lazo; y erigido en sistema, salta a lo constructivo cruzando arcos entre sí, ya en superficie vertical, ya en el espacio a favor de bóvedas; revolución arquitectónica lograda en nuestra Mezquita con prodigiosa conciencia de su virtualidad en dos direcciones, a saber, solidez y belleza.

Aquí el olvidado gran alarife de Alhácám se afrontó con un problema de compromiso: erigir bóvedas resistentes sobre columnas y arcos no preparados para ello, y a gran altura para dotarlas de luz directa, que era su misión principal, aunándola con derroche de magnificencias capaces de eclipsar cuanto se había hecho hasta entonces; y a fe que lo obtuvo.

Conservando la unidad de composición de la Mezquita en sus naves, mantuvo por soportes columnas y arquerías, y de acuerdo con ellas atravesó otras para circunscribir los espacios abovedables: mas aquí la progresión en avances indujo a sustituir por arcos lobulados los de herradura, y éstos, en vez de los semicirculares, encima. Luego, en las tres capillas de la cabecera, los tales arcos de lóbulos se enlazan con ramas de otros superpuestas o cruzándolos a través de los de herradura, y calado todo ello. Avanzando más en el lucernario o capilla de Villaviciosa, el único de sus costados subsistente lleva, sobre los primeros arcos de lóbulos, otros iguales, pero contrapuestos, que dejan envueltos entre sí los de herradura, y más arriba surgen otros de lóbulos, a plomo con los primeros, llegándose así a la cornisa general, cortada en nacela, que es asiento de su bóveda. En todo ello las enchapa-

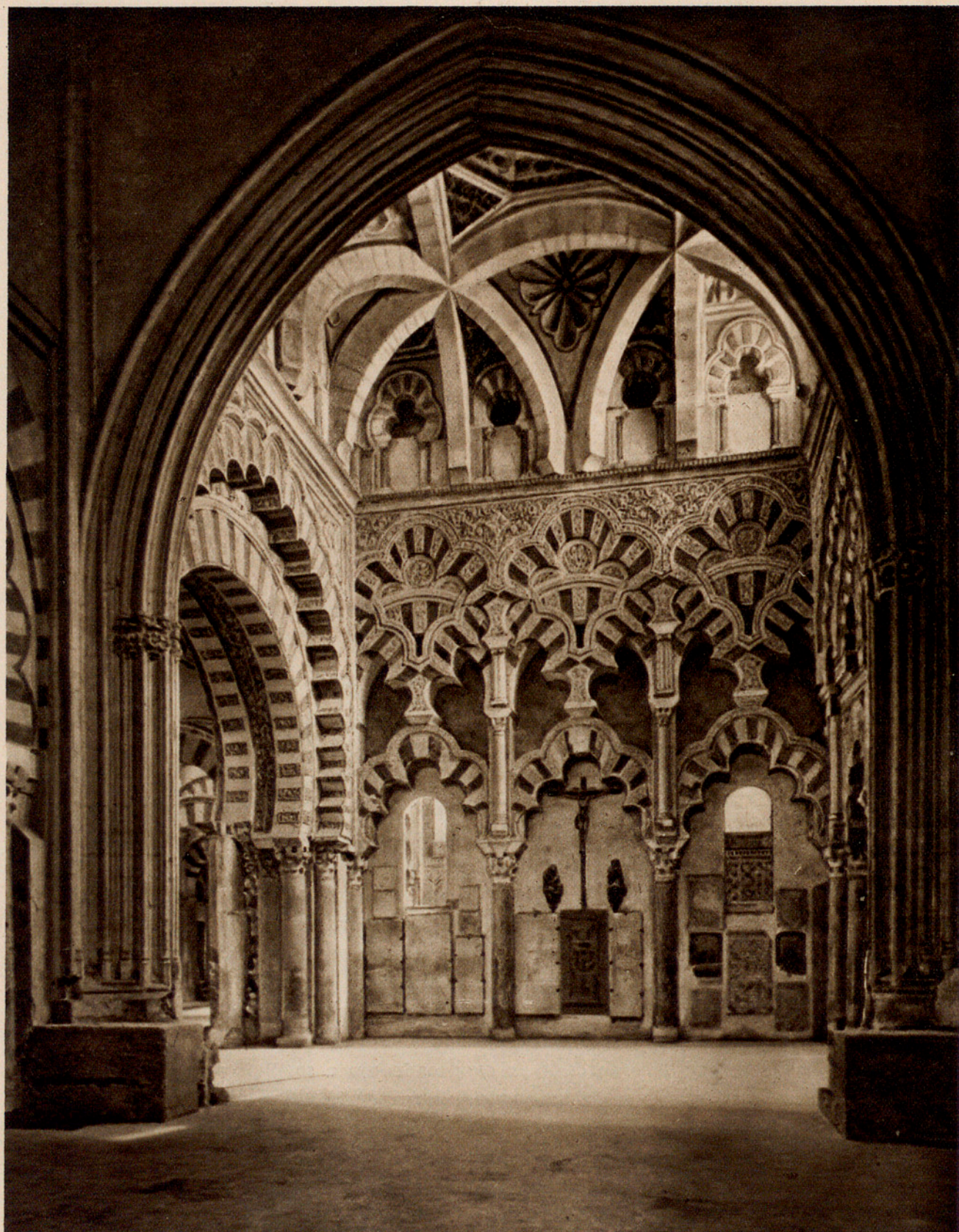


Fig. 148. — COSTADO IZQUIERDO DE LA CAPILLA DEL LUCERNARIO.



Fig. 149. — DETALLE DE LA CAPILLA DEL LUCERNARIO.

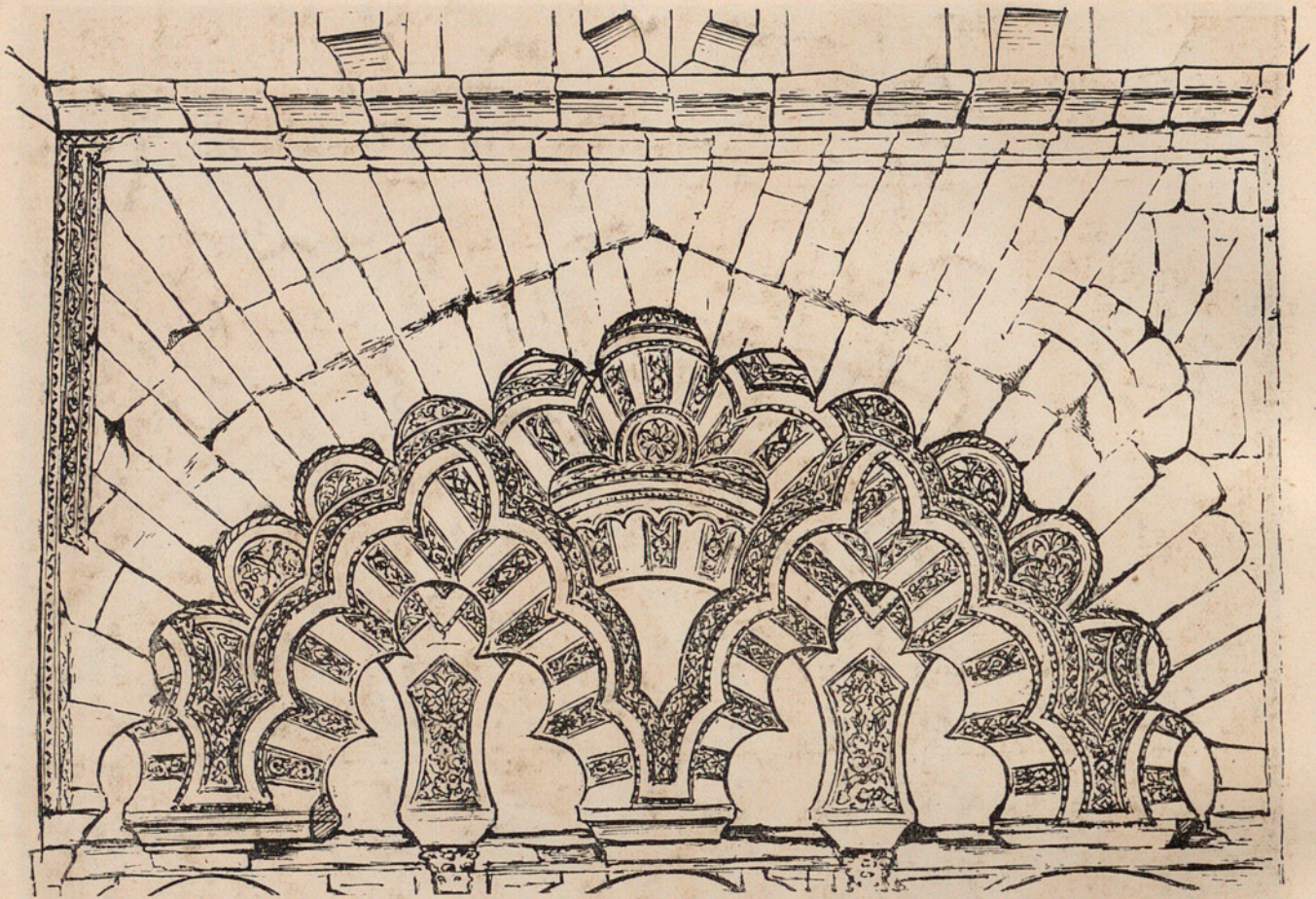


Fig. 150. — ARQUERÍA DEL FRENTE DEL LUCERNARIO HACIA LA CABECERA.

duras de escayola tallada entre campos rojos, dan impresión de ser mero capricho decorativo tal juego de arcos; pero debajo de ellas mantiénese aquella misma composición en organismo de recia sillería, denunciando su valor constructivo: ligereza con ahorro de material, rigidez de estructura, distribución de fuerzas para soportar la carga derivándola hacia los rincones, y por adhehala una emoción estética sin precedentes y sugestiva a su modo. Todo ello preparando una superación de valores en las respectivas cúpulas (figs. 145, 148, 153, 192 y 194).

CÚPULAS. — En llegando a ellas hemos de volver a enfrentarnos con el Oriente, derrochador de iniciativas: ya los romanos idearon a veces fraguar mediante arcos sus bóvedas: atravesados en las de cañón, cruzados en las de aristas, convergentes al centro en las de ocho cascos, y respetada la unidad orgánica en todas ellas. Así hubo de mantenerse en lo bizantino; pero luego, destacando miembros en función activa; es decir, resaltando aquellos mismos arcos, nace la bóveda lombarda de nervios con sus ulteriores adaptaciones, que vienen a constituir la arquitectura ogival, siempre acusando centralidad la convergencia de sus elementos. Y esto nace a fines del siglo XI y desarrolla toda su virtualidad en el XV. Pero, fuera del área de expansión clásica, en aquella Asia de inagotables refinamientos se idearon otras soluciones menos ambiciosas, para superar deficiencias de material y obtener belleza sin ayuda de elementos expresivos, pintados o esculpidos, que les eran extraños.



Fig. 151. — BÓVEDA DE LA CAPILLA DEL LUCERNARIO.

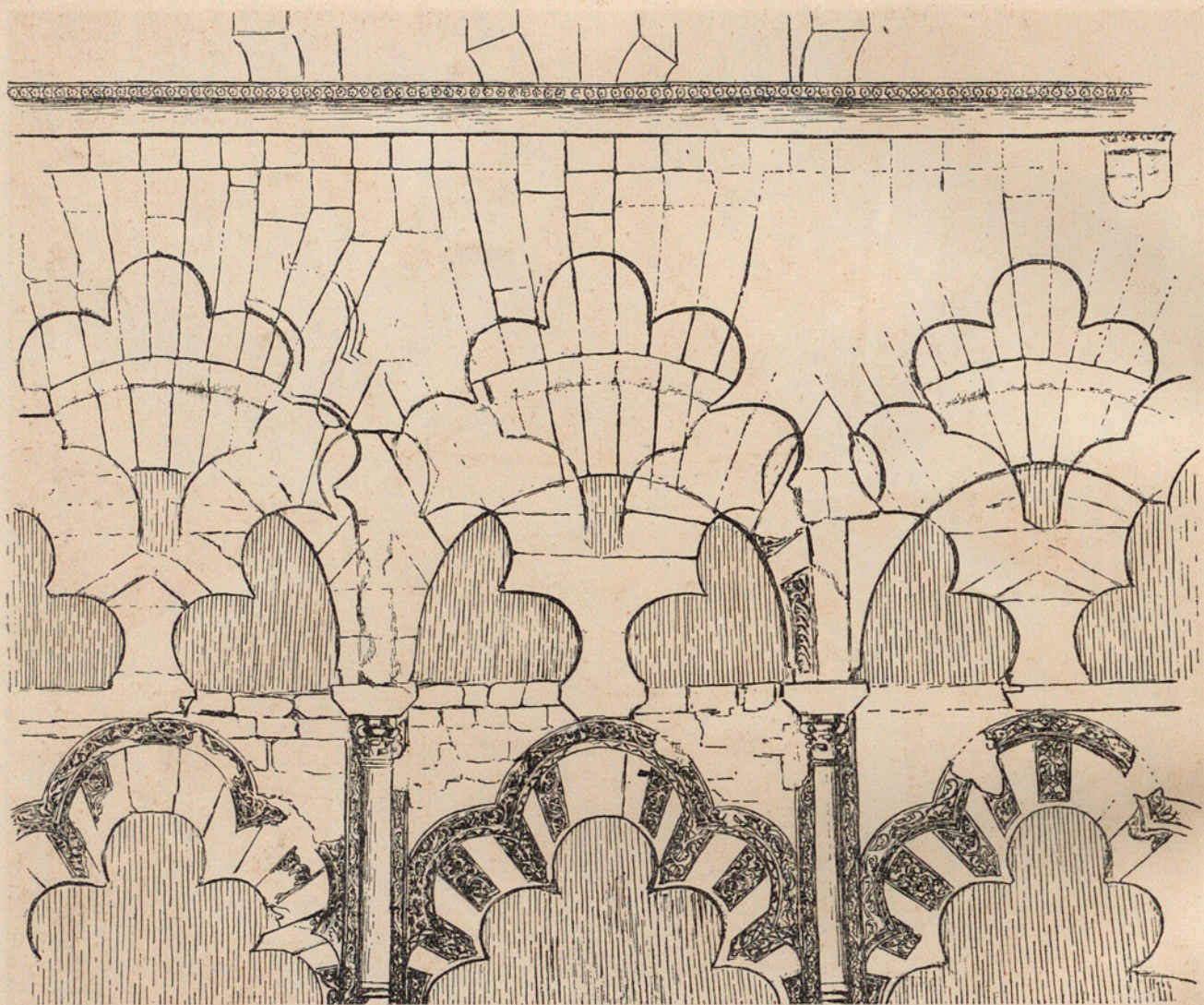


Fig. 152. — ARQUERÍA DEL COSTADO IZQUIERDO DEL LUCERNARIO.

Hubo de ser allá, en Mesopotamia, región sin piedra ni madera, donde el ingenio suplió tamañas deficiencias creando arcos y abovedamientos fuera de lo normal, de lo clásico: arcos elípticos, que se transforman en apuntados luego, hechos sin cimbras con ladrillos o adobes, y bóvedas por escalonamiento de otros arquillos o por cruce de arcos descomponiendo superficies. Hoy aquellos desiertos apenas ostentan sino montículos por sudario de edificios deshechos; pero en regiones limítrofes quedan otros, que probablemente los remedaron, y es donde podemos sondear algo de tales inventos.

EN ORIENTE. — El problema que con vistas a lo cordobés perseguimos, ofrece allá una solución única: cubrir superficie a base de cuatro arcos paralelos a los muros y cruzándose, para servir de apoyo a una bóveda, en función de ogivas, y rellenando de cualquier modo, con entera libertad, los nueve huecos resultantes del cruce. El ejemplar que se reputa más antiguo cubre el pórtico del santuario de San Bartolomé en Baxcala, al sureste del lago Van, en el Kurdistán y sobre un afluente del Tigris. Allí se venera el sepulcro del apóst-



Fig. 153. — CAPILLAS DE LA CABECERA, VISTAS DE TRAVÉS.



Fig. 154. — DETALLE DE LA CAPILLA DEL MIHRAB.



Fig. 155. — ARQUERÍA INTERIOR DEL MIHRAB.

tol titular, protegido por un monasterio, fundación del siglo IV, según cuentan, y cuya iglesia se atribuye al IX sin bastante firmeza. Dicho pórtico mide 10 metros en cuadro, y sus arcos cruzados, que son elípticos, poco gruesos y muy anchos, soportan una especie de bóveda de aristas sumamente capialzada, que resulta casi plana en llegando al hueco central y arranca sobre arcos formeros de medio punto. El aspecto exterior del edificio, riquísimo y todo de sillería, puede obedecer a reforma de hacia el siglo XII, bajo el dominio de los selyucies turcos.

Mucho más abajo de la misma cuenca del Tigris, en Cerkuk, la pequeña iglesia nestoriana consagrada a San Tahmazgerd, ofrece en su parte primitiva una bóveda de cañón apuntado entre pilares encarados por parejas de columnas, y exedras sobre trompas entre ellos, como en el palacio sasanida de Sarvistán; además, en su capilla se repite el caso de arcos cruzados en parejas muy juntas y encima una bóveda como esquifada sobre cornisa de esquinillas; todo ello rudo, francamente mesopotámico. Lo mismo, y ya en plena Mesopotamia, la iglesia de Deir Zafrán, en Mundin, lleva arcos de herradura y decoración clásica. En el norte de Armenia, al pie del Cáucaso, es conocida la capilla sepulcral de Haxpat o Ajpat, que parece de hacia fines del siglo XII, con una bóveda sobre cuatro arcos en cruz, e incluso otra semejante; bien aparejado de sillería todo ello y en relación con los edificios cristianos de Ani, influídos por lo árabe de los siglos XII y XIII, cuyos arcos cruzados soportan bóvedas independientes y hasta de mocárabes. Entonces ya toman los abovedamientos otro rumbo, así en mezquitas presididas por la grandísima de Isfahan, como en iglesias de



Fig. 156. — DETALLE DE LA CAPILLA COLATERAL DERECHA, ENTRADA DEL SABAT.



Fig. 157. — ARRANQUE DE LA CÚPULA DE LA MISMA CAPILLA.



Fig. 158. — CÚPULA DE LA CAPILLA COLATERAL A LA DERECHA DEL MIHRAB.



Fig. 159. — FRENTE DEL MIHRAB.



Fig. 160. — INTERIOR DEL MIHRAB.



Fig. 161. — ARRANQUES DE LA CÚPULA DE LA CAPILLA DEL MIHRAB.

la Alta Mesopotamia, formando composiciones a base de estrellas, mediante arquillos rampantes y gallones, con simples aristas entremedias, y así hasta lo moderno.

EN CÓRDOBA. — Frente a todo esto, lo cordobés adquiere una pujanza constructiva singular con desarrollos geométricos originales, aunque parezcan basados en aquel tipo mesopotámico primitivo, tan sencillo. La tradición de abovedamientos acá era pobrísima; reducíase a los de cañón y de aristas, según el tipo romano que vimos en Azzahra, y nada más. Cúpulas de gallones sobre trompas lucían desde el siglo IX en las grandes mezquitas de Cairuán y Túnez, sobre modelos bizantinos; pero no se las copió al suscitarse el mismo problema en la de Córdoba, o sea dotar el *mihrab* de buena luz, donde se precisaba para la lectura del Alcorán, y erigir un lucernario al principio de la nave medial prolongada ahora, como ya sabemos.

EL LUCERNARIO. — En éste pudo iniciarse el sistema de bóvedas, ya que es donde la ligazón con lo oriental preside. Aparenta ser cuadrado, aunque mide 7,35 por 8,35 metros, diferencia obligada por desproporción entre las arquerías y el ancho de la nave, y que se disimuló trabajosamente complicando el abovedamiento. Se organiza éste con los cuatro arcos consabidos, de medio punto y aparejados con sillería, pero además añade otros cuatro en sentido diagonal acometiéndolos en el punto de su cruce, que así resulta triple, y se resuelve admirablemente, probando un saber de estereotomía singular en su artífice. Quedan por



Fig. 162. — CÚPULA DE LA CAPILLA DEL MIHRAB.



Fig. 163. — ARCO DEL SABAT EN LA CAPILLA COLATERAL DERECHA DEL MIHRAB (CELOSÍA MODERNA).

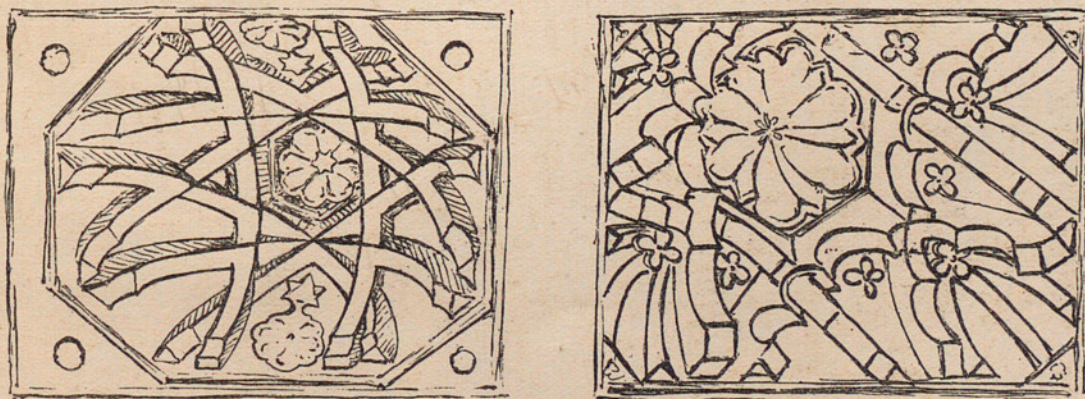


Fig. 164. — DETALLE DEL ARCO DEL MIHRAB (EL MOSAICO EN SU MITAD INFERIOR, REHECHO).

fondo: un hueco central, que se cierra con bóveda de doce gallones sobre pechinas; cuatro triángulos equiláteros y ocho rectángulos en derredor, que se adornan con elementos de lóbulos estrellados variando siempre, y quedan hacia los rincones cuatro huecos cuadrangulares, que resultan alargados, sometiéndose a lo irregular de la planta. En estos huecos se hunden boveditas primorosas, última expresión del arte cordobés en crear soluciones sabias con arcos cruzados, a base del exágono precisamente: después las presentaremos. Por último, entre los arranques de arcos y bóvedas, ábrense en torno ventanas con arquillos, ya de herradura, ya de lóbulos, sobre columnas minúsculas y adovelados. Antes estuvo pintado todo ello con atauriques, remedando lo de relieve en los muros, que iba matizado con azul también: quedaban vestigios de ello, primero restaurados con mal arte y luego borrados lastimosamente (figs. 148 a 152).

OTRAS BÓVEDAS. — Volviendo al problema de las cúpulas, su virtualidad constructiva se compenetra con la geométrica: para espacios cuadrados ya vimos en el Lucernario, que su base algo alargada se redujo a cuadrada, lo mismo que luego en la mezquita de las Tornerías de Toledo; pero cabía otra solución a base del exágono, inscriptible en cuadrángulo alargado, y ésta se adoptó, en un avance del proceso geométrico, para los huecos de los rincones del Lucernario mismo. Son cuatro, y dieron lugar a tres soluciones: la más simple, un cupulino de seis gallones entre senos picudos e inscrito en un exágono; dos, casi iguales, se organizan moviendo seis arcos de medio punto cruzados en torno del polígono, y añadidos otros dos en sentido longitudinal, normales a los atravesados; o sea, repitiendo la traza oriental de los cuatro arcos, pero en rectángulo y con el aditamento de otros dos que componen el exágono. La última lleva seis arcos de a cinco lóbulos, cruzados; en medio un cupulino agallonado y otros menudos nervios en los rincones: resultan ejemplares únicos (figs. 149, 151, 165 y 166).

Una necesidad lamentable, aneja a la transformación de la Mezquita en catedral, hizo que esta capilla del Lucernario se constituyese en centro del culto cristiano con la imagen



Figs. 165 y 166. — BOVEDITAS DE LOS RINCONES DE LA CAPILLA DEL LUCERNARIO.

de Nuestra Señora de Villaviciosa que le prestó su nombre. Para ello se puso un altar, pegado al frente oriental y lindando con la capilla real donde fué sepultado Fernando IV; se deshizo el muro contrario con toda la parte de naves hasta dar en la fachada occidental, organizándose a lo gótico el cuerpo de iglesia resultante, y se alisaron las paredes de la capilla



Fig. 167. — DOVELAS DEL ARCO DEL MIHRAB.



Figs. 168 a 170. — ARQUERÍA SOBRE EL MIHRAB Y DETALLE DE LA CÚPULA, CON LOS AZULEJOS.



Fig. 171. — ARRANQUE DE LA CÚPULA ANTE EL MIHRAB, CON CELOSÍA.



Fig. 172. — PECHINAS DE LA CÚPULA ANTE EL MIHRAB.



Fig. 173. — GALLONES DE LA CÚPULA ANTE EL MIHRAB.



Fig. 174. — CENTRO DE LA CÚPULA ANTE EL MIHRAB.



Fig. 175. — DETALLE DEL ARCO DEL SABAT (SU PARTE BAJA, REHECHA).



Fig. 176. — JAMBAS DEL ARCO DEL MIHRAB.



Fig. 177. — DECORACIÓN DEL MIHRAB CON FIRMAS DE SUS AUTORES.

quitando las partes salientes de su decoración y revistiéndolo todo a lo barroco posteriormente. Al procederse en 1888 a descubrir lo que subsistía de ello, aparecieron completos la bóveda, el doble arco de hacia la mezquita primitiva, salvo sus enjutas, y la arquería frontera, excepto el enchapado del gran arco de lóbulos que la cobija. Menos afortunado el frente oriental, sólo conservaba decorados sus arcos bajos, pero se compensó la pérdida con aparecer todo el esqueletaje de sillería, según se indicó antes, y aunque vuelto a recubrir, queda visible en fotografías viejas inéditas. Estas mismas valen para reconocer en lo restaurado cuanto se introdujo a capricho en la ornamentación de relieve y unos ladrillos de plano en las dovelas lisas, que antes iban pintadas, generalmente. Los dibujos adjuntos traducen dicha organización constructiva, ya oculta y desconocida hasta el presente (figs. 150 y 152).

LA CAPILLA DEL MIHRAB. — La cabecera de la mezquita, desde donde el califa, erigido en *imam*, dirigía el rezo en las solemnidades, había de culminar en magnificencia y atraer la atención hacia ideales ultraterrenos. Nada de evocaciones corpóreas: abstracción de realidad mediante formas y armonía cromática que superasen lo natural; y este salirse de sí mismo, aun hoy mueve al espectador profano ante la capilla del mihrab, por fortuna conservada casi intacta. Aquella combinación de arcos en torno suyo, el vislumbre de luces a través de celosías en lo alto, el aspecto mágico de su cúpula; oro, colores, brillo; misterio en la profundidad del mihrab, todo embarga irresistiblemente. Y es tal la armonía del conjunto, a fuer de complicaciones, que cuesta trabajo su análisis, ni él puede satisfacer



Fig. 178. — CORNISA DEL ZÓCALO DEL MIHRAB.

sino mirando; porque su misma originalidad quita valor a cuanto puede imaginarse mediante palabras (figs. 135, 142 y 143).

Traspasada la arquería de ingreso, en penumbra el fantástico revuelo de sus calados, espáncianse los cerramientos colaterales dejando ver las capillas anejas, de suerte que no embaraza la relativa pequeñez — 7,30 metros — de su ámbito. Hoy todo en aquéllas resulta blanco, sin más contraste que el claroscuro de planos del dovelaje y sus adornos de relieve; pero en lo antiguo ello se matizaba con rojo en las dovelas lisas y rojo y azul por fondos de atauriques e inscripciones, y así no contrastaba violentamente, como ahora, la opulencia cromática del muro central de fondo, entonado con sus oros y mosaicos. Pero, si alzamos la vista, los contrastes de luz se armonizan dándonos idea del efecto primitivo.

Aquello, a la vista, es un encanto; su estructura, una maravilla. Sobre el cuadrado en que rematan las arquerías murales, vuelan hacia los ángulos unos arquillos de cinco lóbulos, formando trompas profundas, bajo gablete obtuso, y hacen juego con ellos, alternando, otros arquillos simplemente ornamentales, con sólo tres lóbulos y gablete, que son los arriba aludidos en razón de su estirpe abasí. Encima avanzan ocho arcos de herradura, provistos

de columnillas solamente los de los rincones, que actúan en calidad de formaletes, y todos ellos en su hueco abren ventanas semicirculares con celosías marmóreas. Por fin, dobles columnas, en los ángulos del octógono resultante, apean la serie de arcos cruzados que constituyen la cúpula (figs. 154 y 161).

SU CÚPULA. — Ellos son ocho a medio punto, o sea semicirculares, que arrancando cada uno de dos vértices del octógono y saltando otro, se cruzan todos entre sí doblemente, dejando huecos, ya como pechinas, ya como segmentos de cañón, que entestan sobre los arcos del ventanaje. Encima de todo ello vuela una cornisa de nacela circunscribiendo el octógono medial, que resulta contrapuesto al de la base, y se cubre con una cúpula de gallones, entre filetes angulosos, convergentes a un gran botón central. La armonía de planos y juego de luces en todo este conjunto produce un efecto peregrino, realizado por el esplendor del mosaico que recubre enteramente la cúpula, cuya policromía destaca sobre campos de oro y azul (fig. 162).

Todavía un análisis a fondo de su estructura la encumbra. En efecto, el sistema ogival acertó concentrando el empuje de sus bóvedas en los ángulos. Aun con las llamadas sexpartitas no alivió el compromiso de los arcos cruceros sino atravesándolos con otro, ni pasó adelante sino agregando complementos laterales. En Córdoba, dos siglos antes, se resolvió el problema de la descomposición de fuerzas con dejar libre de cruces el centro de la bóveda y repartir los empujes, en vez de concentrarlos, huyendo de los ángulos y descargando los huecos intermedios con arcos formeros, que permitían ahuecarse con ventanas. A su vez ellos mismos se cobijaban con gabletes, visibles aún al exterior y en ángulo obtuso, conforme a la moda oriental, y los ángulos del octógono se refuerzan mediante contrafuertes, lográndose un perfecto equilibrio, garantizado por la buena conservación de esta cúpula y de sus similares, no grandes ciertamente; pero sin duda con posibilidades de mucho mayor desarrollo. Además, su belleza, la aparente travesura geométrica de su composición, brota fácil, como si todo aquello hubiese nacido a capricho.

CAPILLAS LATERALES. — Pasando a las dos capillas colaterales, nos sorprende otra solución del problema, precisamente la que obtuvo éxito de propagación hasta Marruecos y Mesopotamia, por un lado, y hasta Inglaterra, por otro. Éstas voltean sus arcos paralelamente a las líneas del octógono sobre que arrancan, cruzándose cuatro veces cada uno de ellos con los otros, y dejado en medio un octógono, relativamente pequeño, cubierto con cúpula de gallones muy aplanada. Los demás huecos se adornan con cupulinos agallonados, discos con veneras y golpes de lazo, como en la bóveda del lucernario: los arcos formeros son de cinco lóbulos, con guarnición de gablete en línea triple, y las trompas desarrollan gallones tras de arcos de herradura: todo contrapuesto respecto de la cúpula de la capilla central, y todo blanco; pero antiguamente, de seguro, iba pintado, como se aprecia en las arquerías bajas, donde la privación de adornos de relieve se sustituyó por atauriques fileteados de negro en las dovelas salientes, entre otros sobre campo rojo o azul alternando, que vienen a sustituir el efecto de color del ladrillo. Subsisten decoraciones al fresco en los zócalos, con ataurique y lazo, que se revelan como posteriores, y en efecto constan pinturas hechas aquí en 1135 (figs. 156 a 158).



Fig. 179. — ALBANEGA DEL ARCO DEL MIHRAB (MITAD BAJA DE LAS DOVELAS, MODERNA).



Fig. 180. — ARQUERÍA INTERIOR DEL MIHRAB.

EL MIHRAB. — Queda pendiente el detenernos en la decoración del testero en la capilla del mihrab con éste, que es a modo de ábside profundo, en donde se exponía un ejemplar preciadísimo del Alcorán, para la lectura del viernes, y además era costumbre que los peregrinos lo rodeasen, de suerte que se aprecia muy gastado el mármol de su pavimento en torno. La fachada del mismo recibió un derroche de magnificencias: tableros de mármol blanco tallados primorosamente, por zócalo; arco de herradura sobre dos parejas de columnas, aquéllas que fueron del mihrab de Abderrahman II, como ya sabemos, y recorre sus impostas una inscripción histórica, donde se consigna que el califa Alhácam ordenó a su primer ministro Chaáfar la colocación de dichas columnas, lo que se terminó en diciembre de 965. El dovelaje del arco es amplísimo, completo y enteramente de mosaico: pero son de talla sus albanegas y el molduraje del alfiz, que es doble y contiene otro letrero cúfico laudatorio para Alhácam por haber ordenado esta obra: cita a Chaáfar otra vez y nombra a los cuatro inspectores de ellas, aludiendo a labor de cruzamientos, que será la de los arcos, con palabra (*tasbik, sebka*) que aun se usa en Marruecos al mismo propósito. Una tercera inscripción remata el zócalo del mihrab, conmemorando su erección, con los mismos nombres y fecha. La planta del mihrab es octogonal; su zócalo, de mármol vetado; encima, una cornisa, también de mármol, provista de modillones entre metopas, de tradición clásica y pródigamente variados sus adornos. Sobre ello, esculpidos en yeso, seis arcos de a tres lóbulos, sobre columnillas de mármol, en cuyo fondo se rastrean atauriques pintados y les guarnece rica decoración de relieve; por cubierta, una cúpula en forma de venera con su charnela perfectamente imitada, sobre el tipo de nuestra vieira. Remata la fachada del mihrab con una serie de siete arquillos, como los susodichos y también sobre columnas, donde campean atauriques de mosaico sobre fondo de oro (figs. 155, 159, 160, 180 y 181).

TESTEROS LATERALES. — Los testeros de las capillas colaterales a la del mihrab comunicaban con el *sabat* o pasadizo que corre tras de ellas. El del lado derecho conserva bien toda su decoración: arco de herradura cobijando la puerta, y una gran ventana encima, cuya celosía es moderna; sobre ello cruza todo lo ancho de la capilla un arco de herradura enjarjado y con sus dovelas engatilladas, o sea quebrando sus líneas, lo que viene de tradición clásica y tenemos ejemplar próximo en el puente romano de Villa del Río, así como otro bárbaro en el mausoleo de Teodorico en Ravena. Esta parte va decorada con atauriques de yeso; lo demás, o sea la guarnición interior del mismo arco y toda la del arco inferior y ventana susodichos, es de mosaico de vidrio, componiendo atauriques, lazo e inscripciones, que vuelven con loores a Alhácam, cita de sus auxiliares y alusiones al pasadizo de entrada y a los mismos mosaicos; pero la fecha consignada por los epigrafistas es supuesta. Los mosaicos de la capilla del lado izquierdo y su celosía son enteramente modernos, copiando lo del otro lado; también se rehicieron en 1816, muy caprichosamente, las partes bajas de los mosaicos en el arco del mihrab y en el del pasadizo (figs. 156 y 163).

Este pasadizo o *sabat* se conserva, aunque en parte deshecho al incrustarse allí una monumental sacristía. Su ancho mide 4,47 metros y se desarrolla en dos pisos, interceptado el bajo por el mihrab, y corrido el superior de extremo a extremo de la mezquita. Él se distribuye en tantos compartimientos cuantas son las naves, con bóvedas esquinadas, puertas de comunicación y sendas ventanas, hacia el exterior y hacia la mezquita, de las que una conserva celosía de mármol, muy sutil y con labor de lazo (fig. 200). El piso bajo se

cubre con bóvedas de cañón, tiene ventanas provistas de hojas de madera con chapas de azófar claveteadas, subsistentes aún en parte, y sus puertas de comunicación se abrían de dos en dos en sentido contrario, como ya se observó en Azzahra, de modo que sólo podía franquearlas el portero encerrado entremedias, a fin de evitar un asalto al palacio califal, que comunicaba con este pasadizo mediante un gran arco a través de la calle contigua. Ya el emir Abdala, un siglo antes, había tomado esta misma precaución y aun se completaba con la macsura, celosía de madera con tres puertas, que incomunicaba las capillas de la cabecera de la mezquita, rebasándolas considerablemente. A la izquierda de la puerta por donde entraba el califa, y tocando el mihrab, se ha descubierto ahora el hueco donde se metía el *mímbar* o púlpito, como se observa en las mezquitas marroquíes, sacándose en los días solemnes tan sólo, y estaba hecho con exquisitos materiales y labor admirable, según se ponderaba hasta el siglo XVI; luego, fué destruído.

Pasados los tres tramos mediales del testero, alinéase con sus capillas una fila de arcos atravesados hasta dar en los muros laterales, que valían para transmitir los empujes de dichas capillas. Los arcos inmediatos a ellas son apuntados y se les presentó arriba (fig. 141); los demás son de herradura y todos ellos ostentan una decoración calada en sus albanegas, con variedad de trazas, enlazadas y predominando las de florones octogonales, hasta una de lazo de ocho, compuesta ingeniosamente con cuadrados, y es lo más pogrésivo en su orden que aquí hallamos.

DECORACIONES. — Analizar los elementos decorativos que enriquecen la cabecera de la mezquita y su gran Lucernario merece no menos atención que la puesta en sus bases constructivas, pues ellos aclaran más aún el acervo de influjos y originalidades que afluyen a su ser. De los mosaicos — foseifisa — tenemos el dato de que Alhácam obtuvo del emperador Nicéforo el envío de un artífice y de abundantísimo material para realizar esta decoración, remedando lo hecho bajo el califa Aluálid en la gran mezquita de Damasco. Y, en efecto, estos mosaicos se revelan como obra bizantina, absolutamente sin influjo andaluz en toda la capilla del mihrab. Sus temas vegetales se desarrollan en sentido naturalista, si bien esquemático, que trasciende luego algo a lo califal, como también ciertos adornos ajedrezados son de estirpe oriental conocida; allí no hay de árabe sino las inscripciones, ya destacadas en azul sobre oro, ya lo contrario. Este oro va puesto en las teselas bajo una chapa de vidrio incoloro finísima; los demás tonos son púrpura, blanco, negro, verde claro y amarillo, felizmente contrastados (figs. 162, 164, 167 a 175 y 179).

Ahora bien, los mosaicos de la capilla colateral disienten en firme: su material es el mismo, pero su estilo nos lleva hacia lo cordobés tradicional. También aquí la historia nos esclarece el hecho, al consignar que el mosaísta griego tuvo a su lado aprendices palatinos, y que una vez adiestrados, aquél fué despedido por el califa con todos los honores, siguiendo ellos bajo inspiración propia, y ésta fué su obra. En las dovelas del arco la imitación bizantina aparece clara, aunque bastardeada; en las albanegas o enjutas es de estirpe califal su desarrollo de ataurique a base de espirales secantes, con cierta uniformidad y elementos nuevos; las trazas geométricas entrelazadas de las guarniciones son también ajenas a lo bizantino, y hay letreros en campo purpúreo (figs. 163 y 175). Un pormenor, apenas perceptible, abre impensadamente otro orden de elementos decorativos, y son los azulejos, tan prodigados desde el siglo XIII acá sobre precedentes orientales. El caso fué que la mol-



Fig. 181. — ARRANQUE DE LA BÓVEDA DEL MIHRAB



Fig. 182. — DECORACIÓN DE LA ARQUERÍA ANTE EL MIHRAB.



Figs. 183 a 185. — DETALLES DE LA DECORACIÓN DE LAS ARQUERÍAS ANTE EL MIHRAB.



Figs. 186 a 188. — DETALLES DE LA DECORACIÓN DE LA CAPILLA DEL MIHRAB, Y CELOSÍA.



Fig. 189. — ARCO DECORATIVO EN EL ARRANQUE DE LA CÚPULA ANTE EL MIHRAB.



Figs. 190 y 191. — ARRANQUES DE LA CÚPULA ANTE EL MIHRAB.

dura convexa, para arranque del casquete agallonado, que cierra la cúpula de ante el mihrab, exigía firmeza sin disonar de los mosaicos circundantes, y ello se logró adaptándole ladrillos curvos vidriados con labor de imbricaciones policromas: ya volveremos sobre ello (figs. 170 y 173).

LOS ZÓCALOS.—Otro cantar nos traen el zócalo de la fachada del mihrab y la cornisa de éste, hechos de mármol blanco y con la firma de sus artífices: Nasr y Bedr, siervos del califa; Fatah y Táríc, todos ellos ya citados en el salón rico de Azzahra en 955; y esto otro, hecho diez años después, mantiene idéntico estilo, probando que presidía el mismo desconocido creador de este soberano ciclo artístico. La cornisa, donde están las firmas, trae dejos clásicos en su composición de cartones y metopas sobre un contario; mas la hoja de acanto no asoma entre lo variado y caprichoso de su ramaje: es orientalismo barroco lo que allí preside, sin más elementos del natural que florecillas de cuatro pétalos y alguna de cinco. Los espléndidos tableros del zócalo se repiten hermanados, en dos parejas, con levísimas variantes, y algo más de inventiva y riqueza en los del lado derecho. La pareja mayor se organiza a base de un vástago eje, del que brotan ondulaciones de follaje, donde cada flor, cada hoja se reanima hecha campo de menudísimos retoños, como tal vez nunca se hayan soñado. La pareja estrecha es de composición similar, guiada por trilóbulos en serie, aun más primorosa si cabe, y completan estos paños una orla de tallos en zigzag curvos y un



Fig. 192. — PORTADA A LA CABECERA DEL COSTADO ORIENTAL, CORRESPONDIENTE A ALHÁCAM II.



Fig. 193. — DETALLE DE LA PORTADA ANTERIOR.

remate de cogollos alineados, remedando a sus cabos aquellas ménsulas de la mezquita primitiva, que tan a gusto iban evolucionando (figs. 176 a 178).

DECORACIÓN MURAL. — Frente al orientalismo siríaco que rebosa en lo anterior, resultan patentes aquí, como en el salón de Azzahra, otros artífices en la talla de la resistente decoración hecha con escayola. Así, las enjutas del arco del mihrab llevan roleos y espirales a base de la hoja de acanto, pero incluyendo temas usurpados al maestro de los zócalos, y todavía en los paños interiores del mihrab campea puro el sentido decorativo de éste. Luego, los arcos grandes, dovelas, albanegas e intradoses repiten monótona selección de los mismos temas, prodigando piñas, flores de seis o cuatro pétalos, alguna vez granadas, y empiezan a verse unas hojas bifurcadas con yema en medio y rizos, que acaban por ser típicas en el período subsiguiente, y lo mismo unos frutos picudos brotando entre dos anillos; que ambos temas se inician en los zócalos y predominan en las albanegas del arco del *sabat*. La decoración del lucernario sigue exactamente el mismo rumbo sin novedades, antes acentuando rutina (figs. 128, 152 a 161 y 123).

El cuerpo alto de la capilla del mihrab inicia un desenfado en sentido de efectismo, justificable por la distancia mayor del punto de vista. Se embastece la talla, se aclaran las composiciones, nacen formas nuevas de flores, hojas abultadas, bulbos rellenos de labor ajedrezada o de lazo: son aspectos, por una parte, naturalistas, como de vegetales al vivo, sin salirse del esquematismo obligado por la prescripción religiosa contra el remedo concreto de lo natural; por otra parte, aquellos bulbos, picados como avisperos, son trasunto de temas abasíes bien conocidos, que no pasaron del Cairo, pero saltan hasta aquí vergonzantes (figs. 171, 186 a 191).

CELOSÍAS. — Otro campo decorativo son las celosías de dichas tres capillas. Descontadas las modernas, unas trazan grandes follajes retorcidos; otras, labor geométrica a base de cuadrícula, tocando en meandros; una se compone con círculos y cuadrados alternando, y otras combinan estrellas de ocho puntas hasta constituir un buen lazo de ocho por enlace de cuadrados. La única subsistente del *sabat* es de lazo de cuatro, con desarrollos curvos y cogollos engalanándola (figs. 157, 171, 187 y 201).

COLUMNAS. — Nótese que si bien los capiteles de muchas columnas afectas a lo decorativo mantienen con sus hojas lisas el mismo tipo de las columnas grandes, hay otros con hojas picadas, primorosos, corintios y compuestos; y sus respectivas basas suelen llevar letreros alcoránicos de relieve. En todo ello la uniformidad es completa, sin reaccionar, ni aun en lo sucesivo, sobre los modelos impuestos desde los primeros tiempos de Annasir (figuras 144, 168, 180, 182, 183 y 191).

PORTADAS. — Reservamos para lo último el examen de las portadas, que eran cuatro en cada costado; pero, de las que miraban a oriente sólo queda una, abierta en el testero del *sabat*, y ella completa, aunque con deterioros; las otras fueron destrozadas al establecerse comunicación por allí con la ampliación de Almanzor, quedando trozos interesantes y con su pintura bien conservada. Las de hacia occidente han sufrido una restauración desatentada, hasta rehacerse a capricho sus cuerpos altos en dos de ellas íntegramente, así

como de antiguo iba recompuesta con molduraje gótico la portada de en medio. Todas guardaban un mismo trazado, sobre el modelo de la de San Esteban, y el mismo, con pocas variantes, sirvió para las de tiempo de Almanzor, según veremos. Están labradas en chapas de arenisca, como toda la decoración de Azzahra; pero matizada ampliamente con piececitas de ladrillo rojo, hasta formar algo así como el mosaico alejandrino, alternando con otras piezas blancas: es labor que tuvo su máximo desarrollo en las taraceas y sustituye a las pinturas aplicadas en tiempo de Abderrahman (figs. 125, 192 a 200).

La puerta oriental del *sabat*, que correspondería a oficinas de la mezquita, es adintelada con arco de herradura para descarga, alfiz doble y encima cinco arquillos ornamentales sobre columnas; remataría con almenillas, a juzgar por una portada de Cairuán que copia este mismo tipo. En el dintel alternan dovelas talladas y ladrillos de plano; en el arco, que es enjarjado, se mantienen grupos de a cuatro ladrillos entre las dovelas de piedra, y los arquillos altos son de herradura enlazados, dando origen la forma resultante al arco de herradura apuntado, que se inicia bajo Almanzor, en su ampliación de esta mezquita (figura 194). La decoración de relieve concuerda con la del arco del mihrab, aun en el fajeado del alfiz, sin novedad alguna y antes bien rutinaria, lo que es extensivo a las demás portadas, que casi se copian. Pero lo específico es su decoración a modo de mosaico en blanco y rojo, componiendo trazas geométricas, ya rombales en el tímpano sobre el dintel, ya como ajedrezado en el alfiz, ya a base de esvásticas en dos paños de la arquería superior. Ambos, muy bellos, son de origen clásico; aparecen en mosaicos romanos de Túnez y de Itálica, y uno de ellos ya fué visto en la mezquita de Tudela, evolución muy significativa (figs. 76, 192 y 193).

De las portadas del lado occidental, el compartimiento de en medio con su puerta repite lo de la anterior, pero sin enjarjar el arco, resultando así completo su dovelaje (fig. 195)

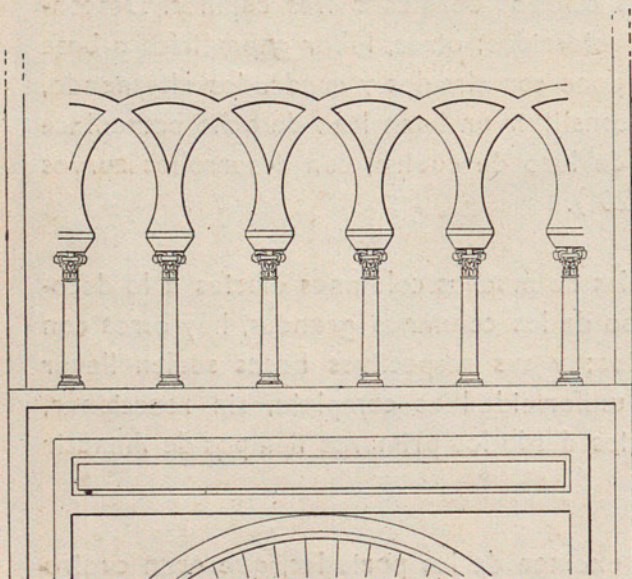


Fig. 194. — PARTE ALTA DE LA PORTADA ANTERIOR.

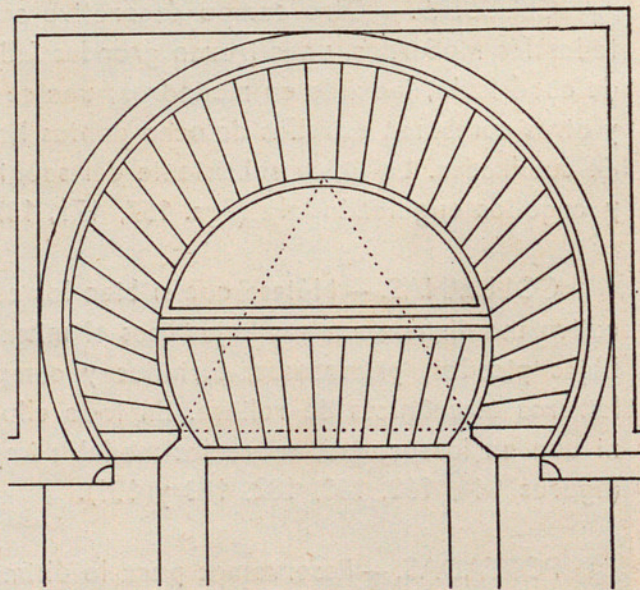


Fig. 195. — PUERTA DEL COSTADO OCCIDENTAL.

como en lo primitivo, resueltamente. El tímpano de la portada medial, más suntuosa, lleva decoración de relieve, así como las otras, el consabido mosaico a base de esvásticas, e igual labor con variedad de dibujos alterna en los dinteles con las dovelas de piedra tallada,



Figs. 196 y 197. — RESTOS DE LAS DEMÁS PORTADAS DEL LADO ORIENTAL.



Fig. 198. — PORTADA DEL COSTADO OCCIDENTAL DE LA GRAN MEZQUITA (TODA LA PARTE CENTRAL ALTA, MODERNA).



Fig. 199. — OTRA DE LAS PORTADAS DEL LADO OCCIDENTAL, ANTES DE SU RESTAURACIÓN.

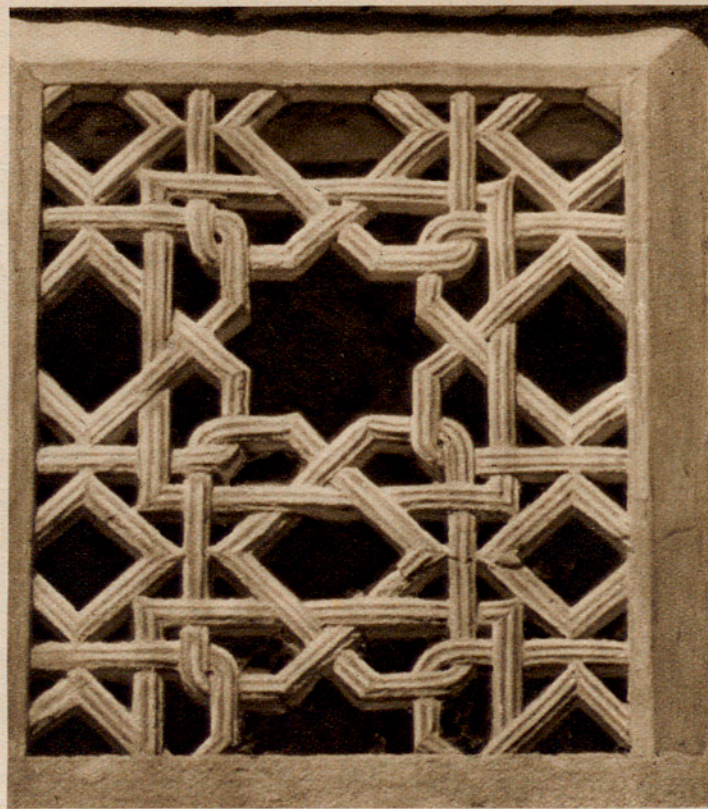
que en una puerta quiebra, engatillado, su despiece: nada quedó de lo de encima. Los compartimientos laterales ostentan puertas fingidas, con sus dinteles adornados como los otros, y encima ventanas con celosías de mármol, cobijadas por arcos de cinco lóbulos, en los que sólo se aprecia como antiguo un mosaico de fondo, a base de cuadrícula entrelazada; todo lo restante es moderno. De las celosías, quedan dos con labor de lazo de ocho, muy finas; las otras dos son modernas y corresponden sus modelos a la ampliación de Almanzor (figs. 198 a 200 y 202).

Por dentro estas portadas se guarnecen con decoración de yeso, repitiendo dinteles y arcos de herradura, con lóbulos acusados a la cabeza de su dovelaje, y alfiz; pero en la puerta de en medio la organización se complica, intercalando lóbulos adovelados y una especie de gablete, como ya fué presentado arriba (fig. 138). Entre dos de estas puertas atraviesa la última nave una celosía hecha de yeso, formando rombos del tipo almohade que llaman *sebka*, probablemente para acotar una parte destinada a mujeres: lo mismo otra, cerca de los pies del edificio, más adornada.

EL PALACIO OCCIDENTAL DE AZZAHRA. — Al emprenderse en 1911 la exploración de Medina Azzahra, se tropezó con un grupo de habitaciones ricamente decoradas con enchapaduras talladas en piedra, donde su descubridor puso empeño en reconocer la parte



Fig. 200. — LA MISMA PORTADA DE LA FIGURA ANTERIOR, YA RESTAURADA.



Figs. 201 y 202. — CELOSÍAS DEL TESTERO MERIDIONAL Y DE UNA PORTADA.

de viviendas del palacio de Abderrahman III, descrito y tan en grande loado por los cronistas árabes. Para ello hubo de celar los datos que obligaban a referirlas a tiempo de Alhacám II, reservándose publicar algún fragmento epigráfico y dos letreros de capiteles que así lo declaran. Hoy ya sabemos a qué atenernos, y cumple presentar estas ruinas, fechándolas hacia 974 y, por consiguiente, como posteriores a la gran ampliación de la Mezquita, resultando elocuente ver en ellas el grado de evolución a que llegaron en dieciocho años las innovaciones decorativas iniciadas en el salón rico arriba estudiado.

Trátase de un cuerpo de edificio en el punto más culminante de la ciudad hacia el oeste; y todavía más allá se registran partes de edificio análogas, apenas desenterradas.

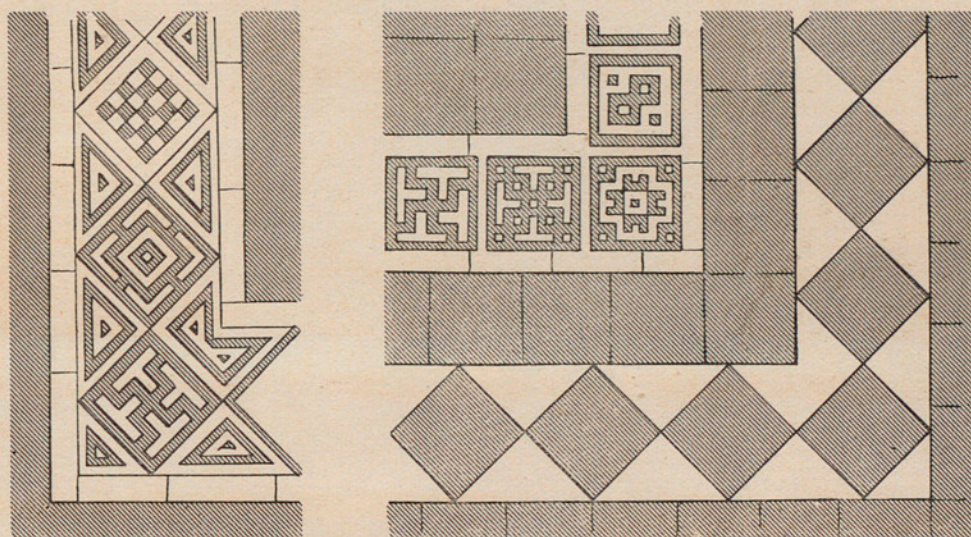
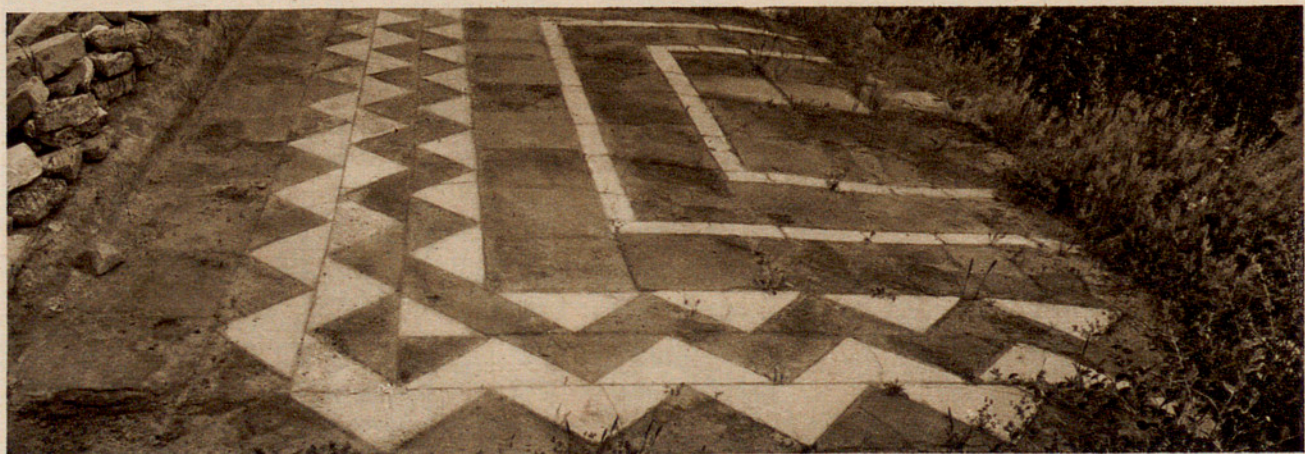


Fig. 203. — DOS PAVIMENTOS DEL PALACIO OCCIDENTAL DE AZZAHRA.

Lo descubierto arranca en línea con la doble muralla septentrional del recinto, dejando un callejón de tránsito con sus puertas trocadas, como de costumbre, para interceptarlo, y con acceso a las habitaciones, cuya distribución guarda cierta regularidad: un salón, de 17,35 por 5,90 metros; dos gabinetes cuadrados a sus extremos; al fondo, otra sala, de 10 por 5 metros, con alcobas laterales separadas por arcos sobre columnas; todavía, tras de ellas, otros departamentos y dos patinejos con entradas desde el camino de ronda. Al lado contrario, ante el gran salón, quizá hubo un pórtico al borde de la meseta; a la derecha, dos habitaciones atravesadas, y luego un gran patio, al que daban un retrete y otra salida al exterior. Siguen hacia oriente aquellos edificios primitivos arriba descritos, como oficinas, ocho metros más en bajo; cara al sur todo apareció arrasado hasta los cimientos, sobre la cortadura de 16 metros, a cuyo pie se extiende la segunda meseta, aquella donde fué erigido el salón rico abocando al pasadizo cubierto.

La sillería de dicho edificio palatino es de mala calidad, dispuesta a sogas y tizones, con estos últimos apareados, como siempre; y aunque su conservación es pésima, le queda adherida una parte de los revestimientos de arenisca tallada, componiendo cenefas de ancho variado, sobre zócalo rojo, y entremedias paños lisos. Lo más rico es la sala de las alcobas, cuyos traveses, entre el hueco reservado para las columnas, mantienen chapas de piedra con decoración en cuadrícula moldurada y follajes. Aquí el pavimento es de baldosas de barro rojo, de 42 centímetros en cuadro: pero las salas principales añaden guarniciones de piedra



Figs. 204 a 206. — RUINAS DEL PALACIO OCCIDENTAL DE MEDINA AZZAHRA, BAJO ALHÁCAM II.



Figs. 207 a 209. — VESTIGIOS DECORATIVOS DEL PALACIO OCCIDENTAL DE MEDINA AZZAHRA.



Fig. 210. — VESTIGIOS DECORATIVOS DEL PALACIO OCCIDENTAL DE MEDINA AZZAHRA.



Figs. 211 y 212. — CAPITEL Y BASA DEL PALACIO OCCIDENTAL DE MEDINA AZZAHRA.



Fig. 213. — AMPLIACIÓN DE LA GRAN MEZQUITA, BAJO ALMANZOR.

blanca, o bien menudas piezas de ella se encajan en las baldosas formando esvásticas y otras composiciones a base de cuadrado, con igual efecto que sus análogas, ya vistas en las portadas de la Mezquita (figs. 203 a 206).

Entre muchos fragmentos de enchapaduras caídas, se reconocen arcos de herradura decorativos, grandes albanegas, enjarjes y dovelas de otros, adornados con discos y roleos a base de la hoja de acanto, palmas, foliolas y cogollos enfilados, de estilo idéntico a lo de la Mezquita, y aun grandes desarrollos de hojas de acanto en paños cuadrados y cornisas; también, frisos con meandros e inscripciones, que entre eulogias acusan algún resto del nombre de Alhácem. Como novedad, fragmentos de una gran composición vegetal con tallos imbricados, que trasciende a orientalismo. Las dos columnas completas aquí descubiertas, tienen basas adornadas y capiteles corintios del tipo normal, con inscripción en alabanza de Alhácem sin fecha; pero resulta idéntica a la de otro que lleva la de 974 (figs. 207 a 212).

En resumen: estancamiento sin novedades trascendentales, pero tampoco decadencia, sino adaptación a lo doméstico de las exuberancias decorativas planteadas en la mezquita, y aun algo de predilecciones clásicas, con el meandro y la hoja de acanto, frente a un recrudescimiento barroco de los orientalismos iniciados en el salón rico. Tocante a destino, quién sabe si este núcleo de habitaciones, tan alejado de los palacios califales y de su comunicación con la ciudad, se prepararía para morada del heredero Hixem, a quien su madre y el favorito Almanzor habían de recluir sin intervención en el gobierno.



Fig. 214. — LA AMPLIACIÓN DE ALMANZOR DESDE EL ARCO DE PASO A LA MEZQUITA PRIMITIVA.

HIXEM II Y ALMANZOR. — Fué dos años después de la fecha indicada, en 976, cuando murió el viejo Alhácam, dejando jurado por sucesor suyo a Hixem, que contaba catorce años. Traído y llevado a merced de las intrigas palatinas, y encerrado al fin descaradamente, fué sólo un nombre para la historia, mientras acumulando infamias se erigía Almanzor en tirano, tanto más odioso cuanto basada en impulsivo militarismo su prepotencia. Él impuso la fuerza, con menoscabo de lo cultural fomentado bajo Alhácam, y fueron avances conquistadores en África y destrozo de las potestades cristianas en el norte de la Península el fruto que Almanzor ofreció en desquite de lo usurpado. Se sometió, sin embargo, a las exigencias fanáticas de la secta malequí encarnada en los alfaquíes, expurgando la sin par librería de Alhácam de cuanto en ella no parecía ortodoxo, y se propuso ampliar más aún la Gran mezquita, quizá antes que por necesidad, para distraer la atención de los negocios públicos. Dióse por motivo para ello el incremento de población berberisca en Córdoba, a la sombra de sus milicias mercenarias, y la afluencia de peregrinos, celebrándose el comienzo de las obras en 987, bajo las órdenes del zahbaxorta Abdala ben Said.

ÚLTIMA AMPLIACIÓN DE LA MEZQUITA. — Ya la configuración del terreno y la magnificencia de la cabecera, obra de Alhácam, no consentían más alargamiento; se optó el ensancharla hacia oriente, con ocho naves a todo lo largo, que arrojan 48 metros de ancho, e igual prolongación alcanzó al patio, quedando así descentrado el mihrab y sin alargarse el pasadizo que corre a los lados del mismo. La comunicación entre viejo y nuevo se obtuvo taladrando con grandes arcos de herradura, sobre parejas de columnas, el muro oriental antiguo y privándolo de sus contrafuertes; pero el último de estos arcos hacia el patio es de once lóbulos sobre curva generatriz muy apuntada (figs. 213 a 215).

La nueva obra copia exactamente la ordenación de lo de Alhácam, tocante a sus columnas y arquerías, pero en éstas se suprimió el ladrillo sin consecuencias de aspecto, ya que luego, enlucidas y pintadas de blanco y rojo, quedaban exactamente como las antiguas, y las impostas de los arcos altos se recortan en nacela. Simplificóse la fachada del patio, reducida a simples arcos sobre parejas de columnas; en el testero meridional se abrieron grandes ventanas con celosías de mármol, y el nuevo muro oriental copia el antiguo, con sus estribos y siete portadas, remedando las de Alhácam. En cuanto a los pilares y arquerías que acusan las dos ampliaciones anteriores, también se repiten en lo nuevo, levemente modificados; pero como la fachada del patio se adelgazó, respecto de la antigua, resultaron algo más largas las naves nuevas, dando lugar a parejas de arcos estrechos por remate de cada una. Ellos suscitaron un problema de estética, resuelto con dar forma de herradura a los arcos superiores, y de cinco o tres lóbulos, o bien de herradura apuntada a los inferiores: así cobró beligerancia este nuevo tipo, que llegó a prosperar en definitiva. Modernamente se vaciaron los pilares divisorios que encabezan esta sección en línea con lo primitivo, excepto uno, improvisando en su hueco otros arcos torpemente, y engañosos a no advertirse ello (figs. 214 y 215).

PORTADAS. — El lienzo de fachada oriental llegó a nosotros sin reformas, y quedan fotografías suyas que dan buena razón de su aspecto; después han sido restauradas y completadas, con la despreocupación de costumbre, sus portadas excepto dos, las últimas de hacia sur, que, gracias a ciertas singularidades de difícil compostura y a la muerte del archi-



Fig. 215. — TRAMOS CON ARQUERÍAS ANGOSTAS DE LA AMPLIACIÓN DE ALMANZOR.

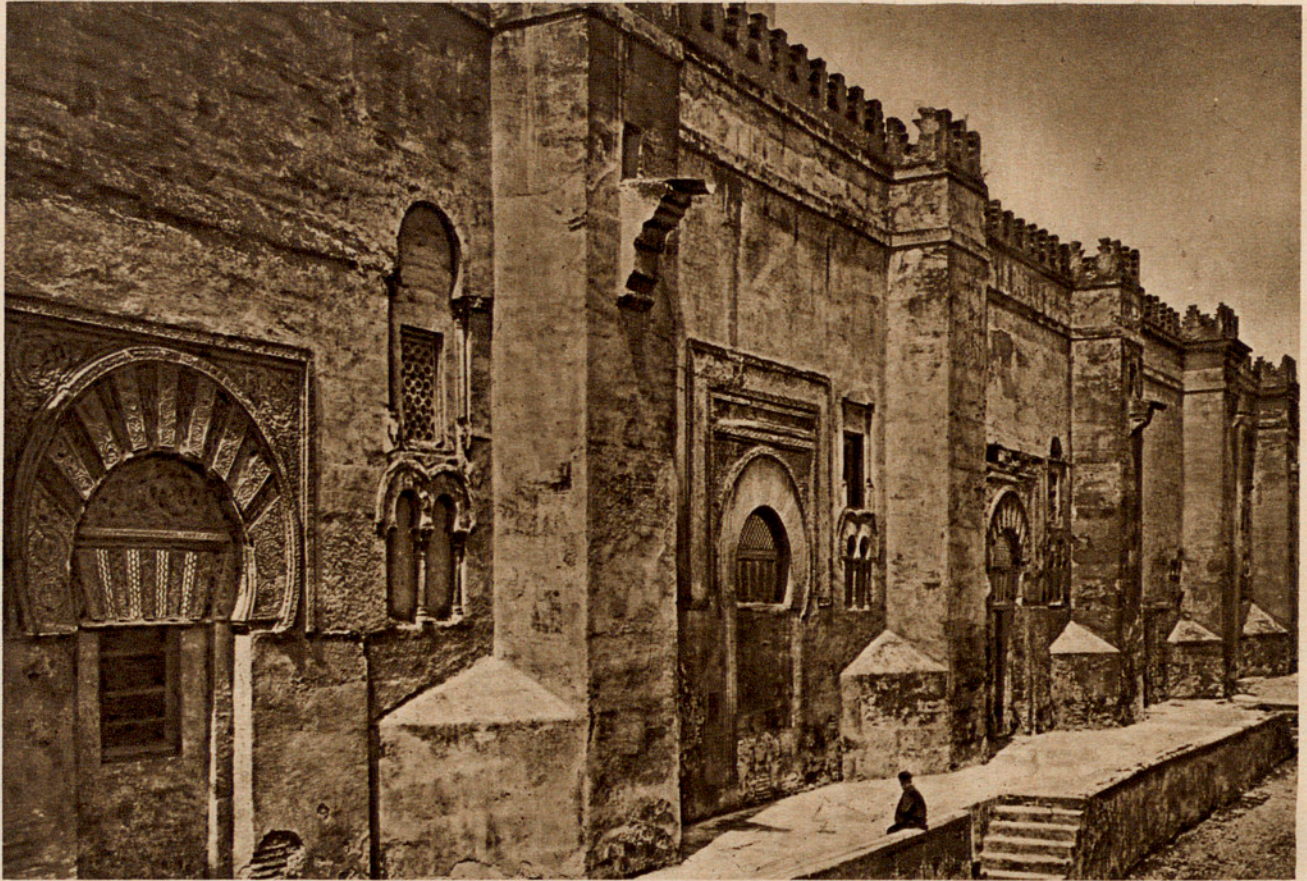


Fig. 216. — FACHADA ORIENTAL DE LA AMPLIACIÓN ERIGIDA BAJO ALMANZOR.

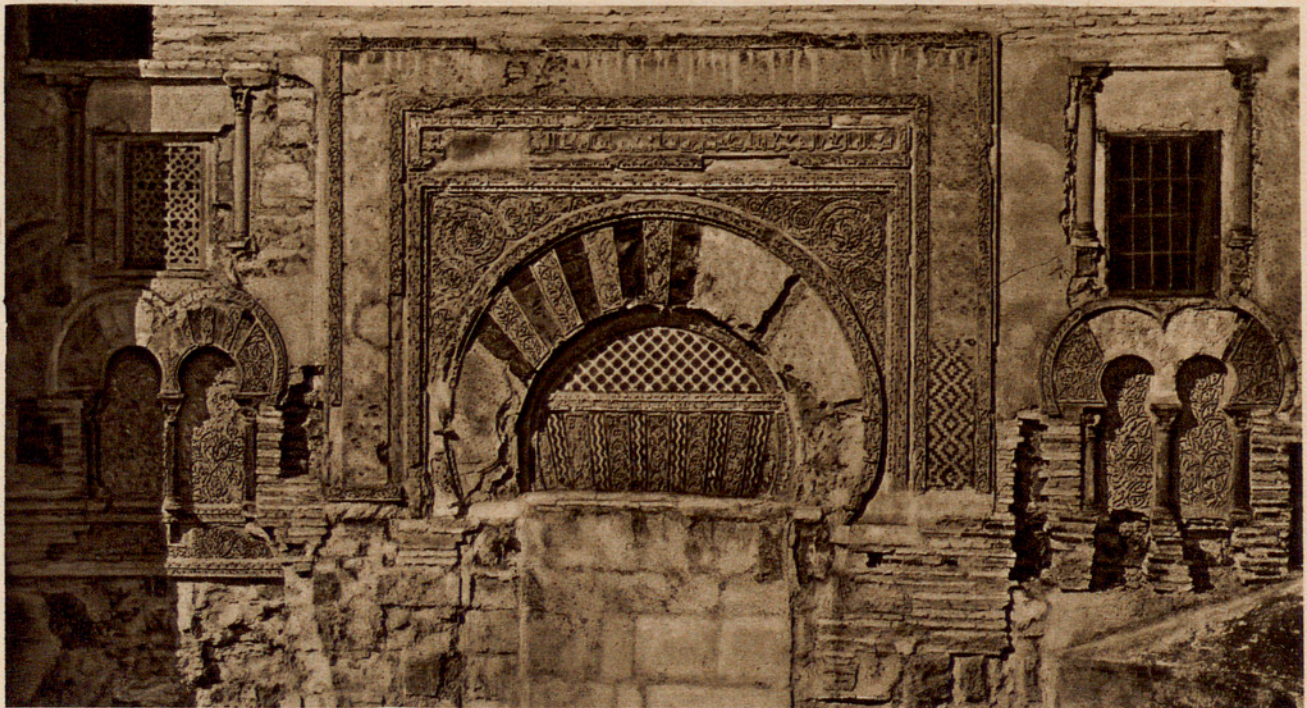


Fig. 217. — PORTADA DE LA MISMA, ANTES DE SU RESTAURACIÓN.

tecto Velázquez se han salvado. También queda al descubierto el aparejo del muro, a soga y dobles tizones, con largo de 1,20 a 1,08, ancho de 0,35 y grueso de 0,16 metros.

Los arcos de las puertas son de herradura, enjarjados y hechos de piedra, salvo uno en que entran dovelas de ladrillo; pero luego se sobreponían chapas de piedra tallada y ladrillos de plano alternando. En los dinteles, igual sistema, pero en vez de ladrillos son incrustaciones de piecitas de piedra y barro, como en lo de Alhácam; dos de los tímpanos llevan labor de relieve; los demás, incrustaciones de tipo geométrico, variadas. Las albanegas copian aquellos atauriques con espirales de acanto, típicos bajo Alhácam; igualmente, el tablero con inscripción superpuesto y el doble alfiz, relleno de incrustaciones con labor a escaques. En el paño medial de cada portada no alcanza a más lo conservado, pero el restaurador agregó encima arquerías a capricho, repitiendo los disparates de la fachada occidental (figs. 216, 217 y 219 a 223).

En los paños laterales, sus dinteles, de que apenas quedaban restos, superponen unos arquillos gemelos de herradura, sobre ménsulas y columnillas, rellenos de atauriques y adovelados conforme a los grandes. Encima, celosías de mármol, guarnecidas por otros arcos de cinco o siete lóbulos, sobre columnillas también y con incrustaciones en sus tímpanos, pero nada quedaba del dovelaje ni de alfiz. Las dos últimas portadas varían por tener estos arquillos altos en forma de herradura apunada, probando cómo hacía fortuna, por estética simplemente, esta novedad; y así son también los arquillos bajos en la última portada, todos ellos albergando atauriques o incrustaciones geométricas; pero resulta perdida su guarnición.

Ni incrustaciones ni adorno tallado varían, en cuanto a estilo, de lo de Alhácam; las inscripciones son alcoránicas; los capitelitos, todos de orden compuesto, con hojas lisas en su mayoría y, a veces, en una sola fila, que es novedad luego generalizada. De las celosías ninguna revela adelantos geométricos, quedando bajo pauta bizantina, lo que hace sospechar si serían aprovechadas, a lo menos en parte, como arriba se dijo. En cambio, las grandes del testero meridional ofrecen dos trazas, de lazos de seis y de ocho, respectivamente, bien compuestas con sentido geométrico, menos finas que las de tiempo de Alhácam, y acusando sus entrelazados y perfiles como si fuese obra de carpintería (figs. 224 y 225).

ALJIBE DE LA MEZQUITA. — También consta que es obra de tiempo de Almanzor el aljibe de la mezquita en su patio, ante la ampliación última. Fué convertido modernamente en osario y, aunque ya vaciado, es difícilmente accesible. Está subterráneo y se registra por tres aberturas cuadradas hechas en sus bóvedas; mide 14,50 metros en cuadro, repartidos en nueve compartimientos iguales por pilares cruciformes, que apean arcos de medio punto, en cuadrícula, y bóvedas de aristas, conforme al arranque de aquella otra vista en Azzahra; todo de sillería y los muros revestidos de estuco rojo (fig. 28).

PALACIO DE AZZAHIRA. — Pero la obra más personal de Almanzor fué su palacio de Azzahira, comenzado en 978 y donde él se instaló, con una especie de corte, a los dos años. Estaba sobre la margen derecha del Guadalquivir, y fué tan completa su destrucción en 1009, cuando la revolución contra los amiríes, que ni aun alcanzamos a localizarlo con firmeza. Pero, después de muchas vacilaciones, ahora parece reconocible en la huerta de Valladares, a unos dos kilómetros a Poniente de la ciudad, por encima de un manantial que fecunda aque-

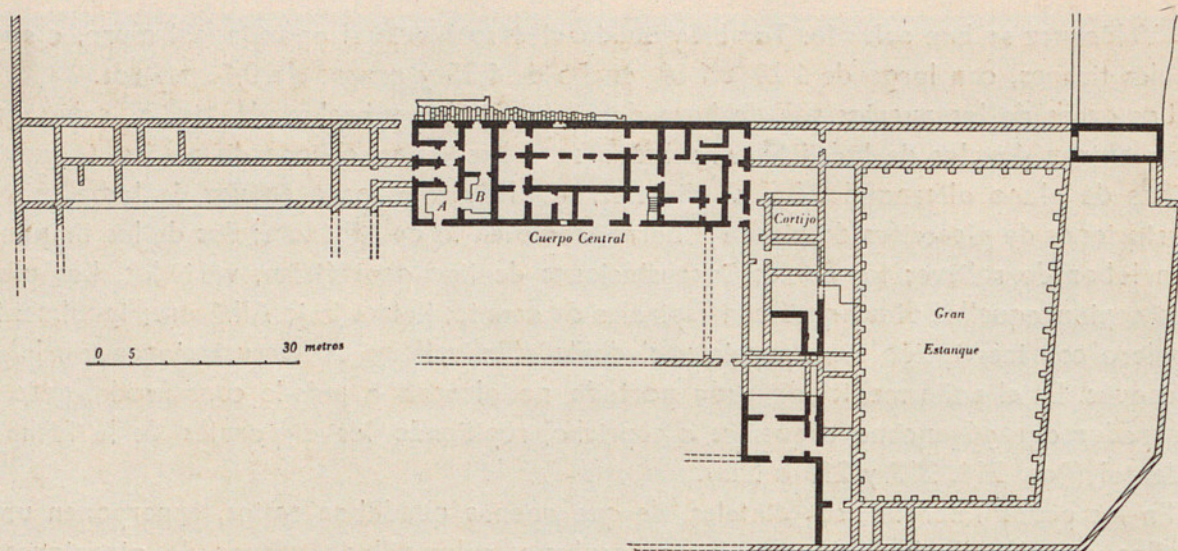


Fig. 218. — PLANTA DE LA ALAMIRÍA (?) EN EL MOROQUIL, CERCA DE CÓRDOBA.

llos campos. Allí ha visto el Sr. Castejón muros de sillería atizonada con revestimiento blanco y zócalos rojos, solerías rojas también de baldosas y ladrillos, así como aparecen fragmentos de chapas de piedra con adornos califales del último período, una basa de columna de mármol bien adornada, etc. Desde allí hasta cerca de la ciudad bordea la tal meseta sobre el río un recio muro de hormigón; a la parte contraria queda una alberca, cuyas paredes se guarnecen con arquillos de medio punto enlazados, como en otra de Sevilla, y más allá el puente califal de Cantarranas, todo ello camino de Azzahra. No subsisten los grandes puentes que Almanzor también construyó: el uno, allí cerca, sobre el Guadalquivir, y el otro sobre el Jenil en Écija.

LA ALAMIRÍA (?). — Aun es digna de recuerdo cierta ruina excavada por don Ricardo Velázquez en 1910, como arriba se dijo. Es la huerta de la Gorgojuela, sitio llamado el Moroquíl o Aguilarejo, a unos dos y medio quilómetros más allá de Azzahra, hacia el oeste, y también al pie de la Sierra. Su descubridor la redujo a una almunia o cortijo, propiedad de Almanzor, que por ello recibió el nombre de Almiría, y así puede admitirse con cierta probabilidad; pero lo allí descubierto parece más antiguo, dentro de este mismo período. Dícese que casi todo ha sido destruído por su dueño actual en 1921 (figs. 218, 235 y 236).

Era un edificio análogo al palacio occidental de Azzahra, con cierta regularidad en su distribución, abarcando tres naves con salas y gabinetes, que al repetirse aquí nos da tal vez un tipo de residencia campestre suntuosa, parecido también a los cuartos de Galiana en Toledo. Sus muros, que subsistían hasta un metro de altura, eran de sillería, irregular en el núcleo central primitivo; a soga y dobles tizones, en las alas; todo revestido y pintado, con zócalo rojo y encima algo de adorno irreconocible sobre blanco; solerías, de mármol, blanco y morado. Dependencias anejas, con gran amplitud, pudieron reconocerse en parte, y además una alberca de 47,70 por 28 metros, término medio, con un andén alrededor, volado sobre arcos escanzanos, que cargan alternativamente sobre contrafuertes de gran desarrollo y repisones escalonados; todo ello hecho de sillería, y los muros con el habitual estuco rojo que los hacía impermeables. La cerca era también de buen aparejo atizonado,

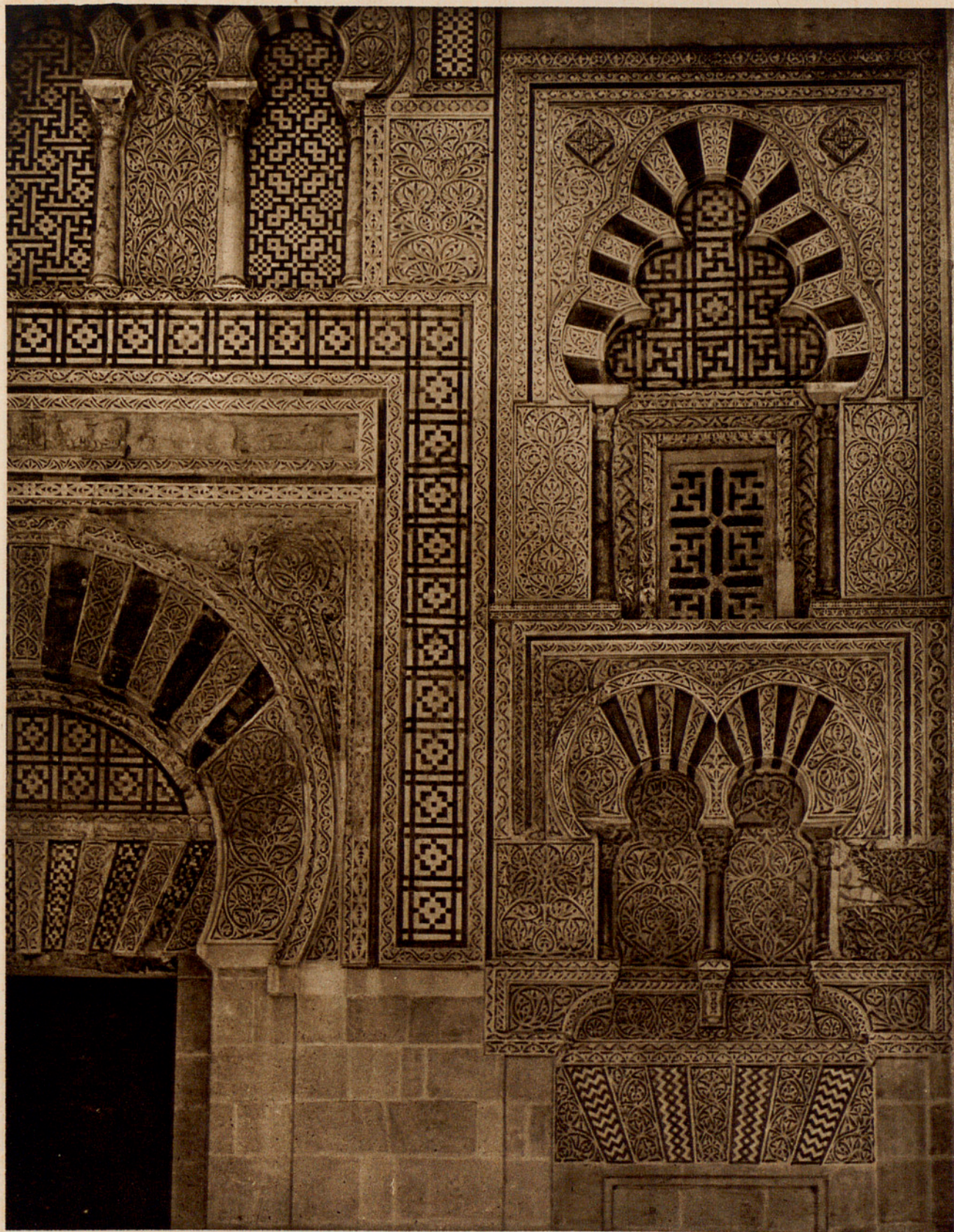
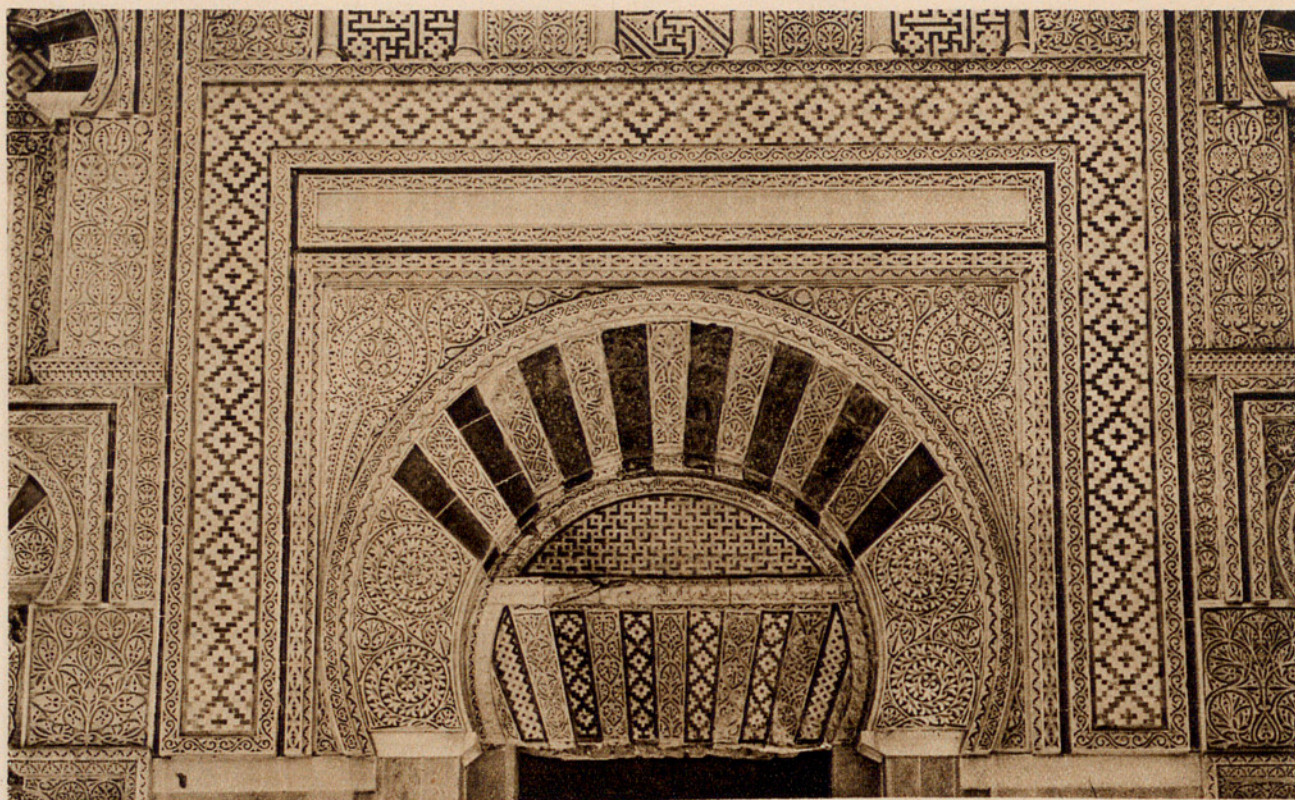


Fig. 219. — PORTADA DE LA FACHADA ORIENTAL DE LA MEZQUITA, RESTAURADA.



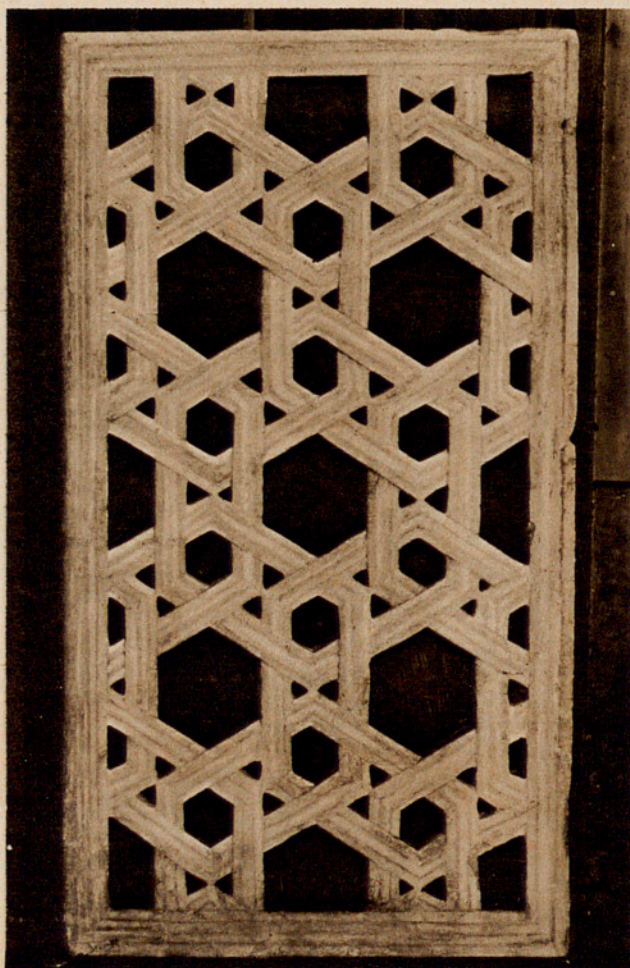
Figs. 220 y 221. — ARCOS DE LAS PORTADAS DEL LADO ORIENTAL (RESTAURADOS).



Fig. 222. — PORTADA DEL LADO ORIENTAL, SIN RESTAURAR.



Fig. 223. — ÚLTIMA PORTADA DEL LADO ORIENTAL HACIA LA CABECERA.



Figs. 224 y 225. — CELOSÍAS PROCEDENTES DEL TESTERO DE LA AMPLIACIÓN DE ALMANZOR.

que en lo alto se organizaba formando machones de sillería entre tapias de hormigón, sistema de construir éste poco usado en Córdoba, pero habitual en Granada desde lo antiguo, según veremos. Toda la finca se distribuía en cuatro paratas o banales, con sus respectivos muros de contención, y en el más alto, de cara a la llanura, surgía lo edificado.

Su decoración, simplemente pintada, como fué costumbre hasta los últimos tiempos de Annasir, se ennoblecía con piezas marmóreas de alto valor artístico, cuyos fragmentos aparecieron allí mismo: una voluta de capitel, con aves y cabeza de león; un trozo con figuras de león también, a los lados de un tallo; un capitelito de hojas lisas, y trozos con atauriques, a más de fragmentos de letreros, con fecha y el nombre de un artífice, demasiado incompletos (figs. 236 y 245 *b a d*). Más valiosos, una, si no dos pilas, también de mármol blanco, cubiertas de follajes extraños y figuras de animales, que se presentarán a su tiempo (fig. 252 *a, b*).

BAÑO DEL ALCÁZAR. — Aun valga, para remate de lo cordobés, dar noticia de otro edificio descubierto en 1903 en el Campo de los Mártires, contiguo al palacio califal, y soterrado luego, pero sin destruirlo. Era un baño, quizá el más antiguo reconocido, a juzgar por una decoración de arquillos de tres lóbulos adovelados y sobre columnas, hecha con yeso y pintada de rojo, amarillo y negro, cuyos fragmentos están en el Museo Arqueológico de la misma ciudad (fig. 237). También aparecieron piedras con almenillas dentadas en campo rojo, y restos de una gran inscripción cúfica, de yeso, con cintas enlazadas. Unas pinturas murales con lazos y flores parecen más modernas.

Aunque incompleta la excavación, ya pudo reconocerse organizado según la costumbre en estos edificios (fig. 226). Su primer aposento, con dos pilas, tenía bóveda de aristas; las otras dos, de cañón, provistas de lumbreras en forma de estrellas de ocho puntas, y el tercer aposento, que corresponde al *calidarium* clásico, abarcaba dos atajos laterales separados por sendos arcos de herradura sobre pilares hechos con ladrillos octogonales. El aparejo de los muros era todo de sillería; las puertas, adinteladas o de arco escazano; las solerías, de mármol blanco, y bajo el *calidarium* reconocióse el *hypocaustis*, por donde circulaba el humo del hogar calentando el piso. Anejo y a través de una escalera, se descubrió parte de una sala cuadrada con amplitud de ocho metros y galería en torno; quedaban pilares de piedra en los ángulos con respensiones murales, y hubo columnas adheridas a unos y otros, a más de cuatro exentas: en total, 28. La bóveda central era "calada formando estrellas y otros adornos", y todo iba pintado con atauriques rojos en campo blanco. Son datos recogidos por don Rafael Ramírez de Arellano.

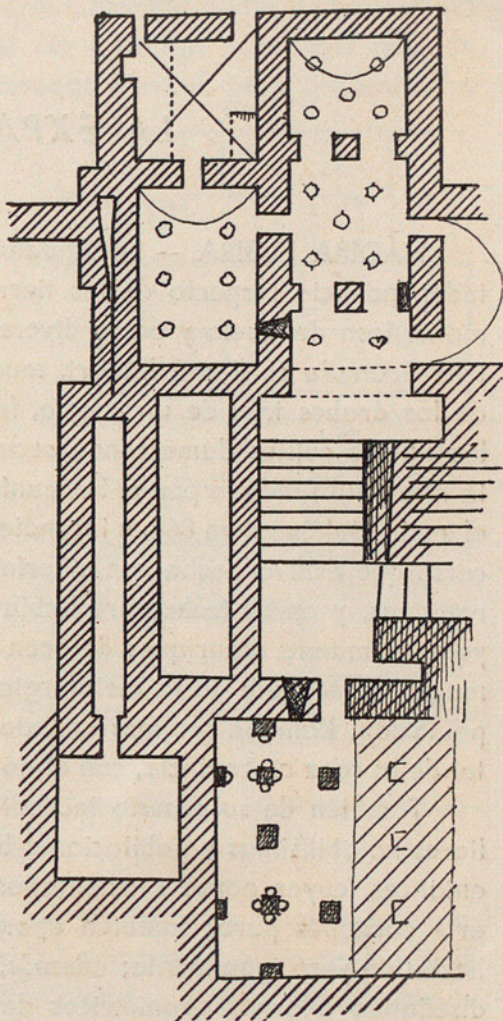


Fig. 226. — PLANTA DEL BAÑO, JUNTO AL ALCÁZAR DE CÓRDOBA. (Según Ramírez de Arellano.)